D. G. Wright

La Europa napoleónica

Historia y Geografía
Alianza Editorial

Alianza Editorial materiales

Antropología
Arte
Biología
Ciencia política
Crítica literaria
Economía
Educación
Filosofía
Física
Geografía
Historia
Lingüística
Matemáticas
Música
Psicología
Química
Sociología

La figura de Napoleón Bonaparte dominó la historia continental desde 1799 hasta 1815, lo cual permite llamar a ese periodo *La Europa napoleónica*. Personaje polémico y discutido donde los haya, su conocimiento exige, además del relato biográfico, un análisis de la "leyenda" tejida a su alrededor y de los debates historiográficos que ha suscitado. Este libro explora el impacto de Napoleón sobre la evolución de Francia y de Europa, a través de la expansión, declive y caída de su Imperio.

D.G. Wright es profesor de Historia en la Open University británica.

El libro universitario
Alianza Editorial

D. G. Wright

La Europa napoleónica

Versión de José Luis Gil Aristu

Alianza Editorial

Título original: *Napoleon and Europe*

Esta obra ha sido publicada por acuerdo con Pearson Education

Creative Commons

© de la traducción: José Luis Gil Aristu, 1999
© Longman Group Limited, 1984
© Ed. cast.: Alianza Editorial, S.A., Madrid, 1999
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 91 393 88 88
ISBN: 84-206-5751-4
Depósito legal: M. 47.123-1999
Fotocomposición e impresión: EFCA, S. A.
Parque Industrial «Las Monjas»
28850 Torrejón de Ardoz (Madrid)
Printed in Spain

Agradecimientos

Expreso gustoso mi agradecimiento a Roger Lockyer por sus generosos consejos, a Clive Emsley, de la Open University, por sus útiles sugerencias, y a mi hija Victoria por su estímulo y sus críticas.

Nota sobre el sistema de citas:

Las cifras en negrita y entre paréntesis (**5**) dentro del texto remiten al lector a la correspondiente entrada de la sección bibliográfica, al final del libro. Las cifras en negrita y entre corchetes precedidas por «doc» [**doc. 6**] remiten a los correspondientes pasajes de la sección de Documentos que sigue al texto principal.

Índice

Introducción 7

1. De cadete a cónsul 11
   El francés corso 11
   El arte de la guerra 16
   Italia y Egipto 21
   Brumario 28
   De Marengo a Amiens 31

2. La expansión del Imperio 37
   Consulado e Imperio 37
   Fundamentos sociales del régimen 55
   Humillación de Austria y Prusia 61
   Tilsit y el sistema continental 66
   La aventura española 73
   Wagran y el matrimonio austriaco 78

3. Decadencia y caída 83
   El Imperio napoleónico 83
   Rusia, 1812 93

Las últimas batallas, 1813-1814 100
Los Cien Días 107

4. Valoración 113
Leyenda y realidad 113

Materiales
A. Documentos 121
B. Bibliografía 149
C. Cronología 165
D. Índice alfabético 169

1. De cadete a cónsul

El francés corso

El enorme talento natural de Napoleón le habría garantizado el éxito siempre y en cualquier profesión. No obstante, tuvo suerte en nacer en Ajaccio, Córcega, en 1769. La isla había sido cedida a Francia por la República de Génova el año anterior, de modo que Napoleón nació francés y súbdito de Luis XV sólo por muy poco. Su padre participó durante un tiempo en la resistencia a la ocupación por parte de Francia, pero pronto cambió de bando y ocupó un puesto destacado en la administración francesa de su tierra natal. Aunque la condición social de Napoleón sería siempre un tanto ambigua para los franceses, desde el punto de vista corso procedía evidentemente de linaje noble. Además de pertenecer a una familia con propiedades rústicas, su padre pudo demostrar al jefe de armas del rey la necesaria prueba documental de nobleza para enviar a su hijo a una academia militar en Francia, institución a la que los plebeyos no tuvieron acceso hasta 1789. El hecho de que muchos franceses consideraran la nobleza corsa inferior a la suya acabó redundando en beneficio de Napoleón, pues, tras el estallido de la Revolución en 1789, nunca fue

incluido por los republicanos fervientes en la odiada y vulnerable categoría de los «antiguos aristócratas». No se puede afirmar con seguridad que llegara a tenerse a sí mismo por francés. La sociedad corsa, con sus fuertes lazos afectivos de familia y amistad y sus encarnizados sentimientos de venganza contra sus enemigos, se hallaba más próxima a las relaciones de clan de las tierras altas de Escocia que a la cultura de Francia (**31**, cap. 1). Napoleón, que habló siempre con fluidez su italiano nativo, aprendió francés como segundo idioma, lo habló con fuerte acento y fue incapaz de escribirlo con corrección gramatical. Sus orígenes mediterráneos le permitieron contemplar a Francia con cierta objetividad, que tendió a menudo al escepticismo. Para él nunca fue *la patrie*.

En 1778, con nueve años, «Napoleone» fue enviado a la academia militar de Brienne, en Champaña, después de estudiar francés en Autin en un curso intensivo de tres meses. Vivió sometido a un régimen espartano y soportó las burlas de sus compañeros de estudios por su orgullo altivo y su titubeante francés, y no volvió a ver a sus padres hasta pasados varios años. En Brienne, que era más un colegio de enseñanza secundaria que una academia militar propiamente dicha, Napoleón recibió la educación habitual en un joven caballero de su época, reveló una capacidad inusitada para la historia y las matemáticas y compensó su soledad y falta de dotes sociales dedicándose vorazmente a la lectura (**38**, I parte, cap. 1). En 1784, a los catorce años de edad, tuvo la suerte de conseguir ser admitido gratuitamente en la *Ecole Militaire* de París, una de las instituciones de élite del Antiguo Régimen, como cadete del rey. Aquel año hubo un número especial de matriculados para el arma de artillería entre niños dotados para las matemáticas. La *Ecole Militaire* ofrecía una formación general de primera categoría; Napoleón tuvo en ella a algunos de los mejores profesores de Francia. El resultado de su aguda inteligencia y de su notable capacidad para mostrarse intensamente aplicado fue que aprobó el reñidísimo examen de ingreso en el cuerpo de oficiales de artillería en un año en vez de los dos o tres habituales. A continuación fue destinado al *Régiment de la Fère*, uno de los regimientos más eficientes y admirados del ejército real. La preparación teórica y práctica de Napoleón en química, física, matemáticas, dibujo de ingeniería,

artillería, ejercicios de instrucción y táctica continuó durante su destino en Valence, de 1785 a 1788 (**29**, cap. 1).

Los oficiales del ejército real obtenían generosos periodos de permiso y, entre 1786 y 1788, Napoleón pasó tres cuartas partes del tiempo en París o en su Córcega natal. De ese modo dispuso de tiempo suficiente para cumplir el plan de lecturas y diligente recogida de notas sobre temas de historia y literatura, así como de ciencia y estudios propios de la profesión militar que se impuso a sí mismo. El estallido de la Revolución Francesa se produjo mientras el regimiento de Napoleón se hallaba en Auxonne, aunque su función activa se limitó a reprimir los disturbios locales por la escasez de comida y a aplastar un motín del regimiento en julio de 1789. Como muchos de los jóvenes oficiales compañeros suyos procedentes de la baja nobleza, Napoleón vio en principio con agrado la Revolución, aunque le desagradaba el desorden cada vez más frecuente y la violencia de las masas. Estaba fuertemente influenciado por escritores de la Ilustración como Montesquieu y Rousseau, quienes mantenían que la aplicación de principios racionales y semicientíficos podía reformar fundamentalmente instituciones como la Iglesia, la monarquía y la nobleza, así como el ineficiente sistema de administración y la estructura feudal de tenencia de la tierra. Tales medios permitirían aumentar el total de felicidad humana y hacer realidad la perfectibilidad de las personas.

Al mismo tiempo, sin embargo, desarrolló cierto gusto no sólo por los escritos del Rousseau romántico, sino también por los de autores del siglo XVII, como Corneille, cuyos héroes clásicos se entregaban a su deber y su destino. Aquellas lecturas le ayudaron a ahondar en sus propios sueños de gloria heroica (**25**, vol. I, cap. 3). Napoleón recibió, por tanto, con agrado la Revolución Francesa, no sólo por la oportunidad que brindaba de llevar a la práctica los principios de la Ilustración, sino también por las posibilidades que abría a jóvenes con talento y ambición, como él mismo, de dejar alguna impronta combinando energía, fuerza de voluntad y sagacidad. No obstante, el entusiasmo de Napoleón por la Revolución fue siempre selectivo. No le interesaba lo más mínimo el principio básico de la soberanía popular; la jerarquía y la autoridad eran perfectamente aceptables, con tal de que se fundaran en principios «racionales». El joven corso no era ni un de-

mócrata ni una persona humanitaria, y mostró la característica hostilidad del soldado profesional por la violencia y «anarquía» de las masas. Los alborotadores indisciplinados merecían ser hechos pedazos. Durante una visita a París, en agosto de 1792, fue testigo del segundo asalto a las Tullerías por las multitudes de la capital y se sintió horrorizado viendo cómo las mujeres del mercado mutilaban salvajemente los cadáveres de los guardas suizos. En adelante abrigaría un intenso temor hacia el pueblo llano de París. Para él, la Revolución era la de los *philosophes*, y no la de los *sans culottes* (**38**, cap. 3).

Napoleón residió en Córcega durante los años 1790 y 1791, con la misión de hacer cumplir en la isla la ley francesa. Para 1792, sin embargo, se sintió cansado de aquel rincón remoto y marchó a unirse al ejército francés en Italia. De camino pasó por Toulón, una importante base naval que se había rebelado contra el régimen revolucionario de París y admitido la entrada de las flotas inglesa y española. Napoleón vio su oportunidad de alcanzar gloria y, gracias a la intervención de uno de sus patrones corsos, obtuvo el mando de la sección de artillería. Trazó entonces un plan que logró un éxito brillante. Tras cuatro meses de asedio, la artillería de Napoleón se hizo con el puerto y obligó a las flotas enemigas a evacuarlo. En Toulón, en 1793, Napoleón dio la primera muestra de su genio militar: su aguda visión de las posibilidades tácticas, su destreza y seguridad para organizar hombres y recursos materiales, la resolución en la obtención de sus objetivos y su capacidad para convertir unos soldados desorganizados e indisciplinados en una fuerza de combate eficaz (**67**, I parte). Como recompensa, fue promovido al rango de general de brigada a los veinticuatro años, mientras sus hazañas atrajeron la atención de Barras, *représentant en mission* ante el ejército y que pronto se convertiría en uno de los hombres más poderosos de Francia. El hecho de que Napoleón hubiera escrito un panfleto favorable a los jacobinos y se hubiera adherido al círculo político de Augustin Robespierre, hermano de Maximilien, le hacía ideológicamente aceptable para el gobierno revolucionario y llevó a su nombramiento como principal planificador de las operaciones del ejército de Italia, puesto que le permitió poner de manifiesto sus dotes para planear grandes estrategias (**38**, I parte, cap. 3).

Sin embargo, en el verano de 1794, Napoleón estuvo a punto

de acabar en la guillotina. Con la caída de Maximilien Robespierre y sus partidarios durante la crisis de Termidor, su joven y dotado protegido fue considerado sospechoso de terrorismo. Le salvó el hallarse lejos de París y que su caso fuera investigado por Saliceti, su antiguo protector corso. Después de sólo dos semanas de prisión en la fortaleza de Antibes, Napoleón pudo volver a su trabajo de Estado Mayor en el ejército de Italia y, seguidamente, impresionó a algunos políticos destacados por la viabilidad de su plan para invadir la península italiana. Sus contactos con políticos prominentes, cultivados con esmero, le proporcionaron su siguiente oportunidad de ser objeto de atención pública en la crisis de Vendimiario (octubre) de 1795, cuando fue nombrado asistente de Barras, encargado de las fuerzas del gobierno que sofocaron una sublevación popular en París. La famosa «mano dura» de Napoleón acribilló con la metralla de los cañones a cientos de participantes en los disturbios. Esta vez, la recompensa fue su ascenso al cargo de capitán general y comandante del ejército del interior. Poco después se casó con Josefina de Beauharnais, una viuda criolla hermosa y a la moda, de treinta y dos años, antigua amante de Barras. Entretanto, Francia tenía un nuevo sistema de gobierno. La Constitución de 1795 había creado el Directorio, por el que el poder ejecutivo central se confería a cinco «directores» responsables de dos cuerpos legislativos: el Consejo de Ancianos y el Consejo de los Quinientos, elegidos por sufragio restringido de los propietarios de bienes raíces. Convencido de la dificultad de atraerse la lealtad de las masas en la nación, el nuevo gobierno fijó su atención en el extranjero para aumentar su reputación mediante una política exterior agresiva y expansiva.

Para entonces, Napoleón era un personaje famoso en la sociedad revolucionaria francesa. Ninguno de los demás generales con talento y ambición que habían hecho asimismo útiles amistades políticas y habían sobrevivido a las vicisitudes del final del Gran Terror, en 1794, era tan palmariamente ambicioso y fríamente calculador como el joven corso. A sus veintiséis años se le había conferido el mando del ejército de Italia, tanto por su demostrada capacidad y sus planes meticulosos e imaginativos para la invasión de Lombardía como por sus influyentes contactos militares, sus amistades políticas y su talento para hacerse publicidad. No obstante, el nombramiento tuvo algo de riesgo calculado por par-

te del nuevo gobierno del Directorio, ya que el joven general no tenía experiencia como jefe de operaciones autónomo. Al final el éxito superó todas las expectativas.

El arte de la guerra

Por más diversas que sean las valoraciones de la carrera de Napoleón, pocos historiadores negarían que elevó el arte y la ciencia de la guerra a nuevas cimas. Su capacidad para lograrlo se debió en gran medida a que pudo apoyarse en el progreso realizado por el ejército monárquico francés del Antiguo Régimen y en el fervor de los ejércitos republicanos, representantes de la «nación en armas», a partir de 1792. Ésa fue la parte correspodiente a la suerte de haber nacido en una época de innovaciones militares fundamentales. De hecho, su acceso al poder y al mando superior estuvo precedido por una importante revolución en la práctica bélica (**72**, cap. 4). Clausewitz, que participó en las guerras revolucionarias y napoleónicas, ofreció el resumen clásico de esta revolución en el arte de la guerra en su obra *Sobre la guerra*, publicada en 1832. Los rasgos esenciales de dicha revolución no consistieron tanto en determinados cambios en cuestiones de armamento, táctica o instrucción, cuanto en la sustitución de las guerras dinásticas tradicionales de los monarcas por guerras entre pueblos. La guerra entre la Francia revolucionaria y los austriacos y prusianos, a partir de 1792, marcó una transición de los conflictos limitados de los primeros años del siglo XVII —que no estuvieron motivados ni por ideologías ni por un nacionalismo agresivo, y cuyo objetivo era obtener más porciones de territorio o llevar a cabo una remodelación dinástica— a «guerras entre pueblos», basadas en el concepto de la «nación en armas». Estas guerras pretendían la destrucción total no sólo de las fuerzas del adversario sino de los propios estados enemigos [**doc. 1**].

Lo que posibilitó aquella transición fue un aumento fundamental del tamaño de los ejércitos, iniciado en la Francia revolucionaria como respuesta a los temores de invasión y al grito de *la patrie en danger* lanzado en 1792. El régimen revolucionario tenía que ser defendido a toda costa contra la posible destrucción provocada por las monarquías europeas. Los voluntarios patrio-

tas, empeñados no sólo en defender la libertad, sino también en llevar sus supuestas ventajas a los pueblos de Europa que carecían de ellas, fueron complementados más tarde por el servicio militar obligatorio y masivo. La expansión industrial de Francia, ligada a los procedimientos administrativos centralizados de la Revolución, hizo posible el suministro y equipamiento de aquellos grandes ejércitos. En 1793 Francia fabricó 7.000 cañones, y a finales del año siguiente contaba con un millón de hombres en armas. Con una población de unos veintiocho millones susceptibles de alistamiento, los ejércitos franceses debieron gran parte del éxito a su superioridad numérica sobre el enemigo. Napoleón llegaría a alardear de que podía perder 30.000 hombres al mes en el campo de batalla. Por lo que respecta al reclutamiento militar, Napoleón se limitó a continuar las medidas de Carnot de recurrir a la totalidad de la población. Sin embargo, en la práctica, hubo una amplia gama de personas exentas del servicio militar. Incluso en la crisis final de 1812-1813, el gobierno sólo pudo reclutar, de hecho, algo menos de un 50 por ciento de los franceses aptos para el servicio (**72**, cap. 9). Aun así, el número de franceses nativos que sirvieron en los ejércitos imperiales entre 1804 y 1815 se acercó a los dos millones.

Las guerras del siglo XVII solían emprenderse con ejércitos de 50.000 a 75.000 hombres. En su campaña de Italia de 1796-1797 Napoleón estuvo al mando de sólo 35.000. Sin embargo, durante las campañas de Ulm y Jena, en 1805-1806, la cifra ascendió a 180.000-190.000. Otras naciones imitaron el ejemplo francés. En Wagram, en 1809, Austria llevó al campo de batalla 100.000 soldados. Prusia alineó unos 150.000 en 1806, mientras que en 1813 tenía en armas 300.000 hombres, el equivalente al 6 por ciento de su población. Los cambios en armamento y equipo fueron relativamente reducidos. Los especialistas franceses en artillería de las décadas de 1770 y 1780 habían diseñado cañones de campaña más ligeros y eficaces; utilizaron la artillería a lomo y concentraron los cañones en regimientos distintos a fin de conseguir una potencia de fuego máxima (**69**, cap. 1). A partir de 1796, Napoleón aplicó rápidamente esas innovaciones y logró pronto una considerable superioridad sobre sus enemigos durante algunos años. También empleó de manera eficaz la caballería pesada en formaciones de choque de manera similar a como actuarían los

tanques en la Segunda Guerra Mundial, mientras que a la caballería ligera se le asignaron tareas de reconocimiento y persecución del enemigo en fuga, como en Ulm y Jena. Napoleón perfeccionó además las nuevas tácticas de la infantería francesa, que databan de los años finales del Antiguo Régimen. En vez de recurrir a la formación tradicional en línea —con dos o tres filas de mosqueteros que disparaban andanadas continuas—, los ejércitos revolucionarios fueron utilizando más a menudo ejércitos en columnas masivas que cargaban contra el enemigo confiando más en la bayoneta que en el mosquete. No obstante, la formación en línea no se abandonó nunca, y Napoleón acabó siendo un experto en el uso del «orden mixto», una combinación de línea y columna, según lo dictaran las circunstancias.

Los franceses fueron también pioneros en organizar ejércitos en *corps d'armée* independientes y autónomos de 15.000 a 30.000 hombres, con capacidad para avanzar simultáneamente a cierta distancia unos de otros por varias rutas y trabar combate con fuerzas superiores hasta ser reforzados por alguno de los demás cuerpos. Aquella articulación suponía un importante aumento en movilidad, sobre todo cuando el ejército francés no dependía ya de almacenes y largos convoyes de suministros cuidadosamente preparados. Los ejércitos republicanos franceses fueron segmentados en varias divisiones, cada una de las cuales podía «vivir sobre el terreno» mediante requisas organizadas en vez de recurrir al pillaje arbitrario. Un sistema así tenía la ventaja de una movilidad creciente, además de aliviar la presión sobre la economía de guerra de Francia, sometida a excesivas exigencias (**99**, cap. 3). Sin embargo, a finales de la década de 1790, a medida que las dimensiones de los ejércitos imposibilitaban garantizar los suministros mediante requisas o almacenes organizados, este sistema había degenerado en los saqueos y pillajes arbitrarios característicos de principios y mediados del siglo XVIII. El sistema de mantenerse recurriendo al pillaje demostró ser sumamente eficaz para la creación de un ejército de gran movilidad en Italia en 1796-1797 y, más tarde, en Europa central. Pero sus limitaciones quedarían cruelmente al descubierto en los inmensos páramos de Polonia y Rusia en 1812 (**55**, cap. 2).

Napoleón no fue un gran reformador militar, pues actuó con las armas y tácticas desarrolladas en Francia durante sus años de

joven cadete (73, cap. 1). Muchas de sus maniobras favoritas, por ejemplo la utilización de la «posición central», las tomó directamente de Federico el Grande, y no perfeccionó su barrera masiva de fuego artillero, que le hizo ser más temido y le proporcionó mayor fama, hasta después de 1805. Por otra parte, fue un maestro en su profesión y estuvo absolutamente al tanto de las últimas técnicas, además de poseer la inteligencia para aplicarlas con flexibilidad en el campo de batalla. Al mismo tiempo, procuró continuar la tradición revolucionaria de abrir las puertas de la carrera al talento y la promoción por méritos al valor en combate. Las carreras de cuatro de sus mariscales demuestran hasta qué punto era posible ascender desde las categorías inferiores a los grados más altos en los ejércitos revolucionarios. Aunque Napoleón creó varios cuerpos de élite y condecoraciones especiales —sobre todo la Guardia Imperial, peculiarmente mimada—, tanto unos como otras fueron accesibles al mérito y ayudaron, posiblemente, a elevar la moral del ejército en conjunto. Como habilidoso propagandista, fue un experto en explotar con astucia el fervor revolucionario y el *élan* de sus tropas, así como su deseo de botín y mujeres, aunque redujo los servicios médicos del ejército para ahorrar dinero (25, vol. I, cap. 8). A partir de 1799 contó además con la ventaja de ser el jefe civil y militar, que no debía rendir cuentas a ningún soberano o gobierno residente en la capital.

Es casi indudable que el genio político y militar de Napoleón fue lo que permitió a los ejércitos republicanos, creados por Carnot, alcanzar resultados tan rotundos desde 1796. Napoleón era una especie de versión en una sola persona del famoso Cuartel General prusiano de finales del siglo XIX, capaz de retener innumerables detalles y trazar planes cuidadosos con meses de adelanto [**doc. 2**]. Poseía también una asombrosa capacidad para visualizar una batalla en conjunto y desplazar ejércitos muy numerosos —a menudo de más de 200.000 hombres— por inmensas extensiones del continente europeo a una velocidad sin precedente. En 1805 acuarteló por toda Europa occidental sus diversos cuerpos de ejército, compuesto cada uno de ellos por unos 20.000 hombres, pero los reunió con una sincronización meticulosa para cercar en Ulm a los desdichados austriacos, para luego volver a dispersarlos antes de confluir rápidamente y enfrentarse

a austriacos y rusos en Austerlitz. Al año siguiente repitió el procedimiento contra los prusianos (**71**, cap. 5).

La extraordinaria facilidad de Napoleón para calcular de manera precisa el tiempo que tardarían las columnas de hombres en marcha para reunirse en un punto previamente escogido le proporcionó una clara ventaja sobre la mayoría de sus adversarios antes de 1808. Lo mismo sucedía con su capacidad para hacer maniobrar grandes ejércitos de formaciones de columna a línea en posiciones ventajosas desde las que poder atacar y derrotar por separado a fuerzas numéricamente superiores. Las tácticas napoleónicas, entre ellas los ataques a la retaguardia enemiga y a sus líneas de comunicación por el flanco, estaban pensadas para obtener una superioridad decisiva tanto en hombres como en potencia de fuego en la zona crítica del campo de batalla. Ningún comandante fue más hábil en detectar el punto flaco del despliegue enemigo para, seguidamente, concentrar en él las fuerzas propias. Napoleón no tuvo rival en su capacidad para transformar la práctica de la guerra en un procedimiento continuo que fusionaba la marcha al campo de batalla, el enfrentamiento propiamente dicho entre ejércitos y la persecución y destrucción del enemigo derrotado. Antes de 1814 no planeó ninguna campaña defensiva. Tampoco recurrió indebidamente al látigo o a la disciplina desmoralizadora de los antiguos ejércitos dinásticos, con la consiguiente elevada tasa de deserciones. Su táctica de guerra ofensiva fulminante se basaba más en estimular a sus hombres mediante una habilidosa propaganda y promesas de gloria, ascenso y botín [**doc. 3**].

El sistema napoleónico de guerra rápida y móvil deslumbró e intimidó durante algunos años a los gobernantes y comandantes en jefe europeos. Pero albergaba una debilidad potencial. En primer lugar, dependía de un alto grado de control personal por parte del propio Napoleón (**68**, cap. 6), que habría de resultar mucho menos practicable a partir de 1806, cuando las distancias en el este de Europa y Rusia serían demasiado grandes. La *Grande Armée* de 1812, con sus 600.000 hombres, más o menos, era sencillamente demasiado numerosa para ser controlada eficazmente por la cadena de mando del emperador, centralizada y personalizada. Su método de dictar tanto la estrategia como la táctica, bajando a menudo hasta el último detalle, y su incapacidad para

crear cualquier tipo de organización autónoma de Estado Mayor, arrebataba a sus mariscales y generales cualquier ocasión de conseguir experiencia de mando independiente [**doc. 2**]. Cuando los mariscales de Napoleón debían valerse por sí solos, sin la presencia reconfortante del emperador —como ocurrió en España a partir de 1809—, solían caer en la mediocridad, con la excepción parcial de Davout y Masséna. Así, los comandantes enemigos acabaron aprendiendo a evitar los ejércitos mandados directamente por Napoleón y a centrarse en los dirigidos por sus mariscales, como sucedió en la campaña de Leipzig en 1813.

En segundo lugar, la técnica de guerra napoleónica dependía de un flujo constante de reclutas adiestrados que comenzó a agotarse a partir de 1806. Desde ese momento, la calidad de los reclutas decayó, mientras las constantes campañas implicaban que sólo pudiera dedicarse muy poco tiempo a adiestrarlos para la marcha y la rapidez en las maniobras. Un ejército así, dependiente cada vez más de tropas de estados aliados y vasallos y privado de las masas de una caballería muy preparada, esencial para la práctica del ataque fulminante, sólo era apto para los enfrentamientos prolongados y cansinos en que tendieron a convertirse las batallas napoleónicas entre 1807 y 1813 (**71**, cap. 5). Finalmente, los adversarios de Napoleón aprendieron a imitar sus métodos y se sirvieron así mismo de tácticas móviles y columnas mixtas, mantuvieron sus convoyes de suministros muy cerca de la retaguardia de sus ejércitos e introdujeron baterías masivas de artillería y tácticas flexibles para la caballería. Y, sobre todo, aprendieron a inmovilizar a Napoleón en batallas de desgaste, donde su fuerzas combinadas, superiores en número, acabarían imponiéndose al *élan* francés (**67**, III parte; **200, 201**).

Italia y Egipto

Los ejércitos republicanos habían sido creados para defender a Francia frente a las fuerzas de las monarquías contrarrevolucionarias. En 1794 la república se hallaba a salvo, pero el gobierno revolucionario no estaba dispuesto a licenciar sus grandes ejércitos y arriesgarse a que Francia se sumiera en un nuevo caos. Pero, a partir de 1795, el Directorio, con la administración y las

finanzas descompuestas, no podía tampoco hacer frente a la presión y el gasto de unos ejércitos que vivían sobre el territorio francés (**54**, cap. 1). Había que sacar, por tanto, los ejércitos fuera de Francia, más allá incluso de las «fronteras naturales» de los Alpes, el Rin y los Pirineos. En tal caso, cualquier botín y gloria militar ayudarían a apuntalar el régimen del Directorio, paralizado por una extendida falta de lealtad política. De ese modo, una guerra que había comenzado como lucha defensiva por la supervivencia nacional, se convirtió en guerra de conquista y saqueo.

En marzo de 1796, Napoleón llegó a Niza para tomar el mando del ejército de Italia y emprender la invasión de la península italiana, planeada desde hacía tiempo. Aunque el ejército, compuesto por 35.000 hombres, estaba escaso de paga y pertrechos, su moral era alta (**113**, cap. 3). Sus oficiales admiraban la pericia y viveza de Napoleón, que solucionó rápidamente los problemas financieros y de suministros consiguiendo préstamos de Génova. Los piamonteses eran aliados muy poco entusiastas de los austriacos, y la estrategia francesa consistió, por tanto, en dividir a los aliados y dejar fuera de combate al pequeño ejército del Piamonte antes de atacar al más formidable de los austriacos (**69**, cap. 4). Napoleón ejecutó la estrategia a la perfección. En abril, los austriacos fueron empujados a una posición desprotegida al sur de sus aliados piamonteses y forzados, luego, a regresar a sus base en Alessandria. Según informaba Berthier a un amigo en París, «no marchamos; volamos» (**86**, cap. 5).

Antes de acabar el mes Napoleón atacó a los piamonteses, muy inferiores en número, y los derrotó en San Michele, Ceva y Mondovi, obligándoles luego a firmar el Tratado de Cherasco. Esto le dio libertad para ocuparse de los austriacos y marchar a Lombardía antes de intentar abrirse paso a través del Tirol hacia territorio austriaco. Aquella estrategia fue en gran medida una decisión personal de Napoleón, pues el Directorio prefería que el ejército de Italia cediera el protagonismo al más numeroso del Rin, mandado por Moreau, al que se concedería prioridad en un movimiento de tenaza contra el Imperio austriaco. Desde el punto de vista de los políticos de París, Italia era, ante todo, una fuente de pillaje, aunque habría de servir también como baza para intercambiar por territorios alemanes en futuras negociaciones de paz con los austriacos. Napoleón tenía otras ideas. La importancia

política de su campaña italiana residía en el hecho de que fue su plan el que triunfó, y no el de sus jefes políticos, hasta el punto de que las relaciones se invirtieron en la práctica.

Mediante un brillante movimiento de flanco, Napoleón forzó a los austriacos a retirarse de Lombardía. Tras atravesar triunfantes el puente de Lodi, los franceses entraron en Milán el 14 de mayo. Aquella impresionante serie de victorias, además del saqueo y el pillaje subsiguientes, insuflaron nuevos ánimos en las tropas francesas y aumentaron su voluntad de combatir y morir por su dotado y dinámico joven general. Tal lealtad se vio reforzada por el entusiasmo demostrado por Napoleón en hacer botín de las riquezas de Italia y pagar a sus hombres con plata en vez del depreciado papel moneda. Las cargas de botín enviadas a Francia, junto con los partes triunfales, incrementaron su influencia en el régimen parisino, que comenzó a partir de ese momento a perder el control sobre el joven héroe, en especial cuando el cuestionamiento político contra los impopulares miembros del Directorio, tanto desde la derecha como desde la izquierda, hizo que el gobierno dependiera cada vez más de sus ejércitos, en los que el sentimiento republicano seguía siendo vigoroso, y de las espectaculares victorias militares **[doc. 3]**.

Al darse cuenta de que resultaría imposible abrirse paso por la fuerza hacia el Tirol y la zona vulnerable de Austria de manera inmediata, mientras el ejército del Rin mandado por Moreau no avanzara hacia el este y desviara las fuerzas habsburguesas del frente italiano, Napoleón marchó hacia el sur para ocupar Bolonia, Ferrara y Toscana. El papado y el reino de Nápoles, al ver a los ejércitos franceses saqueando en sus fronteras, se apresuraron a firmar alianzas con su potencial conquistador y pagarle sustanciosas indemnizaciones. A finales de mayo, Napoleón se dirigió al norte, contra los ejércitos austriacos, proponiéndose capturar las fortalezas que protegían los pasos de los Alpes y la ruta hacia Venecia y el Tirol. Los austriacos, que habían derrotado a los ejércitos franceses en el Rin y no estaban nada dispuestos a entregar sus territorios italianos sin luchar, enviaron cuatro ejércitos al otro lado de los pasos de montaña en un intento por desplazar a los franceses y levantar el asedio de las fortalezas de Mantua. Napoleón derrotó a todos ellos uno por uno: en Castiglione, en agosto; en Bassano, en septiembre; en Arcola, en noviembre, y

en Rivoli, en enero de 1797 (**86**, caps. 13-22). En aquellas batallas, Napoleón dio muestra de su habilidad para las maniobras flexibles y para desplazar tropas con rapidez; la división de Augureau recorrió en una ocasión ciento doce kilómetros en dos días. A principios de noviembre de 1979, Mantua abrió sus puertas a los franceses, que en menos de un año se habían convertido en dueños de Italia.

Tras haber comprendido la importancia de aquella serie de deslumbrantes victorias obtenidas por el joven Bonaparte y la amenaza que planteaban al poder habsburgués, el Directorio se apresuró a reforzar sus ejércitos italianos con efectivos del ejército del Rin cuando Napoleón atravesó los pasos de montaña para dirigirse a Trieste (**100**, cap. 13). En marzo, los franceses habían llegado a Klagenfurt, antes de continuar hasta encontrarse a 100 kilómetros de Viena. Allí, con sus soldados agotados, sus líneas de comunicación peligrosamente espaciadas y rumores de alzamientos antifranceses en Venecia y sin que Moreau hubiera emprendido aún ninguna ofensiva al este del Rin, Napoleón ofreció a los austriacos negociaciones previas de paz en Leoben (**86**, cap. 28). En el tratado definitivo de Campo Formio, firmado seis meses después, Austria cedía Bélgica a Francia y reconocía la soberanía francesa sobre Bolonia, Módena, Ferrara y la Romaña. La República veneciana fue dividida: las islas del mar Jónico y una parte de Albania pasaron a Francia, mientras que los austriacos obtuvieron Istria y Dalmacia, así como la propia Venecia. Napoleón comprometió, por tanto, al Directorio a aceptar incrementos territoriales en Italia que significaron una ampliación masiva de los objetivos de guerra originales de la Revolución, consistentes en conseguir las «fronteras naturales» de Francia.

Antes del tratado de Campo Formio, Napoleón había utilizado sus considerables aptitudes políticas y diplomáticas para recomponer la estructura de Italia. Se desmontó la administración austriaca de Lombardía. Módena, Ferrara, Reggio y Bolonia fueron unidas en una «República Cispadana» bajo la tutela francesa. Más tarde, en 1797, dicha República se amplió con la adición de Lombardía y algunos anteriores territorios venecianos y fue rebautizada con el nombre de «República Cisalpina». Este Estado vasallo recibió un sistema de gobierno basado en la Constitución francesa de 1795, pero algunos miembros tanto del directorio eje-

cutivo como de los dos consejos legislativos fueron nombrados por el propio Napoleón, que intentó tomar un rumbo intermedio entre los demócratas y los terratenientes conservadores italianos. Aquella política le llevó a reprimir grupos locales jacobinos, cuando él mismo era antiguo miembro del Club de los Jacobinos. No obstante, no se hacía ilusiones respecto a la naturaleza de esa *Realpolitik*, pues era consciente de que su gobierno despertaba escasas lealtades entre la mayoría de los italianos «liberados», que, de tener la oportunidad, se habrían sentido muy felices viendo alejarse a las tropas francesas saqueadoras. Quienes se opusieron a las ventajas de la libertad francesa fueron ejecutados sumariamente.

En su reorganización de Italia, Napoleón tuvo prácticamente las manos libres, pues en 1797 el Directorio se hallaba sumido en una importante crisis política, ya que las elecciones habían dado como resultado una mayoría de derechas que ansiaba una restauración monárquica. La perspectiva de un régimen conservador en Francia impulsó a los británicos a iniciar negociaciones de paz. Ambas posibilidades alarmaron a Napoleón, pues una restauración realista, al igual que una paz general, echaría por tierra sus crecientes ambiciones políticas. Así pues, en septiembre de 1797, envió a París al general jacobino Augureau para defender a los tres ex directores jacobinos, Barras, Reubell y La Revelliére, de sus colegas de derechas y de los elementos monárquicos de los consejos legislativos. En el golpe de Estado de Fructidor, Augureau cercó con soldados el palacio de las Tullerías, invadió los consejos, detuvo a los miembros conservadores del Directorio e invalidó la elección de 200 diputados realistas, para amordazar luego a la prensa de la oposición. A partir de entonces, la república radical sobrevivió como un mero torso apoyado en las bayonetas de sus generales, en tanto que los políticos se situaban progresivamente a la sombra del formidable Bonaparte, cuyas victorias no sólo sustentaban el régimen en la metrópoli, sino que eran además el asombro y el temor de Europa (54, cap. 1). Napoleón había utilizado con astucia su talento como diestro publicista enviando uno tras otro a sus generales a París durante la campaña italiana para dar parte de sus victorias, no sin ciertos aderezos, y para eliminar fricciones con la prensa parisina. De ese modo, la campaña italiana se transformó en una «auténtica Ilíada» (38,

cap. 1). El propio Napoleón regresó a París como un héroe conquistador e hizo entrega del tratado de Campo Formio al Directorio en una rebuscada ceremonia pública en el palacio de Luxemburgo. El *Institut de France*, la principal sociedad científica de Europa, se unió al culto general al héroe admitiendo a Napoleón en su sección de matemáticas. Nacía así la leyenda napoleónica **[doc. 4]**.

A partir de Campo Formio, el nombre de Bonaparte fue tan temible para los miembros del Directorio como para los generales austriacos, y los directores no vacilaron en aceptar gustosos la sugerencia de Talleyrand de que una expedición a Egipto dejaría al joven héroe sin la posibilidad de inmiscuirse en las intrigas políticas de París, al tener que cargar sobre sus espaldas con un ejército poderoso pero inactivo (**102**, cap. 1). Personalmente, Napoleón estaba deseoso de asestar un golpe a Inglaterra y hacer realidad uno de sus sueños más preciados, el de las conquistas en Oriente; en ese sueño, la obtención de Egipto y la creación de un imperio francés en el este señalarían los pasos previos para desbancar a los británicos en la India (**96**, cap. 1). Tras haber inspeccionado los puertos del norte y los astilleros navales, Napoleón llegó al convencimiento de que la armada francesa no se hallaría en condiciones de cruzar el Canal durante bastante tiempo y que, por tanto, una expedición al este constituía una posibilidad mejor de desafiar al poder británico.

En mayo de 1798, una armada francesa de más de 300 barcos que transportaban 35.000 soldados y 150 experimentados científicos se hizo a la mar en Toulón y consiguió evitar la flota de Nelson antes de capturar Malta. El 2 de julio, el «Ejército de Oriente» de Napoleón desembarcó en la bahía de Abukir, bombardeó Alejandría y marchó a El Cairo atravesando el desierto. Entretanto, Nelson alcanzó la desembocadura del Nilo, encontró los barcos franceses anclados y, en un brillante despliegue de marinería, los hizo saltar por los aires. Aquello condenó desde el comienzo la expedición a Egipto al privarla de suministros y refuerzos que le eran esenciales. No obstante, Napoleón siguió adelante, decidido a sacar partido de las tensiones y divisiones existentes en la sociedad egipcia.

Egipto, que era nominalmente una provincia del Imperio otomano, se hallaba sometida al dominio feudal de los mamelucos,

importados originalmente como esclavos desde el Cáucaso, pero que en aquel momento formaban una casta militar muy mal aceptada por los egipcios. En la batalla de las Pirámides, el 21 de julio, Napoleón aplastó las fuerzas de los mamelucos utilizando formaciones defensivas en escuadra y fuego mortífero de artillería (**67**, IV parte). A continuación se emitieron proclamas que presentaban a los franceses como defensores del islam y el sultán, que liberaban a Egipto de los bárbaros mamelucos. Sin embargo, Napoleón tuvo poco éxito en su intento de persuadir a los dirigentes musulmanes para que apoyaran la administración francesa, recién implantada, como aliada aceptable para el islam más que como instrumento para la conquista de infieles. La imposición de préstamos obligatorios y contribuciones territoriales, así como el aplastamiento implacable de cualquier oposición, desmintieron pronto la pretensión napoleónica y provocaron amplias revueltas en Egipto, además de la declaración de guerra de Turquía contra Francia. La obra de estudiosos y científicos franceses en la creación de bibliotecas, laboratorios y talleres, así como los asombrosos progresos en medicina tropical, arqueología y egiptología, no consiguieron disimular el hecho de que el proyecto de nueva colonia se basaba en las espadas, los mosquetes y el cañón.

Aunque la propaganda de Napoleón pintó la expedición como una epopeya oriental rebosante de dramatismo y éxito en la que él mismo era el digno sucesor de Alejandro y César, la aventura egipcia se agrió pronto. El bloqueo naval británico imposibilitó un pronto regreso a Francia, y Napoleón decidió marchar hacia Siria para adelantarse a un avance turco contra Egipto. Siria no tardó en resultar una pesadilla para Napoleón, que llevaba sólo 15.000 hombres. Su captura de Jaffa, en marzo de 1799, quedó mancillada por su orden de fusilar a 2.000 prisioneros a quienes no podía ni alimentar ni vigilar. A continuación cometió un error descomunal al sobrestimar la facilidad con que podía capturar la fortaleza de Acre sin artillería pesada de asalto. Acre fue defendida diestramente por el cuerpo de infantería de marina de sir Sidney Smith, y Napoleón, que nunca brilló especialmente en la guerra de asedio, se vio obligado a abandonar su asalto mal planeado y regresar a El Cairo tras haber sufrido pérdidas de casi un 50 por ciento [**doc. 7**].

Tras derrotar una fuerza anfibia de desembarco en Egipto, Napoleón decidió abandonar su ejército y regresar a Francia. Ciertos periódicos, amablemente proporcionados por sir Sidney Smith, le informaron de que Rusia había declarado la guerra a Francia e invadido Italia, y que Jourdan había sido derrotado en el Rin. Así pues, el 24 de agosto, Napoleón se embarcó hacia Francia con un pequeño séquito. El ejército que dejó al mando de Kléber fue finalmente derrotado en 1801 por las fuerzas británicas de Abercrombie.

Brumario

Napoleón desembarcó en Saint Raphael en octubre de 1799, aclamado como el hombre que podría salvar la República de sus enemigos internos y externos. La guerra se había reanudado en su ausencia, pues la victoria de Nelson en la batalla del Nilo había estimulado la formación de una segunda coalición formada por Turquía, Nápoles, Austria, Rusia e Inglaterra. Levantamientos campesinos obligaron a los franceses a evacuar Nápoles y Roma (**102**, cap. 1). En abril de 1799, el ejército austro-ruso de Suvorov invadió Italia, ocupó Milán y derrotó a Joubert en Novi. Un ejército ruso penetró en Suiza, mientras el archiduque Carlos aplastaba en Stokach al ejército del Danubio mandado por Jourdan. En aquella peligrosa situación, los franceses se vieron obligados a abandonar Italia y prepararse para una posible invasión de Provenza. En las fechas en que Napoleón regresaba a Francia, la situación militar mejoraba, pero los anteriores reveses habían dañado la reputación ya vacilante del Directorio y los cimientos políticos de la República (**29**, cap. 6). Muchos de los que antes habían apoyado al régimen comenzaron ahora a abogar por un gobierno más fuerte con el fin de derrotar a la coalición, acabar con el déficit financiero y poner freno al extremismo político (**100**, cap. 15).

La Constitución de 1795, concebida para servir a los intereses de los propietarios, que habían salido bien parados de la Revolución, nunca había funcionado satisfactoriamente y fue una fuente de constantes conflictos e inestabilidad (**103**). La estricta separación de poderes ente los cinco miembros ejecutivos del Directo-

rio y los dos consejos legislativos —el Consejo de Ancianos y el Consejo de los Quinientos— tuvo como consecuencia graves roces ente las ramas del gobierno. Además de este impedimento constitucional, el Directorio actuaba agobiado por cargas financieras paralizantes, agudizadas por el estancamiento económico, mientras intentaba hacer frente a un legado de deudas e inflación (**100**, cap. 11). Un número creciente de diputados moderados se sentía pesimista respecto a las posibilidades de supervivencia del régimen, dada la falta de cualquier grupo organizado comprometido firmemente con los principios republicanos y que poseyera la energía y capacidad suficientes para impedir el deseo creciente de un gobierno autoritario (**101**, **104**, cap. 6). La exclusión de los diputados legítimamente elegidos y los intentos del gobierno por cubrir los consejos con sus propios partidarios provocó una amplia indiferencia entre el electorado. En 1799 existía un grupo influyente de políticos veteranos alarmados por la elección de un gran número de jacobinos y deseosos de abandonar el gobierno parlamentario para impedir que la República derivara hacia posiciones de izquierda.

En este contexto, Sieyès, un héroe de la Revolución de 1789, designado director moderado en 1799, procuró activamente una revisión de la Constitución que permitiera superar el punto muerto al que se había llegado en política, fortaleciendo el poder ejecutivo a expensas del legislativo. Aquella revisión prolongaría, según se esperaba, el dominio de los notables y neutralizaría futuras amenazas jacobinas (**54**, cap. 2). Al buscar a un general dispuesto a utilizar la fuerza militar para imponer la revisión y actuar como barrera tanto frente al realismo como al jacobinismo, Sieyès abordó a Moreau. Tras haber obtenido una negativa, se dirigió a Napoleón, quien no sólo poseía el prestigio de ser el «conquistador de Italia y Egipto», sino que tenía además un hermano, Lucien, que acababa de ser elegido presidente del Consejo de los Quinientos. Durante las complicadas maniobras que siguieron, Napoleón mostró una considerable astucia política al rechazar proposiciones de generales jacobinos deseosos de convertirlo en el dictador militar de un régimen de izquierdas. Pero tampoco tenía ninguna intención de ser el mero instrumento de Sieyès. Por otro lado, necesitaba el apoyo de los políticos, pues sólo el «consentimiento» de los consejos podía cubrir con un manto de legali-

dad un golpe político y su apuesta por el poder personal [**doc. 5**]. Así pues, se apresuró a aprovechar la iniciativa de Sieyès, asumió el mando de las tropas de la guarnición de París y de la guardia parlamentaria y convenció a los consejos para que se trasladaran a Saint Cloud, a ocho kilómetros de París, donde podían ser intimidados con más facilidad.

Sin embargo, sus planes estuvieron a punto de fracasar debido a su ineficacia como orador público y a su nerviosismo entre multitudes hostiles. Cuando, en un discurso entrecortado, intentó amenazar al Consejo de Ancianos con la fuerza militar, fue interrumpido por gritos de «abajo el dictador» y «estáis actuando ilegalmente» (**54**, cap. 3). Todavía salió peor parado de manos del Consejo de los Quinientos, cuando unos iracundos diputados jacobinos descargaron sobre él una andanada de golpes y tuvo que ser rescatado bruscamente por la guardia. Lucien salvó la situación alegando la existencia de una inminente «conspiración jacobina» y persuadiendo a la guardia de que se había intentado asesinar a su ilustre hermano. La guardia, que tenía poco respeto por los políticos, entró en tromba a la cámara con las bayonetas caladas y puso en fuga a la mayoría de los diputados (**38**, cap. 1). Se preservó cierta apariencia de legalidad induciendo a un dócil resto de diputados a confirmar la decisión de nombrar un nuevo gobierno ejecutivo compuesto por tres «cónsules»: Napoleón, Sieyès y Ducos. No hubo más oposición, pues la burguesía había abandonado al régimen, mientras que el pueblo de París no veía razón para alzarse en defensa de una Constitución que lo excluía sistemáticamente del poder político. Por otro lado, la Bolsa de París dio la bienvenida al golpe con un alza importante del valor de los fondos públicos (**100**, cap. 16).

Durante el mes siguiente se sacó adelante la nueva Constitución del año VIII de la República. Estipulaba un ejecutivo mucho más fuerte que el previsto incluso por el vacilante Sieyès, y pasó por alto mencionar la soberanía popular. Los tres cónsules ocuparían el cargo durante diez años y podrían ser reelegidos. Napoleón mismo se convirtió en el Primer Cónsul, mientras los otros dos poseían una función meramente consultiva. Habría sufragio universal, a diferencia de lo previsto por las constituciones de 1791 y 1795, en las que el voto había quedado restringido por requisitos de propiedad (**54**, cap. 3). Pero aquello no pasaba de ser

una simple fachada, pues el sufragio era tan indirecto y limitado en su función como para tener escasas consecuencias reales. En la práctica, sólo eran candidatos para puestos nacionales 6.000 personas con importantes títulos de propiedad. El Primer Cónsul nombraba un Senado de 60 miembros que, a continuación, elegía de entre los 6.000 notables un Tribunado de 100 miembros con competencia para debatir la legislación pero no para votarla, y un cuerpo legislativo de 300 miembros que podía decidir por votación secreta pero sin debate (**108**, cap. 1). La propia legislación debía ser propuesta por el Consejo de Estado *(Conseil d'Etat)*, compuesto por 40 hombres escogidos por el Primer Cónsul en funciones de presidente y con poder para nombrar los principales cargos del gobierno central y local, incluidos los de prefectos de departamento y alcaldes.

Los gestos de deferencia para con la democracia y los principios republicanos en la nueva Constitución carecían, pues, en gran parte de sentido, ya que el poder se hallaba firmemente en manos del propio Napoleón y fluía de arriba abajo. Napoleón podía nombrar y destituir ministros a voluntad. Se preservaba el principio de la separación de poderes, con ministros nombrados al margen del parlamento y sin posibilidades de participar en los procedimientos de los tribunales o del poder legislativo. Un plebiscito celebrado en febrero de 1800, en el que se afirmaba que la nueva Constitución significaba el cumplimiento de los principios revolucionarios, dio como resultado tres millones de votos a favor y sólo 1.500 en contra. Hasta que pudieran celebrarse elecciones y redactarse listas de notables, Napoleón nombró, sin más, todos los funcionarios apoyándose en el consejo de Talleyrand y Cambacérès para seleccionar monárquicos moderados deseosos de unirse al nuevo régimen o jacobinos arrepentidos. Se cumplía así la profecía de Robespierre de que la Revolución concluiría con un mesías con botas militares.

De Marengo a Amiens

Aunque Napoleón obtuvo un gran apoyo público en 1799 como «hombre de paz», lo que los sectores de la nación francesa capaces de expresarse entendían por paz era una «paz con ho-

nor», según el ejemplo del tratado de Campo Formio. En otras palabras, Francia deseaba hacer las paces con tal de poder conservar importantes conquistas en el extranjero, en especial en Italia. Ésa era en buena medida la actitud personal de Napoleón, aunque su idea de paz fuera, si acaso, bastante más elástica. Cuando Austria rechazó la oferta propagandística de Napoleón de concluir una paz tomando como base el tratado de Campo Formio, éste comenzó a obtener por la fuerza préstamos de Génova, Suiza y Holanda con el fin de financiar la creación de un gran ejército de reserva en Dijon y Lyón, concebido para reforzar el ejército del Rin mandado por Moreau o el reducido ejército de Italia de Masséna.

El plan estratégico de Napoleón consistía en aprovechar el dominio de Francia sobre Suiza para hacer de ésta el eje central de todo el frente bélico. Ordenando a Moreau atacar en el Rin, mientras 40.000 soldados del ejército de reserva avanzarían audazmente por los pasos alpinos, todavía cerrados por los hielos, con ayuda de mulos de carga y trineos para transportar los cañones, cuyos tubos serían arrastrados por el hielo en troncos de árbol ahuecados, se conseguiría una victoria espectacular. El cometido de aquella fuerza era caer por sorpresa sobre Mélas, el general austriaco que había cercado a Masséna en Génova, apareciendo súbitamente en su retaguardia (**69**, cap. 8).

Aunque hubo ciertos retrasos en el paso de tantos hombres, cañones y suministros a través de los Alpes en abril y mayo de 1800 y aunque las penalidades de cruzar el Gran San Bernardo no merecieron la pena, la estrategia funcionó según lo previsto. Otros ejércitos franceses descendieron por los puertos de montaña de Mont Cenis, el Pequeño San Bernardo y el Simplon. Moreau, además de hacer retroceder a los austriacos en el norte, lo cual le dejaba libertad para reforzar los ejércitos franceses en Italia al otro lado del paso de San Gotardo, encontró a Mélas muy desprevenido cuando un gran ejército apareció al este de sus propias fuerzas (**53**, cap. 1). Napoleón había entrado ya en Milán, había aprovisionado a su ejército con productos de la fértil campiña lombarda, como en 1796, y había recibido refuerzos del ejército del Rin. Tras derrotar a un cuerpo de ejército austriaco en Montebello, avanzó contra el grueso de las fuerzas austriacas cerca de Alessandria.

El 14 de junio de 1800, en la batalla de Marengo, Napoleón estuvo a punto de ser vencido. Cometió cuatro errores importantes: servirse sólo de la mitad de las fuerzas disponibles en Italia, no avanzar contra el enemigo a su velocidad habitual, retirar tres divisiones del ejército principal para llevar a cabo una maniobra envolvente y no realizar un reconocimiento lo bastante exhaustivo de la posición exacta de los austriacos y del estado de los puentes en la zona. La consecuencia fue que el principal ejército austriaco, de 30.000 hombres y 92 cañones, apareció de improviso en la trayectoria de los franceses tras cruzar puentes que Napoleón suponía destruidos. Napoleón sólo podía oponer 22.000 hombres y 15 cañones a aquella fuerza austriaca y envió mensajes desesperados para llamar a las divisiones dispersas. Cuando Desaix llegó al campo de batalla a las tres de la tarde con una de aquellas divisiones, el principal ejército francés había emprendido ya una confusa retirada (**88**). Se organizó un rápido contraataque en el que Desaix avanzó hasta hallar la muerte al frente de su infantería, cayendo por sorpresa sobre el ejército austriaco, demasiado confiado en ese momento. Marmont consiguió que 18 cañones se concentraran formado una batería ofensiva, mientras la carga de Kellerman con 400 hombres de caballería pesada conseguía realizar la penetración decisiva que supuso para los franceses la victoria, y para los austriacos la pérdida de 3.000 hombres (**67**, V parte).

A continuación, Mélas aceptó un armisticio que le obligaba a evacuar Lombardía y retirarse a la fortaleza de Mantua. La aparición de Desaix en el campo de batalla de Marengo había salvado la jornada y la reputación de Napoleón. La táctica de éste, consistente en dispersar sus fuerzas y concentrarlas luego rápidamente cerca del enemigo, comportaba siempre el riesgo de que el adversario atacara antes de completarse la concentración; era una debilidad que sus oponentes explotarían cuando se familiarizaron con sus métodos. No es de sorprender que los elogiosos partes publicados en París no consiguieran reproducir un cuadro preciso de lo ocurrido en Marengo, que se representó como una victoria cuidadosamente planeada y perfectamente ejecutada. Fue por aquellas fechas cuando se generalizó entre algunos franceses escépticos la frase «mentir como un parte» [**doc. 8**]. No obstante, la victoria de Napoleón sobre los austriacos y su recuperación de la Lombardía reforzó enormemente su posición en Francia.

Austria, vinculada todavía a Gran Bretaña por tratados y subvenciones y no sojuzgada, en absoluto, por la derrota de Marengo, no tenía prisa por concertar la paz. En realidad, fueron necesarias más campañas en Italia y a orillas del Danubio. La victoria decisiva de Moreau sobre el archiduque Carlos en Hohenlinden (Baviera), en diciembre de 1800, así como la presión sobre Francisco II por parte del zar de Rusia, fue lo que obligó finalmente a Austria a sentarse a la mesa de negociación (**90**). Por el tratado de Lunéville, de febrero de 1801, Francia recuperaba una versión algo ampliada de lo que había adquirido en Campo Formio, mientras que Austria reconocía la posesión francesa de Bélgica y Luxemburgo. El tratado de Lunéville marcó el final de la segunda coalición, cuando el zar, exasperado, retiró sus fuerzas de Europa occidental (**89**).

Napoleón ideó de inmediato una estratagema para inducir a los rusos a aliarse contra Gran Bretaña, en especial cuando la toma de Malta por los británicos ofendió al zar Pablo, que también codiciaba la isla, y le impulsó a resucitar la alianza naval de la Neutralidad Armada del Norte (Rusia, Dinamarca, Suecia y Prusia) contra Gran Bretaña. Aquello constituía una amenaza a las importaciones de grano de la región del Báltico, vitales para los británicos (**92**). Pero las esperanzas de Napoleón se vieron frustradas cuando Nelson destruyó la flota danesa en Copenhague en la primavera de 1801 y el propio zar fue asesinado. Sin embargo, Pitt deseaba aceptar la oferta de negociaciones de paz de Napoleón y un intercambio de prisioneros. Gran Bretaña estaba cansada de las continuas guerras, pues su economía comenzaba a sentir los efectos de la lucha, especialmente tras varias cosechas insuficientes y el hundimiento de los mercados textiles, que provocaron estallidos de desórdenes populares (**148**, cap. 4). En el continente parecía haber pocas perspectivas de realizar con éxito campañas contra los franceses; y cuando Addington sucedió a Pitt en el puesto de primer ministro, continuó las negociaciones de paz. El 1 de octubre de 1801 se firmó el tratado preliminar de Londres en condiciones bastante más favorables a Francia que a Gran Bretaña. Las condiciones no se ratificaron plenamente hasta marzo de 1802 en la paz de Amiens, debido en gran parte a que Napoleón deseaba aplazar lo más posible la evacuación francesa de Egipto a pesar de que Menou se había rendido a un ejército inglés en marzo de 1801 (**29**, cap. 7).

Por la paz definitiva de Amiens, Inglaterra devolvería Egipto a Turquía, el cabo de Buena Esperanza a Holanda y Malta a los caballeros de la Orden de San Juan, conservando solamente las islas de Trinidad y Ceilán de sus conquistas coloniales. Francia prometió evacuar Nápoles y se comprometió a garantizar la independencia de Portugal y las islas jónicas. Sin embargo, ambas partes siguieron recelando mutuamente. Napoleón no tenía intenciones de limitar sus ambiciones expansionistas; Inglaterra seguía sin estar dispuesta a aceptar la hegemonía francesa en el continente (**54**, conclusión). En Francia, el enorme prestigio obtenido del acuerdo de paz por Napoleón le permitió acallar cualquier oposición. Ahora estaba en condiciones de imponer un plebiscito que le declarara cónsul vitalicio y aumentar su poder mediante la revisión de la Constitución de 1799 e introduciendo cambios en el sistema electoral. Ningún monarca borbónico había logrado nunca semejante poder absoluto.

Se discute hasta qué punto el Consulado marcó una ruptura clara con el Directorio. Algunos historiadores marxistas franceses, como Georges Lefebvre y Albert Soboul, consideraron que la Revolución había concluido con el golpe de Estado de Brumario de 1799 que liquidó la soberanía parlamentaria y el principio electivo genuino, dificultando extraordinariamente cualquier oposición constitucional. En teoría, la nación seguía siendo soberana; en la práctica, no se la consultó (**25**, vol. I, cap. 4). Para los notables que valoraban sus beneficios económicos y sociales más que la participación política, no hubo importantes diferencias entre el Directorio y el Consulado. Napoleón conservó la mayor parte de la maquinaria administrativa y de los burócratas cualificados del Directorio (**105**). Un buen número de sus funcionarios de más confianza habían sido miembros de las grandes asambleas revolucionarias y ahora se mostraban dispuestos a continuar y consolidar los cambios económicos y sociales en la sociedad francesa iniciados de manera tan espectacular en 1789. Pero, para quienes consideraban que el marco de la Revolución Francesa eran la «soberanía del pueblo» y la Declaración de los Derechos del Hombre, la Revolución había concluido sin duda alguna.

2. La expansión del Imperio

Consulado e Imperio

Personalidad

Cuando Napoleón fue nombrado Primer Cónsul en 1799 tenía treinta y un años y se hallaba en lo mejor de la vida. Una cuestión fascinante es la de hasta qué punto la enorme expansión del poder francés en Europa entre 1796 y 1812 se debió al extraordinario talento del propio Napoleón, y en qué medida dependió de la sociedad revolucionaria que le apoyó. Actualmente no está de moda hacer demasiado hincapié en la influencia de los individuos en el curso de la historia. Sin embargo, es difícil aceptar la opinión de que si Napoleón no hubiera aparecido, habría habido alguien muy similar a él para dar expresión a las «fuerzas subyacentes» en la sociedad. Su compleja personalidad fue singular, y su genio militar no ha sido superado nunca.

Además de soldado profesional, Napoleón era un político y publicista diestro al haber pasado por un riguroso aprendizaje en las complejidades de la política corsa y las luchas entre facciones de la Revolución Francesa. Al mismo tiempo tenía serios intere-

ses científicos y literarios; era capaz de conversar con científicos eminentes y en cierta ocasión escribió el borrador de una novela romántica, aunque un tanto ampulosa (**38**, cap. 3). La gama de sus lecturas, incluso cuando se hallaba en campaña, es impresionante. Su dominio sin rival de los detalles y su excelente memoria le permitieron llegar a ser un administrador de primera categoría, mientras que su afamada energía, su fuerza de dedicación y su legendaria capacidad para el trabajo le acompañaron desde la juventud hasta cierta decadencia, aparecida después de 1808. Al ser capaz de trabajar jornadas de dieciocho horas y de asombrar a sus subordinados por el alcance de sus conocimientos, sacaba de quicio a sus sudorosos secretarios. Se calcula que en los quince años de su reinado dictó unas 18.000 cartas y órdenes, a un promedio de quince por día (**4**, cap. 11). A menudo dictaba a seis secretarios simultáneamente sobre cualquier tema imaginable, desde asuntos de gran estrategia hasta programas para escuelas de niñas. Su deseo de gobernar Francia personalmente, incluso mientras se hallaba fuera del país (alrededor de una tercera parte de su reinado), se apoyaba en sus insólitas reservas de energía nerviosa y su creencia casi mística en su «destino» como un Prometeo actual, más grande que Aníbal, César o Carlomagno (**25**, vol. I, cap. 3), [**doc. 2**].

Napoleón hubo de pagar un precio por ello, pues sus condiciones físicas no pudieron sobrellevar las excesivas exigencias que se le plantearon con el correr de los años. En contra del mito, Napoleón necesitaba dormir seis horas, y las cabezadas y la falta de sueño, consecuencia obligada de las campañas militares, se cobraron su tributo (**67**, cap. 2). Su tendencia a vivir en continuo estado de tensión e intentar reprimir sus vigorosas emociones bajo la capa de una determinación fría le provocaron varias crisis nerviosas cercanas a ataques de epilepsia. Espasmos de cólera o histeria se abrían paso a través de su pose de eficiencia sosegada y gélida. En tales momentos era capaz de golpear a sus servidores e, incluso, a sus subordinados militares con la fusta. No obstante, también mostraba un sentido del humor socarrón y tiraba de las orejas a las personas por quienes sentía una especial predilección (**30**, cap. 6). Las tensiones y presiones de su asombrosa carrera le causaron un envejecimiento prematuro. En el momento de la retirada de Moscú presentaba el aspecto de un hombre cor-

pulento, letárgico y con diversos achaques. Su buen discernimiento se vio afectado por las hemorroides y por problemas de vejiga tanto en Borodinó como en Waterloo. A partir de 1812 perdió flexibilidad y agudeza y fue menos capaz de distinguir entre lo posible y lo imposible, y tendió más al fatalismo pesimista y la obstinación irracional, que hicieron de él —viciado por el poder— una sombra de lo que había sido.

Su personalidad fue siempre polifacética. A veces se mostraba fríamente eficiente y hablaba de la necesidad de los gobernantes de inspirar temor en sus súbditos [**doc. 14**]. Pero era igualmente capaz de irradiar encanto e inspirar auténtico afecto y lealtad entre quienes entraban en contacto estrecho con él. Es indudable que despertaba una intensa lealtad entre sus soldados con su habilidad para jugar con sus deseos de camaradería, gloria militar y reconocimiento a su valentía. En este sentido, le ayudaba su excelente memoria para los nombres y los rostros y su hábito de cabalgar entre sus soldados, en especial en vísperas de una batalla. Incluso cuando la suerte le fue contraria, era capaz de mantener su dominio sobre los *grognards* (los veteranos «rezongones»); durante la retirada de Moscú hubo entre los soldados de la *Grande Armée* menos descontento que en el ejército de Wellington en la Península Ibérica (**82**, cap. 4).

Su carácter tenía una faceta cruel y vengativa. Raramente perdonaba a sus enemigos, y quienes se le enfrentaron fueron a menudo castigados con todo el ahínco de una *vendetta* corsa. No obstante, su lealtad para con su familia y amigos era igualmente un resultado de su educación corsa. Quienes le habían ayudado en su juventud fueron recompensados con empleos y emolumentos cuando tuvo poder. Su niñera estuvo presente en su coronación. Este intenso sentido del clan y la familia fue lo que le llevó a colocar a sus hermanos y hermanas en tronos europeos, mientras que una equivocada lealtad hacia antiguos camaradas le condujo a mostrarse excesivamente indulgente con subordinados desleales como Bernadotte y Murat, cuyo talento militar sobrevaloró. Se pueden multiplicar las paradojas del carácter de Napoleón. A pesar del esplendor de la corte imperial a partir de 1804, su vida privada fue más bien frugal, y comía y vestía con sencillez, en un estilo muy alejado del de los monarcas borbónicos. La realidad difería sensiblemente de los retratos románticos y so-

brehumanos con que lo representaron artistas como David, Ingres y Gros (219). Ningún verdadero francés comía de manera tan apresurada o bebía Chambertin aguado.

Gobierno

Napoleón creó un extenso imperio europeo. También reformó fundamentalmente las instituciones francesas. Después de Brumario, su gobierno personal autoritario le permitió acallar las facciones enfrentadas y aunar a las personas que le servían, que, de otro modo, habrían sido enconados enemigos políticos. Tenía una idea sagaz de lo que se necesitaba tras una década de revolución. «Mi criterio es gobernar a las personas como la mayoría de ellas desea ser gobernada. Ésta es, según creo, la manera de reconocer la soberanía popular.» Aunque siempre existió cierta oposición a su gobierno, Napoleón logró convertir a la mayor parte de los franceses de ciudadanos en súbditos e imponerles un sistema político, administrativo y judicial que reflejaba su propio gusto por la eficiencia y la uniformidad. Lo que desde un punto de vista actual podría parecer rígido y opresivo, resultaba «racional» y «moderno» para muchos de sus contemporáneos (52, intro.).

Hasta la creación del Imperio, en 1804, los documentos oficiales iban encabezados por la expresión *«République Française»*, que se mantuvo en las monedas hasta 1808; pero el Consulado fue de hecho, aunque no de nombre, el equivalente de una monarquía. Después de Brumario, Napoleón se mostró deliberadamente ambiguo y declaró en distintas ocasiones: «Yo soy la Revolución», y «La Revolución ha concluido» (38, cap. 1). En cierto modo, Napoleón fue obviamente el heredero de la Revolución Francesa; en otros sentidos recordaba más a los déspotas ilustrados. Nadie se aprovechó más que él de la «carrera abierta al talento», principio que preservó con firmeza. Habida cuenta de la base de sus apoyos entre los campesinos y los notables de la burguesía que se habían beneficiado materialmente de las ventas de tierras por parte de la Revolución, hubo ciertos cambios fundamentales de la década revolucionaria que Napoleón no se atrevió a tocar. Entre ellos se han de contar la igualdad ante la ley, la supresión del feudalismo, la regulación de la propiedad rural, el

menoscabo de la posición privilegiada de la Iglesia católica y la enajenación de sus recursos económicos (**54**, intro.). Por otra parte, Napoleón no estaba dispuesto a permitir el ejercicio de los derechos políticos y aducía que las crisis políticas que se sucedieron a partir de 1789 habían sido provocadas por los desacuerdos políticos incontrolados. Personalmente, prefería sin duda un gobierno autoritario, aun cuando ello supusiera el restablecimiento de algunos rasgos embarazosos del Antiguo Régimen.

La pretensión de Napoleón de encarnar la voluntad general en su propia persona contradecía directamente el principio básico de la Revolución Francesa: la soberanía popular, modelada según el contrato social de Rousseau. A partir de 1804 se abandonó incluso el recurso de los plebiscitos —que, en realidad, brindaba pocas posibilidades auténticas y era manipulado a menudo— (**52**, cap. 1). Ya desde 1799, Napoleón decidió limitar el Tribunado y el poder legislativo a asuntos puramente financieros y administrativos. Cuando el Tribunado expresó sus críticas a los tratados de paz y al Código de Derecho Civil, fue sometido a una fuerte purga en 1802 y sobrevivió como poco más que un sello en manos de Napoleón y sus ministros hasta su abolición en 1807. El poder legislativo sobrevivió sólo pasando desapercibido y criticando las medidas tomadas por Napoleón de forma cauta y moderada (**108**, caps. 2-9). El Senado se convirtió así mismo en una corporación servil cuyos miembros recibían salarios ministeriales de 25.000 francos y se mostraban decididamente contrarios a morder la mano que les daba de comer.

La reducción del alcance de las instituciones representativas estuvo acompañada de un ataque a las libertades civiles, en especial la expresión de la disconformidad política en asambleas públicas o en la prensa. Desde el punto de vista de Napoleón, la prensa debía actuar sólo como agente diligente de la información y maquinaria propagandística del gobierno. El número de diarios políticos se redujo de 73 a 13 a partir de 1800. Los que sobrevivieron fueron amordazados eficazmente por falta de suministro de información y por la prohibición de debatir temas polémicos. Muchos de los artículos de *Le Moniteur*, el periódico oficial del gobierno, los escribía el propio Napoleón [**doc. 10**]. En 1809 se crearon censores nombrados para cada periódico; según escribía Napoleón a Fouché: «Los periódicos están siempre

dispuestos a recurrir a cualquier cosa que pueda socavar la tranquilidad pública». Medidas draconianas tomadas en 1810-1811 limitaron el número de periódicos parisinos a cuatro; y sólo se permitió uno para cada departamento provincial. La imprenta, las publicaciones y las producciones teatrales fueron sometidas a controles adicionales. Desde julio de 1803, todos los libros debían someterse a censores oficiales antes de su publicación; poco después se cerró la facultad de ciencias morales y políticas del *Institut de France*. En aquellas circunstancias era difícil que la opinión pública bien formada expresara sus opiniones sobre el régimen y sus medidas o que se desarrollara un liberalismo de clase media (**109**).

El hecho de que el Consulado y el Imperio fueran manifiestamente un Estado policial no era nada nuevo. El encarcelamiento y las ejecuciones arbitrarias habían sido frecuentes durante el Terror y el Directorio, por no hablar del Antiguo Régimen. En 1814 sólo había en realidad 2.500 personas en prisión por delitos políticos, pues el régimen napoleónico era más sutil en sus métodos que sus predecesores. El recurso al arresto domiciliario fue ampliamente utilizado por los prefectos para restringir las actividades de grupos de jacobinos militantes y antiguos partidarios del Terror o monárquicos excesivamente entusiastas (**52**, cap. 1). Una vigilancia meticulosa ahogó gran parte de la disidencia. En 1814 un funcionario de la policía preguntaba: «Sin el ministerio de Policía, ¿cómo es posible conocer el movimiento de la sociedad, sus necesidades, sus desviaciones, el estado de la opinión, los errores y las facciones que agitan las mentes?» El ministerio de Policía, fundado en 1796 y dirigido por el astuto Fouché de 1799 a 1810, controlaba las cuatro secciones regionales de policía y era responsable de la policía secreta *(sûreté)*, la censura, la vigilancia de prisiones, los precios de los alimentos y el mercado monetario, aunque los prefectos y alcaldes de poblaciones grandes mantenían poderes policiales aparte sometidos al ministerio de Interior. Fouché enviaba a Napoleón un resumen diario de información obtenida de sus subordinados, pues su ministerio estaba al tanto de la opinión pública y cortaba de raíz la oposición sirviéndose de espias, agentes provocadores y poderes legales extraordinarios [**docs. 11, 12, 13**]. Los disturbios por el precio de los alimentos fueron mucho menos frecuentes que bajo anteriores gobiernos,

en parte por la firmeza de la represión, y en parte por las requisas de grano en toda Europa para proveer y pacificar las ciudades francesas (122, II parte).

Napoleón ejerció un nuevo tipo de gobierno personal que rompía con las tradiciones tanto del Antiguo Régimen como de la Revolución. Robespierre mismo no dispuso nunca de tal grado de autoridad personal. Las opiniones divergentes sólo se toleraban en el Consejo de Estado, presidido por el propio Napoleón. A los ministros no se les consentía ningún tipo de responsabilidad colectiva ni que tomaran decisiones de manera autónoma. (113). Lo mismo podía decirse en gran medida de los prefectos provinciales. Como comentó en cierta ocasión Dacrès, ministro de Marina: «Todos estamos acostumbrados a que nos guíen paso a paso y no sabemos cómo poner en marcha medidas de importancia» (52, cap. 1). El sistema de gobierno centralizado y autoritario instaurado por Napoleón se puede contemplar como la expresión de su propia personalidad y convicciones y considerar que nació de la necesidad de restablecer la estabilidad en Francia tras las oscilaciones políticas del periodo del Directorio.

No resulta tan inmediatamente comprensible la transformación del Consulado en Imperio en 1804, cuando, en la famosa ceremonia celebrada en Notre Dame, Napoleón tomó la corona de manos del estupefacto papa y se coronó a sí mismo y a Josefina (119). En sus motivos se mezclaron lo personal y lo político. Las presiones de sus parientes reñidos entre sí, en especial sus ambiciosas hermanas, se unieron a su propio sentimiento intenso de lealtad familiar y a su deseo de fundar una dinastía personal (54, conclusión). La reiteración de conspiraciones contra su vida le impulsó así mismo a crear un imperio hereditario que legitimaría el golpe de Estado de cinco años antes y silenciaría el grupo de críticos políticos reunido en torno a Sieyès, el Tribunado y el salón parisino de Madame de Staël. El Imperio significaba también una apuesta a favor de la respetabilidad ante los monarcas europeos, aunque en definitiva siguieran considerándolo un advenedizo. Jorge III mostró claramente su indiferencia cuando Napoleón comenzó a dirigirse a él como *«mon frère»;* el gobierno británico aludió siempre al emperador francés con la fría expresión de «General Bonaparte».

La creación del Imperio y, más tarde, de la aristocracia imperial fue concebida igualmente como un nuevo gesto conciliatorio

hacia los realistas. La derecha representaba un peligro mayor que la izquierda, pues las filas de los jacobinos habían quedado diezmadas por las detenciones domiciliarias, la vigilancia policial y la apatía del pueblo llano. En cambio, era necesario ofrecer a los realistas garantías como la derogación de las leyes contra los parientes de los *émigrés*, la readmisión en Francia de la mayoría de los dirigentes de la oposición monárquica de 1797, la conclusión de una tregua con los rebeldes de La Vendée y, sobre todo, concesiones a la Iglesia, que culminaron en el Concordato de 1801, concebido en parte para apartarla de la causa realista.

El Concordato

La política religiosa de la Revolución había acabado siendo un evidente fracaso. Desde la Constitución Civil del Clero de 1790 habían sido muy numerosos los franceses, y todavía más las francesas, que se habían negado a aceptar que los ideales de 1789 brindaban un plan suficiente para regenerar a la humanidad pecadora, o que fuera muy recomendable la salvación por la política únicamente (**116**, cap. 5). El cisma producido en la Iglesia francesa a partir de 1790 había conducido a la guerra civil. Napoleón había sido criado como católico, pero su educación en los principios de la Ilustración le había arrebatado cualquier convicción genuinamente religiosa [**doc. 9**]. Para él, la Iglesia católica era un instrumento útil de control social que inculcaba moralidad, predicaba la sumisión a la autoridad legítima y relegaba a las mujeres al hogar y la familia. Era consciente de que la existencia de una Iglesia irreconciliablemente «refractaria» y no juramentada, y de ciudades anticlericales enzarzadas en conflictos con los fieles rurales alimentaba las ambiciones de los realistas y sustentaba los movimientos populares contrarrevolucionarios de La Vendée y otras regiones fuertemente católicas.

El Concordato fue planeado, por tanto, como un gesto espectacular de reconciliación, una parte esencial en el propósito de Napoleón de unificar el país y aunar a antiguos enemigos bajo la firme mano del gobierno napoleónico. Un acercamiento a la Iglesia proporcionaría a su administración otro elemento más de control social. Así mismo mantendría La Vendée en relativa calma,

al tiempo que incrementaba la influencia francesa en la católica Italia, Bélgica y Holanda. El papa Pío VII, más flexible que su predecesor, hizo saber que deseaba intensamente el reconocimiento oficial de la fe católica por parte del gobierno de la nación cristiana más poderosa, así como el rechazo de la Iglesia «constitucional», que había jurado lealtad a la Revolución Francesa. La base para el Concordato fue preparada cuidadosamente. Napoleón ordenó un luto por la muerte de Pío VI en 1799 y dispuso un *Te Deum* de acción de gracias en la catedral de Milán por su victoria en Marengo. Negociaciones delicadas con el papado condujeron al acuerdo final de 1801 [**doc. 8**].

El Concordato, que entró en vigor en 1802 en Francia y Bélgica (donde aún se mantiene), significó un triunfo para Napoleón a pesar de la oposición de sus generales y de la mayoría de los políticos. El Papa y la Iglesia reconocieron a la República Francesa, rompiendo así la alianza entre el papado y los monarcas legítimos europeos, además de asestar un golpe paralizante a la causa de los realistas exiliados. El Papa aceptó que la Iglesia galicana unida mantuviera su obediencia al Estado y que los nuevos obispos fueran nombrados por el gobierno, sometiendo ese nombramiento al veto papal. Los párrocos, en vez de ser electivos, serían nominados por los obispos. Tanto los obispos como los sacerdotes recibirían salarios del Estado, pero se planteó la cuestión de mantener el número de clérigos existente a finales del Antiguo Régimen. Antes de 1789 había 60.000 sacerdotes seculares; en 1815 su número era sólo de 36.000 (**55**, cap. 3). En general, no se readmitió a las órdenes religiosas en Francia, y fue necesario el permiso del gobierno para la creación de nuevas parroquias. Tanto los servicios eclesiásticos como las procesiones estaban sometidas a regulaciones restrictivas por parte de la policía. El restablecimiento oficial del domingo como día de descanso quedó contrarrestado en opinión del papado por el deseo de Napoleón de tolerar el culto protestante y su negativa a perseguir a los judíos. El catolicismo sería reconocido oficialmente como la religión de la «mayoría de los franceses» —no de todos ellos.

A primera vista, ambas partes firmantes del Concordato obtenían considerables beneficios. La Iglesia católica en Francia quedó formalmente unificada y reconoció la supremacía del Papa. La subordinación del clero a los obispos pareció un buen augurio

para una alianza entre una Iglesia autoritaria y un Estado también autoritario. En la práctica, el Concordato no logró funcionar con la suavidad prevista. La integración plena de los sacerdotes «refractarios» y «constitucionales» no se llevó a cabo hasta después de muchos años de conflicto entre los grupos rivales [**doc. 11**]. A medida que la Iglesia galicana comenzó a recobrar su seguridad, consideró más fastidiosa su dependencia del Estado, pues el grado de control del gobierno al que estaba sometida parecía reducirla, en frase de Dansette, «a la condición humillante de un servidor público» (**115**, cap. 7). La lealtad de la Iglesia al régimen, aun siendo útil para Napoleón, no llegó nunca a ser absoluta; la mayoría de los prelados habría preferido una restauración borbónica (**29**, cap. 10; **55**, cap. 3).

Conspiraciones y prefectos

Una de las razones de Napoleón para negociar el Concordato fue la de aislar el realismo disociándolo del catolicismo oficial (**52**, I parte, cap. 2). Aunque el gobierno perdonó a los *émigrés* dispuestos a jurar lealtad al régimen, llegando incluso a devolver las propiedades confiscadas que no habían sido vendidas todavía, no tuvo reparos en utilizar el palo en vez de la zanahoria contra los realistas que no estuvieran dispuestos ni a perdonar ni a olvidar y que insistían en considerar al emperador como un vulgar usurpador. Los dirigentes vendeanos fueron ejecutados a pesar de la tregua. Cadoudal, el chuan realista que, respaldado por los británicos participó en una conjura que incluía a los generales Moreau y Pechegru, fue ejecutado junto con once de sus compañeros de conspiración. La mera sospecha de implicación por parte del joven duque de Enghien indujo a Napoleón a secuestrarlo en el territorio neutral de Baden y llevarlo al paredón sin que se hallara un ápice de prueba que lo implicase. Aquel acto de asesinato judicial escandalizó a Europa, aunque impidió nuevas conjuras contra la vida de Napoleón y puso fin a los rumores de que proyectaba un acuerdo con los borbones. La minoría de los realistas que no se reconciliaron se encontró cada vez más aislada, al igual que la minoría de republicanos incapaces de soportar las abejas simbólicas, las águilas voladoras y otra parafernalia de la corte impe-

rial, y los intentos de los artistas y propagandistas oficiales de representar el Imperio como un digno sucesor de las grandes dinastías de la historia.

El grupo más leal al régimen fueron las clases burguesas propietarias (143). En los inicios mismos del Consulado, Napoleón tomó medidas para consolidar su apoyo decretando que los intereses generados por los títulos del Estado se pagaran oportunamente y en efectivo. En consecuencia, el valor de los títulos y la reputación de Napoleón experimentaron un alza en la estima de los accionistas. En sus negociaciones con el papado, Napoleón dejó claro que no se plantearía la devolución de las tierras de la Iglesia. Lo que las clases poseedoras deseaban del Consulado y el Imperio era estabilidad y orden en el interior y victorias militares en el extranjero. La estabilidad interna salvaguardaría sus propiedades frente a cualquier amenaza de la izquierda; las victorias en el extranjero impedirían el éxito de un contragolpe de las monarquías europeas que supondría el restablecimiento de la Iglesia y de las propiedades de los emigrados. La victoria militar y la expansión territorial brindaban así mismo oportunidades lucrativas a los contratistas y suministradores militares, así como un complemento sustancioso al presupuesto nacional. De ese modo, a pesar de la naturaleza autoritaria del gobierno napoleónico, hubo miles de personas instruidas, muchos de ellos antiguos republicanos y hasta jacobinos, dispuestas a servir en la burocracia estatal y a ayudar a mantener el país en manos de su dueño. Un número considerable de esos colaboradores voluntarios había servido anteriormente en la administración de la Revolución, del Directorio y hasta del Antiguo Régimen.

La presa firme con que Napoleón aferraba al país se ejercía en gran parte a través de los prefectos, controlados a su vez por los poderosos ministerios del Interior y de Policía. Estos ministerios eran responsables de las medidas demográficas, el reclutamiento, los suministros de alimentos, el comercio, la ayuda a los pobres, las prisiones, las minas, las obras públicas, la educación y la seguridad interior. Había también ministerios de Justicia, Finanzas, Hacienda, Guerra, Marina, Colonias, Religión y Asuntos Exteriores. Cada uno de ellos estaba soldado a los demás en una burocracia centralizada bajo la dirección del Consejo de Estado y de Cambacérès y el propio Napoleón (113). Los prefectos, en

cuanto agentes del gobierno central en las localidades, constituían el vínculo entre París y la administración provincial. Ejecutaban las órdenes de los ministerios y divulgaban la propaganda gubernativa en interés de la versión napoleónica del bien común (**52**, II parte, cap. 1). Los prefectos tenían que estar al tanto de la opinión pública, no perder de vista a las personas instruidas que podrían formular opiniones peligrosamente independientes sobre la política del gobierno, supervisar todos los clubes y asociaciones e informar de actividades sospechosas. También tenían la tarea de aplicar medidas poco populares, como la de establecer curas «constitucionales» tras el Concordato —procedimiento que provocó frecuentes disturbios— o calcular y administrar impuestos odiosos. Y lo que es más importante, eran responsables del sistema de recluta en el plano local y de poner freno a la deserción del ejército [**doc. 28**]. Cuando era necesario, se podía pedir ayuda al gobierno central mediante el telégrafo semafórico, como ocurrió con el envío de 4.000 soldados desde París, en 1812, para sofocar importantes disturbios por el precio de los alimentos, en respuesta a una llamada de alarma del prefecto del departamento de Calvados. Un tribunal militar sentenció a muerte a ocho revoltosos y a largas penas de prisión a otros diecisiete (**122**, II parte).

Las facetas más beneficiosas de las actividades de los prefectos fueron las de recopilar estadísticas para los ministerios de París, supervisar a subprefectos y magistrados, seleccionar el personal administrativo local, presidir funciones locales, tomar medidas para estimular la economía regional y regular el suministro de alimentos, mercados y precios. La mayoría de los prefectos eran administradores capaces. Muchos de los últimos iniciaron sus carreras en su juventud como auditores, con asiento en las reuniones del Consejo de Estado, y estuvieron adscritos a algún ministerio como parte de su preparación para las altas funciones del servicio civil. La creación de una jerarquía administrativa basada en el mérito y abierta a los hijos de la antigua nobleza y la burguesía adinerada contribuyó a consolidar el régimen y garantizarle la formación de un grupo leal salido de las élites, opuestas hasta entonces. El sistema administrativo acabó siendo el legado más perdurable de Napoleón y pervivió en Francia hasta fechas muy recientes.

El derecho

Desde el centro se ejerció un control igualmente firme sobre el poder judicial. Todos los magistrados, a excepción de los jueces de paz, eran nombrados de por vida, mientras que, durante la década revolucionaria, habían tenido carácter elegible. Una supervisión estricta de los salarios y las perspectivas de promoción de los jueces contribuía a garantizar su sumisión al gobierno (54, cap. 3). La creación de «magistrados para la seguridad pública» y de tribunales especiales para delitos políticos añadió a la justicia un carácter represivo.

Desde 1789 los gobiernos revolucionarios habían proyectado codificar y simplificar el caótico sistema legal del Antiguo Régimen. En 1800, tras las firmes presiones ejercidas por el Primer Cónsul, el Consejo de Estado acometió aquella hercúlea tarea, basando sus planteamientos en planes trazados anteriormente por comisiones revolucionarias y del Directorio. Sin embargo, en el borrador final del Consejo se hizo patente una clara reacción favorable al derecho romano frente a los juristas ilustrados del periodo revolucionario, que habían abogado, por ejemplo, por la igualdad entre sexos, el matrimonio civil, la transmisión hereditaria a través de los hijos ilegítimos y un reparto igual de la propiedad entre los herederos. De ahí que muchos rasgos del nuevo Código Civil rechazaran el liberalismo de la Revolución (30, cap. 4).

El Código de 1804 confirmó los derechos de la propiedad individual, pero se restableció la autoridad despótica del padre sobre la esposa e hijos propia del Antiguo Régimen. El marido podía enviar a prisión a su mujer adúltera o a sus hijos rebeldes. No se concedieron derechos hereditarios a los hijos ilegítimos. Aunque se siguió permitiendo el divorcio, se hizo de él un procedimiento difícil y muy costoso. Se asignó a las mujeres un rango inferior: «El marido debe protección a su esposa; la esposa debe obediencia al marido». El hombre podía divorciarse de la mujer por adulterio, pero ella sólo podía divorciarse de él por el mismo motivo si el marido insistía en introducir a su amante en el hogar. Este restablecimiento de la doble norma significó una reacción contra el liberalismo de la década revolucionaria, así como una expresión de la hostilidad del propio Napoleón hacia cualquier

clase de liberación de la mujer y su creencia en que la vida familiar tradicional robustecía la disciplina social y fomentaba la tranquilidad pública (54, cap. 3). Aunque el Código fue obra de juristas profesionales, fue el propio Napoleón quien tomó la iniciativa de imponerlo al presidir 36 de las 48 sesiones dedicadas a aquel asunto por el Consejo de Estado. El autoritarismo del Código Civil tuvo un reflejo en los siguientes códigos legales. Aunque se preservó en mayor o menor medida la igualdad ante la ley, los códigos Criminal y Penal hundieron sus raíces en el Antiguo Régimen más que en la Revolución. Se restablecieron los trabajos forzados a perpetuidad y las marcas infamantes; el juicio por jurados quedó rigurosamente restringido; las *lettres de cachet*, que habían facilitado los encarcelamientos arbitrarios antes de 1789 e indignado a los primeros revolucionarios fueron restablecidas sin ningún reparo en 1810. Proliferaron las cárceles especiales para delitos políticos, en particular al difundirse el desencanto y la pérdida de apoyos a partir de 1812.

Educación

Napoleón se interesó por planes de reforma educativa, no sólo como medio para moldear las mentes y formar opiniones, sino también como vivero para funcionarios públicos bien cualificados (54, cap. 3). Sin embargo, su interés quedó limitado en gran parte a la educación de los hijos de las clases poseedoras. El pueblo llano, que según se creía no necesitaba más que una sencilla «educación moral», se hubo de contentar con sus escuelas tradicionales preparatorias y primarias a cargo de la Iglesia, los ayuntamientos e individuos particulares. No se desarrolló ningún proyecto de educación primaria universal.

Así pues, en la práctica, se impusieron limitaciones rigurosas a la «apertura de la carrera al talento». Para el gobierno napoleónico fue prioritario proporcionar una educación general secundaria de calidad superior, seguida de una educación profesional, para los hijos de los notables en los 34 *lycées* (internados muy selectivos y militarizados) creados en 1802. La Universidad Imperial fue fundada en 1806 como una especie de ministerio de Educación, encargado de organizar exámenes públicos, controlar

niveles y programas de estudios, autorizar a profesores y difundir una cultura moderna, científica y práctica ente los hijos de la élite (55, cap. 3).

Aquel sistema de educación pública tuvo sólo un éxito limitado. La mayoría de padres de la burguesía prefirió enviar a sus hijos a colegios particulares, en general a los regentados por la Iglesia, a pesar de que Napoleón impuso elevados impuestos y fastidiosas reglamentaciones a esas instituciones. La Universidad Imperial funcionó en gran medida como una mera extensión de los *lycées* (134). La educación científica y la investigación avanzada se practicaron fuera de la universidad, en las *grandes écoles* fundadas durante la Revolución. La más importante fue la *École polytechnique* (1794), cuyo programa intensivo de dos años desembocaba en las escuelas especializadas de minas, caminos y puentes o artillería. A continuación, los estudiantes pasaban a ocupar puestos elevados en la función pública o en las fuerzas armadas. En sus primeros años, casi la mitad de los estudiantes fueron hijos de campesinos y artesanos apoyados por becas oficiales. Pero en 1805 el gobierno imperial elevó las tasas y, bajo los auspicios del ministerio de la Guerra, inició la transformación del *Polytechnique* en escuela militar, a partir de su condición de universidad científica de primer rango, y los mejores alumnos fueron obligados a seguir carreras militares. A pesar de los intentos de Napoleón por fomentar una educación estrictamente utilitaria y vocacional, la investigación científica, que pervivió en el *Collège de France* y en el Museo de Historia Natural, permitió a Francia mantener su primacía en la ciencia europea, en tanto que las artes continuaron floreciendo en las escuelas y colegios particulares (52, II parte, cap. 2).

La Iglesia

Una de las razones de que el intento de Napoleón de imponer una educación secundaria uniforme controlada por el Estado y de carácter militar no pasara de tener resultados limitados fue la oposición de la Iglesia, que demostró no ser un instrumento tan acomodaticio en su apoyo al régimen como él había previsto en el momento de la firma del Concordato. Durante los primeros años

del Imperio la Iglesia se mostró razonablemente cooperadora. El «Catecismo Imperial» de 1806 colocaba a Napoleón a la diestra de la divinidad, mientras que la «Fiesta de san Napoleón» sustituyó oficialmente a la celebración tradicional de la Asunción de la Virgen. Los obispos, descritos en cierta ocasión por Napoleón como «prefectos revestidos de púrpura», ordenaron de manera complaciente celebrar un *Te Deum* por la victoria de Austerlitz en 1805 y ayudaron así mismo al buen funcionamiento del sistema del servicio militar obligatorio. El obispo de Touraine instó a los reclutas «a considerar su llamamiento como ordenado por Dios», y se negó la absolución a desertores y prófugos.

Sin embargo, la Iglesia era una institución demasiado poderosa como para que Napoleón la controlara a su arbitrio. Una parte del precio que hubo que pagarle por su función de mantener la tranquilidad entre el pueblo fue su influencia creciente en el ámbito de la educación, que acabó siendo igual al conseguido durante el Antiguo Régimen. La Iglesia llegó a poseer en la práctica el monopolio de la educación privada; se restablecieron las órdenes dedicadas a la enseñanza; en los *lycées* y la Universidad Imperial se infiltraron tutores, inspectores y administradores que habían recibido las órdenes sagradas (**134**, cap. 5). Entre el clero francés comenzó a desarrollarse un espíritu ultramontano. Pío VII había aceptado el Concordato sólo como mal menor; y el Código Napoleónico provocó un conflicto entre el Papa y el emperador, en particular por su mantenimiento del divorcio. El conflicto se exacerbó por la invasión de los territorios papales en Italia, llevada a cabo en 1805 por tropas francesas y que culminó en la ocupación de Roma en 1808 y en la anexión de los Estados Pontificios por Napoleón. La ruptura de relaciones llegó con la excomunión de Napoleón por el Papa, siendo éste detenido y encarcelado de inmediato por el indignado emperador (**117**). Napoleón, sin embargo, reconoció siempre la primacía espiritual (pero no temporal) del papado, y el conflicto no parece haberle costado la lealtad de la mayoría de los católicos franceses. El clero mismo sólo pasó a la oposición después de 1812, cuando parecía existir una posibilidad real de restauración borbónica.

Finanzas y economía

El nuevo sistema de administración establecido bajo el Consulado permitía al gobierno explotar la riqueza del país con más eficacia que durante el Antiguo Régimen o la Revolución. La recaudación de impuestos fue responsabilidad de funcionarios pagados supervisados por agentes de la Hacienda central y los prefectos provinciales. Se controló rigurosamente el gasto, lo que llevó a un equilibrio presupuestario en 1802. Se pasó a dar mayor importancia a los impuestos directos sobre los indirectos, cambio que queda ejemplificado por la cuadruplicación de las tasas sobre el tabaco, el alcohol y la sal entre 1806 y 1812, mientras que la contribución rústica no fue mayor en 1813 de lo que lo había sido en el momento de su establecimiento, en 1791. Las medidas impositivas fueron un ejemplo más de cómo el régimen se distanció de los principios igualitaristas de la Revolución en interés de los grandes propietarios. Los beneficios industriales y comerciales se cargaron sólo con impuestos de menor cuantía. Napoleón saldó la deuda pública heredada del Directorio y creó nuevos bancos de descuento y un fondo de amortización para lanzar títulos del Estado y permitir que éste pagara sus obligaciones a los acreedores nacionales.

Estas medidas financieras y la confianza generada entre el mundo de los negocios y los propietarios permitió hasta 1806 al Estado, apoyado por normativas financieras del Banco de Francia, equilibrar el presupuesto y financiar sus guerras sin que la moneda sufriera la inflación que había paralizado a gobiernos anteriores desde 1789 (**52**, II parte, cap. 3). Las guerras, a su vez, produjeron importantes beneficios. El pillaje pasó a ser un componente fundamental de la política oficial. No sólo contribuyó a financiar la guerra y avituallar las tropas, sino que ayudó así mismo al régimen a arraigar con mayor firmeza y ser más popular en Francia; el botín obtenido en los frentes de guerra fomentó la industria y la agricultura y fue importante para mantener alta la tasa de empleo y bajos los precios. Sin embargo, durante los últimos años del Imperio, al comenzar a agotarse los suministros de botín, los gastos militares comenzaron a representar de un 40 a un 60 por ciento del gasto público. El gobierno hubo de hacer

frente a la situación aumentando los impuestos y los ingresos por aranceles, lo que contribuyó a ahondar la crisis financiera de 1810 (**146**). Aun así, el sistema financiero de Napoleón fue mucho más sano que los de regímenes anteriores.

Aunque la industria del algodón permitió la formación de importantes fortunas, el progreso económico general no fue espectacular (**142**, vol. I). Algunos historiadores detectan un periodo de crecimiento y expansión entre 1800 y 1810, pero otros, como Crouzet, mantienen que ese «crecimiento» no pasó de ser una mera corrección del declive económico de la década revolucionaria (**145**). No se produjo, sin duda, una revolución agrícola o industrial de gran alcance. En comparación con Gran Bretaña, faltó de manera importante la innovación industrial o comercial (**55**, cap. 1). La agricultura siguió siendo tradicional en sus métodos y su expansión se debió a una extensión del área cultivada, y no a la introducción de técnicas nuevas. Los precios agrícolas, predominantemente altos, tendieron a favorecer los métodos tradicionales de cultivo y explotación agraria, excepto en Alsacia, Normandía y el norte (**52**, cap. 7; **38**, III parte, cap. 3). La experiencia del sector comercial fue diversa. El comercio marítimo a gran escala quedó destruido en gran medida por el bloqueo naval británico en lo que respecta al tráfico de mercancías por el Atlántico. Burdeos, por ejemplo, que había sufrido terriblemente durante la Revolución, se recuperó algo bajo el Consulado, antes de ser devastada de nuevo por el bloqueo y los efectos del sistema continental. Algunas partes de Aquitania se industrializaron de manera eficaz. La economía marítima de Nantes, basada en el tráfico de esclavos, se hundió de manera similar. Marsella, sin embargo, consiguió expandirse y sacó provecho de los mercados italianos y orientales, mientras que Estrasburgo se convirtió en un gran centro mercantil basado en el comercio con Alemania y el Levante (**169**, cap. 5).

En el sector industrial se produjo un progreso más significativo, aunque en general fue lento e irregular, sobre todo cuando se vio afectado por la gran depresión cíclica europea de 1810-1812 (**38**, IV parte, cap. 6). Aunque es cierto que, en su momento culminante, el Imperio francés proporcionó un inmenso mercado a los productos franceses, la demanda interna no mostró, relativamente, ninguna elasticidad. El ligero aumento de los ingresos

agrícolas fue contrarrestado en general por la reducción de salarios reales en muchas zonas industriales, así como por el efecto de una elevación en los impuestos indirectos. Además, el estado aún primitivo de las comunicaciones impidió el nacimiento de un mercado auténticamente nacional y mantuvo una economía básicamente regionalizada y fragmentada. Las innovaciones técnicas más llamativas se produjeron en la industria algodonera, con la difusión de la hiladora y el telar mecánicos en las regiones de Rouen, Lille y Mulhouse (38, III parte, cap. 3). Innovaciones en la ciencia teórica y aplicada, en especial en la aplicación de los ácidos sulfúrico clorhídrico, aceleraron el progreso en la industria química permitiendo, por ejemplo, la creación de una fábrica para la producción de soda artificial en el departamento de Bouches-du-Rhône (52, cap. 7). En cambio, en las industrias metalúrgicas hubo poca innovación tecnológica y los métodos siguieron siendo tradicionales (incluida la utilización del carbón vegetal en los hornos). Pero las exigencias de la guerra incrementaron, como es obvio, las dimensiones de las industrias del hierro y el acero llevando a la creación de nuevas empresas en el Languedoc y Marsella, así como en los departamentos belgas. Aunque los ministerios y prefecturas hicieron todo lo posible para fomentar el desarrollo económico, muchos de los cambios producidos fueron meras ampliaciones de tendencias surgidas antes de 1800. La revolución industrial generalizada y el despegue de un crecimiento continuo según el modelo británico habrían de esperar hasta el reinado del sobrino de Napoleón, a partir de 1851.

Fundamentos sociales del régimen

Napoleón impidió el conflicto político y la discrepancia no sólo mediante la represión, sino también involucrando en el servicio del Estado a hombres de talento de todas las facciones y partidos. El funcionariado proporcionaba vías de ascenso social que no dependían enteramente de los niveles de riqueza, aunque siempre estuvieron vinculadas en algún momento a la propiedad de tierras. El análisis realizado por Bergeron sobre 7.000 notables que constituían la columna vertebral del régimen revela que se trataba en general hombres maduros pertenecientes a algún grupo profe-

sional que les confería prestigio moral o dotados de alguna autoridad derivada de su cargo o del poder económico que les confería la posesión de tierras o la riqueza comercial (**141**). Napoleón recurrió al patrocinio personal para conseguir servidores leales y consolidar su dominio, tomando gran parte del personal clave de las filas de quienes le habían servido en Italia o Egipto, incluidos los hombres de ciencia. También promocionó a prefectos que revelaron una gran capacidad, así como a algunos notables y prelados, más distinguidos por su cuna o su fortuna que por sus dotes, pero, no obstante, útiles como aglutinante social.

La procedencia de los prefectos era diversa. Un 50 por ciento provenía de la nobleza anterior a 1789; el resto, compartía un origen de clase media o militar. Algunos debían su nombramiento al patrocinio de las familias Bonaparte o Beauharnais, o a la influencia de sus parientes. La mayoría habían sido miembros de las asambleas revolucionarias, procedían de todas las zonas del espectro político y poseían experiencia en altos niveles de la administración. Napoleón concibió el restablecimiento de los honores y las condecoraciones, abolidas en 1789 por su carácter no igualitario, como un nuevo medio para vincular las personas a su servicio y fomentar la lealtad al régimen. Las espadas de honor otorgadas a soldados distinguidos conferían una paga doble; los fajines de honor se concedían a alcaldes leales. En 1802 se fundó la Legión de Honor por iniciativa del propio Napoleón. El hecho de que sólo un 5 por ciento de los *légionnaires* fueran civiles reflejó el ascendiente de los valores militares (**38**, III parte, cap. 4). A partir de 1804, algunos miembros favorecidos del Senado fueron nombrados para ocupar *sénatoreries* (fincas públicas) y se convirtieron en subprefectos de toda una región con sede urbana, palacio residencial e ingresos de 25.000 francos anuales.

La corte y la nobleza imperiales fueron creadas entre 1804 y 1808. En este caso, la parte del león se reservó, una vez más, para los militares. Dieciocho mariscales de Francia fueron nombrados en 1804 «Grandes Oficiales del Imperio» y recibieron enormes feudos e ingresos entre 500.000 y un millón de francos. Sólo cuatro de ellos (Ney, Murat, Lefebvre y Augureau) eran de origen humilde. Tres habían heredado o adquirido la nobleza antes de 1789 (Davout, Berthier y Kellermann), mientras que los demás procedían de diversos sectores de la burguesía. A partir de

1804 se introdujeron nuevos elementos de una parafernalia feudal como la creación de feudos en Italia, desde 1806, y en el Gran Ducado de Varsovia, desde 1807, para notables eminentes (52, III parte, cap. 2).

La reinstauración de toda una jerarquía de príncipes, duques, condes, barones y caballeros no se produjo hasta después de 1804. Para llegar a obtener el título de príncipe o duque se requerían, al menos, unos ingresos de 200.000 francos y un historial de servicios destacados al Estado. El primer duque fue, por ejemplo, el mariscal Lefevbre, hijo de un funcionario de policía y casado con una antigua lavandera; Lefevbre se convirtió en duque de Danzig. Murat, hijo de un posadero gascón, salió aún mejor librado y fue rey de Nápoles. Ministros, senadores y arzobispos podían alcanzar el rango de condes; los obispos y alcaldes tenían la posibilidad de obtener una baronía. En total, entre 1808 y 1814, unas 3.600 personas consiguieron algún tipo de título (162, III parte, cap. 1). Sin embargo, la nobleza imperial fue mucho más reducida que la del Antiguo Régimen y sumó en torno al 15 por ciento del número de nobles existentes en 1788. Los bienes raíces vinculados a esos títulos se fueron creando poco a poco. Jean Tulard ha demostrado que los militares supusieron el 79 por ciento de la nobleza napoleónica, seguidos por altos funcionarios del Estado (22 por ciento). Los hombres de origen burgués fueron un 57 por ciento; la antigua nobleza, un 23; y las personas de origen humilde, un 20 por ciento (137). En 1807 Napoleón comentó a Cambacérès, creado él mismo duque de Parma, que la nobleza imperial constituía «el único medio de arrancar de raíz la nobleza tradicional». Otra de sus finalidades fue también, por supuesto, la de impresionar a los gobernantes extranjeros.

Muchas personas obtuvieron, sin duda, grandes ventajas del régimen napoleónico. Además de títulos, el emperador prodigó donaciones de tierras y dinero a 6.000 seguidores leales. Su hermana Paulina recibió 1.490.000 francos, y el palacio de Neully; el mariscal Berthier, una cantidad casi igual de dinero, se casó con una duquesa bávara y se convirtió en príncipe de Wagram. Los altos puestos en la función civil podían ser muy bien recompensados. En 1811 los ingresos de todo tipo del prefecto del departamento del Ródano sumaron 63.000 francos (52, III parte, cap. 2). Muy pocas personas podían ganar tanto con la industria o

el comercio. Los altos cargos proporcionaban siempre nuevas propiedades rústicas, muy valoradas en un momento en que las empresas comerciales eran relativamente arriesgadas e inestables. Las complejas jerarquías en la administración pública napoleónica ofrecían, por tanto, posibilidades lucrativas a una clase media que iba perdiendo progresivamente su carácter revolucionario.

Aunque se requieren más estudios sobre la gente corriente en la Francia napoleónica, parece probable que el pueblo llano se benefició mucho menos que quienes ocupaban posiciones elevadas en la escala social. El ascenso entre los trabajadores del campo era muy limitado, aunque unos pocos consiguieron obtener pequeñas propiedades en algunas regiones de Francia. Los artesanos rurales no comenzaron a formar parte de las filas del pequeño capital hasta después de la Restauración. Los asalariados urbanos parecen haber ganado más a partir de 1800, debido en gran parte a la grave carencia de mano de obra. Pero la disciplina industrial era salvaje; los obreros podían ser multados, puestos bajo vigilancia policial y hasta encarcelados por sus patronos. En 1803 se reiteró la ilegalidad de alianzas de trabajadores, y fueron muy raras las huelgas que obtuvieron éxito, como la de los picapedreros empleados en el Louvre en 1805. Entre los trabajadores no cualificados hubo menos desempleo que en el Antiguo Régimen; pero, si no se tienen en cuenta el servicio militar obligatorio y el aumento de los impuestos indirectos, resulta fácil exagerar la mejora de la situación (55, cap. 3).

En un Estado policial, con una vigilancia muy estrecha y tribunales especiales para los disidentes políticos, era muy difícil ejercer la oposición (128). El desentendimiento y la falta de poder de la gente corriente desde la despiadada represión de los levantamientos de los *sans culotte* en 1795 no permitió que mejoraran las condiciones. Al mismo tiempo, la burguesía fue políticamente castrada por el hecho de que sus miembros más capaces y mejor formados fueron absorbidos por la burocracia estatal. No obstante, el apoyo al régimen en el primer plebiscito de 1800 no fue, de ningún modo, tan abrumador como había pretendido el gobierno. Hubo casi dos millones de abstenciones, mientras que las cifras de votantes fueron amañadas en parte por el ministerio del Interior. Quienes votaron «sí» estuvieron probablemente cerca de la mitad de la cifra oficial de tres millones.

La oposición abierta y organizada era mucho más arriesgada y menos frecuente que el desentendimiento. En el centro, sólo un reducido grupo de *idéologues* parisinos, vinculados a un pequeño grupo de oposición dentro del Tribunado y al periódico independiente *Décade philosophique*, logró realizar una crítica significativa a las medidas del gobierno (**127**). Pero tampoco ellos consiguieron perdurar, pues los políticos opositores fueron purgados pronto y relegados a los círculos cerrados y relativamente inocuos de los salones políticos. El grueso de la élite intelectual había sido seducida por el patrocinio del gobierno, mientras que los propios *idéologues* no tenían contacto con la opinión popular, pues para entonces la opinión de la gente corriente no tenía en muy buen concepto ni a los intelectuales ni a los políticos (**52**, cap. 4). La oposición organizada quedó reducida, por lo demás, a las conjuras y conspiraciones, llevadas a cabo en su mayoría por monárquicos que podían apoyarse en la red de agentes y contactos con gobiernos extranjeros formada durante la constante actividad contrarrevolucionaria desde 1791 (**125**). Sin embargo, nunca tuvieron demasiadas oportunidades frente al ministerio de Policía de Fouché, con sus enjambres de espías e informadores (**55**, cap. 3). La oposición centrada en pequeños grupos clandestinos compuestos a menudo por inmigrantes italianos no pasó de ser un fastidio para las autoridades.

La masa del pueblo no participó nunca ni en actividades de oposición política organizada ni en demostraciones genuinas de entusiasmo. Un régimen que subió al poder en 1799 debido, en gran medida, a que parecía prometer tranquilidad interior, sólo fue capaz de proporcionarla en zonas urbanas, donde un aparato eficaz de represión se combinó con suministros de grano a los mercados locales a precios controlados en tiempos de escasez general [**doc. 6**]. Pero nunca se pudo reprimir el desorden en las zonas rurales, en especial durante las graves crisis económicas de 1805 y 1808-1812, que dieron lugar a la aparición de bandoleros y forajidos a gran escala, organizados algunos de ellos en bandas de hasta mil hombres (**122**, III parte). La deserción del ejército y la resistencia al reclutamiento obligatorio fueron las formas más características de la oposición popular al régimen. A partir de Wagram, en 1809, las guerras comenzaron a perder su atractivo nacionalista para muchos franceses, a medida que los ejércitos se

hacían más cosmopolitas y las pagas se atrasaban. El número de prófugos fue creciente desde el inicio de las guerras en 1792, y en 1799-1800 alcanzó el elevado nivel de un 37 por ciento de los hombres reclutados en toda Francia. La cifra nacional se situó en el 27 por ciento partir de 1801, y en el 13 por ciento en 1806-1810, antes de elevarse, en 1813, a un nivel que significó una hemorragia masiva. Las respuestas del gobierno variaban entre el guante de seda y el puño de hierro. Entre 1800 y 1810 hubo, por ejemplo, cinco amnistías generales. Pero aún se utilizaron más las temidas «columnas volantes» para capturar desertores, que seguidamente se debían enfrentar al pelotón de fusilamiento o a un internamiento de diez años en los cascos de los barcos prisión de Toulón o Amberes. Los cómplices estaban expuestos a fuertes multas, cinco años de prisión, trabajos forzados con grilletes o encuadramiento en brutales unidades disciplinarias en Walcheren o Belle Isle (**132**, **133**).

Aunque las clases propietarias, incluidos muchos miembros de la antigua nobleza, así como el grueso de la burguesía, se apoyaron en el Imperio para conseguir estabilidad social y hacer frente a los desafíos tanto de la derecha como de la izquierda, el régimen no logró nunca ganarse una lealtad profundamente arraigada e inquebrantable ni siquiera de los notables, según se vio con especial claridad a partir de 1812, en una nación agotada por las continuas guerras. En cuanto Napoleón dejó de triunfar, el edificio comenzó a derrumbarse con rapidez [**doc. 26**]. En 1814 el régimen Napoleónico se vino abajo prácticamente de la noche a la mañana. Los ejércitos aliados no encontraron un movimiento importante de resistencia popular al atravesar la frontera francesa. No hubo en París un Danton, como en 1792. Sólo los soldados, en especial los oficiales jóvenes y algunos miembros del cuerpo de élite de la Guardia Imperial, mantuvieron la lealtad en 1814 y, nuevamente, en 1815. Los mariscales y generales estaban más preocupados por conservar sus propiedades y sus fortunas. Tal como comentó el mariscal Lefebvre en 1814, «¿creía Napoleón que si teníamos títulos, honores y tierras nos íbamos a matar por él»? (**31**, cap. 3).

Humillación de Austria y Prusia

La paz de Amiens duró sólo algo más de un año y no pasó nunca de ser una tregua temporal. Durante la paz, Napoleón mantuvo la exclusión de los productos británicos de Francia y los territorios controlados por ella, frustrando las esperanzas de los comerciantes manufactureros británicos. Aunque las tropas francesas se retiraron de Nápoles y los Estados Pontificios, Napoleón pospuso la evacuación de Holanda, se anexionó el Piamonte y Elba, ocupó Parma, obligó a Génova y Toscana a convertirse en estados vasallos e impuso a Suiza una alianza con Francia y la presencia del ejército francés. En respuesta, Gran Bretaña se negó a evacuar Malta en un momento en que las actividades de agentes franceses en el Medio Oriente despertaban sospechas de que Napoleón pretendía reconquistar Egipto. El apoyo británico a las conjuras monárquicas y los ataques difamatorios contra Napoleón en la prensa de aquel país, pagados muchos de ellos por el gobierno de Gran Bretaña, fueron así mismo una provocación para los franceses. Gran Bretaña estaba dispuesta a aceptar las «fronteras naturales» de Francia con tal de que la expansión francesa se detuviera en el Rin, los Alpes y los Pirineos. Pero no entraba en la naturaleza de Napoleón aceptar limitaciones en lo relativo a la influencia y las conquistas territoriales francesas (**147**, cap. 11) [**doc. 10**].

Al reanudarse las hostilidades en mayo de 1803, Napoleón llevó adelante sus planes de invadir Inglaterra. Se congregaron flotillas y se construyeron puertos de gran calado en las orillas del Canal. Dos mil barcos de diversos tipos, entre ellos barcazas de quilla plana, se destinaron para transportar 100.000 hombres del «Ejército de Inglaterra» (**149**, cap. 4). Pero Napoleón descubrió pronto que sólo una pequeña parte de su armada podía hacerse a la vela con cualquier marea, lo cual la convertía en un objetivo fácil para los buques de guerra británicos. Se intentó eludir el problema enviando al almirante Villeneuve rumbo a las Indias Occidentales para atraer a la flota británica al otro lado del Atlántico y, a continuación, virar rápidamente en redondo y apoderarse del Canal el tiempo suficiente como para cubrir una invasión de Inglaterra. Sin embargo, el Almirantazgo británico adivinó qué se

tramaba y retuvo la flota en aguas británicas, con lo cual se consiguió hacer recalar los barcos de Villeneuve en el puerto de Cádiz. Al constatar que no había posibilidades de realizar una invasión inmediata, Napoleón dio órdenes a sus tropas, rebautizadas rápidamente con la denominación de *La Grande Armée*, de levantar el campamento el 24 de agosto de 1805 y marchar hacia el Danubio.

Dos meses después, Villeneuve ordenó burlar el bloqueo británico de Cádiz, y vio cómo Nelson y Collingwood destruían la flota francoespañola frente al cabo de Trafalgar. La superioridad británica fue, en parte, consecuencia del genio de Nelson y, en parte también, de la continua experiencia británica en combates navales desde 1793. En cambio, la armada francesa carecía de experiencia de guerra, pues durante la Revolución había caído en la confusión y el abandono, para centrarse luego en eludir el bloqueo y evitar tácticas ofensivas. Entre 1793 y 1814, los franceses sufrieron las bajas de 377 barcos de guerra, capturados o perdidos en combate, mientras que los británicos sólo perdieron diez. A partir de la batalla de Trafalgar, la superioridad naval británica fue abrumadora.

Aunque los franceses fueron humillados por mar, volvieron a triunfar en tierra. La marcha de Napoleón hacia el Danubio, en 1805, fue provocada por la creación de una tercera coalición contra él. El joven zar Alejandro se indignó por la anexión de Hanover y Nápoles por parte de Francia y la extensión de la influencia francesa en Alemania. Recelaba también de los propósitos de Napoleón sobre el Imperio turco, al tiempo que abrigaba ambiciones propias. A pesar de encontrarse agobiada por problemas económicos, Austria se sintió gravemente ofendida por la instauración del reino de Italia en mayo, cuando Napoleón fue entronizado en Milán en una ceremonia extravagante; la Cruz de Hierro de Lombardia era considerada tradicionalmente como prerrogativa de los emperadores del Sacro Imperio Romano. La anexión de Génova por Napoleón, que constituía una flagrante violación de los acuerdos del tratado de Lunéville, parecía una nueva confirmación de sus intenciones de arrebatar a Austria su punto de apoyo en Italia. Entretanto, la creciente hostilidad del zar hacia Francia desembocó en la convención anglorrusa de abril de 1805. Con la adhesión de Austria a ella en agosto se puso en marcha la tercera

coalición que indujo a Napoleón a atravesar el Rin en un intento por ahogar la alianza en el momento mismo de su nacimiento.

Los austriacos, dando por supuesto que Italia sería el principal escenario de guerra, concentraron la mayor parte de su ejército al sur de los Alpes al mando del archiduque Carlos, dejando únicamente 60.000 hombres a las órdenes del general Mack a la espera de refuerzos rusos en el sur de Alemania. Pero la estrategia de Napoleón consistió en relegar Italia a un lugar secundario y dar órdenes a Masséna de que inmovilizara allí las fuerzas austriacas en una mera operación dilatoria. Los austriacos hicieron el juego a Napoleón subestimando fatalmente la importancia y velocidad de su avance hacia Alemania, que les llevó a no aguardar unos considerables refuerzos rusos que acudían tras la avanzadilla de Kutúsov. El planeamiento preliminar y el trabajo de estado mayor de Napoleón fueron meticulosos; los de los austriacos, confusos e incompetentes. La *Grande Armée*, que avanzaba a un ritmo de 19 a 23 kilómetros diarios en siete cuerpos de ejército separados y flexibles, cada uno de ellos con una amplia franja de territorio para el pillaje, era la fuerza más selecta que hubiera mandado nunca Napoleón. Incluía un elevado porcentaje de regimientos veteranos endurecidos, así como 286 cañones de campaña de los arsenales franceses e italianos, resultado de los esfuerzos realizados por Marmont a partir de 1800 para reforzar el arma de artillería y situarla en el centro del campo de batalla. El tamaño del ejército, casi tres veces superior al comandado por Napoleón en Italia en 1800, supuso un importante incremento en la escala de la guerra (**69**, cap. 10).

En Ulm, a orillas del Danubio, el ejército austriaco esperaba que Napoleón avanzara partiendo de la Selva Negra. Napoleón, sin embargo, rodeó la retaguardia austriaca en un gigantesco movimiento de flanqueo reforzado por el ejército de Bernadotte llegado de Hanover. Mack, al encontrarse repentinamente cercado, se vio obligado a capitular el 20 de octubre con 33.000 hombres. No obstante, para mayor fastidio de Napoleón, el astuto Kutúsov y su fuerza de rusos y austriacos escapó batiéndose en retirada (**67**, VIII parte). Aunque Napoleón entró en Viena y pudo reabastecer su ejército en los almacenes y arsenales austriacos, se encontraba en una posición arriesgada, pues sus líneas de comunicación se extendían en una longitud de 1.450 kilómetros desde

París. Le era de vital importancia convencer a Prusia para que se mantuviera en su posición neutral, adoptada desde 1795, pues un ataque prusiano contra su flanco habría resultado fatal. Por suerte para los franceses, el rey Federico Guillermo no cedió a la presión creciente de la belicosa reina Luisa y a los ruidosos partidarios de la guerra en Berlín.

A pesar del consejo de Kutúsov de que habría sido mejor aguardar a que todas las fuerzas austriacas y rusas se hubieran unido hasta constituir un contingente muy superior antes de atacar a los franceses, el zar y Francisco II cayeron en la trampa de Napoleón de una retirada fingida y avanzaron contra él. El 2 de diciembre de 1805, Napoleón volvió su ejército contra la fuerza ruso-austriaca en Austerlitz. Allí realizó su batalla más grandiosa, con 73.000 hombres contra una fuerza aliada de 87.000. Su estrategia de tentar a austriacos y rusos a que desplegaran sus fuerzas en un frente amplio y ordenar, seguidamente, al cuerpo de ejército de Soult que tomara los altos de Pratzen y cortara en dos la fuerza aliada le granjeó una espectacular victoria, acentuada por la división y confusión en el mando enemigo. En aquella «Batalla de los tres emperadores» las pérdidas de austriacos y rusos fueron de 12.000 muertos o heridos y 15.000 prisioneros. Las pérdidas francesas ascendieron a 8.000. Las noticias de Austerlitz obtuvieron en París un recibimiento clamoroso y, como había ocurrido con las noticias de Marengo en 1800, aumentaron la popularidad de Napoleón en Francia. Sus partes de guerra fueron leídos una vez más en las plazas de los pueblos, las dieron a conocer los maestros en las aulas y fueron representadas en escena (31) **[doc. 7]**. El ulterior tratado de Pressburg, que siguió al armisticio, arrebató a Austria las posesiones que le quedaban en Italia y Alemania con la entrega de Venecia, Dalmacia, Istria, el Tirol y el Vorlalberg, al tiempo que reconocía a Baviera, Württemberg y Baden como monarquías independientes.

Aunque Prusia obtuvo Hanover por el tratado de Pressburg como recompensa por su neutralidad, Federico Guillermo se sintió alarmado en 1806 y tuvo mayores dificultades para oponer resistencia a la reina Luisa («el único hombre de Prusia», según Napoleón) y a quienes en Berlín pedían la guerra contra los franceses. Ya se había visto obligado a entregar parte del territorio y a prometer la no introducción de mercancías británicas en su reino.

La remodelación de gran parte de Alemania central en la Confederación del Rin, llevada a cabo por Napoleón, constituyó también un reto al poder e influencia prusianos. La Confederación organizó los diferentes estados alemanes en amplias agrupaciones de regímenes clientelares de Francia entre los que se incluyó el Gran Ducado de Berg, gobernado por el mariscal Murat, casado entonces con Carolina Bonaparte. Como compensación por el Código Napoleónico y la reforma de la administración según el modelo francés, la Confederación suministraría a Napoleón 85.000 soldados c importantes cantidades de dinero en efectivo (53, cap. 4).

El pillaje y las exacciones de los franceses no tardaron en dar lugar a la creación de un embrión de nacionalismo alemán, además de irritar a Prusia y provocar los deseos austriacos de desquite. Federico Guillermo no estaba dispuesto a preservar la neutralidad prusiana al precio de convertirse en un mero vasallo francés. Lo que acabó llevando a Prusia a la guerra fueron los rumores de que Napoleón proyectaba obligarla a restituir Hanover a Inglaterra como parte de un acuerdo de paz con los británicos. El 26 de septiembre de 1806 Federico Guillermo cedió ante el partido de la guerra y envió a Napoleón un ultimátum para que retirara sus tropas de todos los territorios al este del Rin. Como el ultimátum fue ignorado, los prusianos, con sus finanzas todavía desorganizadas y sin esperar a que se les unieran los rusos, emprendieron un avance mal coordinado hacia Turingia con el propósito de amenazar las fuerzas napoleónicas próximas a Núremberg y obligarlas a retirarse hacia el oeste.

En cuanto a contingente de tropas, las fuerzas francesas y prusianas estaban equilibradas en una cifra de 130.000 por cada bando. Por lo demás, eran sumamente desiguales. Sólo los patriotas alemanes mal informados creían que los prusianos tenían buenas posibilidades de vencer. Su ejército, inactivo desde 1795, se había anquilosado al no adoptar los nuevos adelantos en estrategia y movilidad que habían dado a los ejércitos franceses su poder devastador. Las fuerzas prusianas seguían rígidamente organizadas en divisiones sin flexibilidad, estaban sometidas a una severa disciplina, carecían de iniciativa, seguían practicando la antigua formación en línea y tenían una movilidad limitada al apoyarse en convoyes de suministro lentos y distantes. La mayoría de los ge-

nerales eran veteranos de las campañas de Federico el Grande entrados en años, una gerontocracia empeñada en las tácticas de guerra anticuadas y solemnes de la época anterior a la Revolución. Al avanzar contra Napoleón, en vez de atrincherarse tras el Elba a la espera de los refuerzos rusos, el ejército prusiano cometió prácticamente un suicidio (**69**, cap. 11).

La estrategia napoleónica de un avance rápido sobre la retaguardia enemiga, conocida ya por todos los ejércitos menos por el de Prusia, provocó el caos en los planes prusianos (**55**, cap. 2). La marcha de Napoleón desde Bamberga hacia el nordeste, que amenazó las líneas de comunicación de los prusianos, obligó a éstos a retirarse rápidamente hacia el noroeste para evitar ser cercados. En Sajonia meridional marcharon contra los franceses y presentaron batalla. El ejército de Napoleón venció en Jena a las fuerzas de los Hohenlohe, mientras que en Auerstädt, 15 kilómetros al norte, Davout derrotaba aplastantemente al principal ejército prusiano a las órdenes de Brunswick en una victoria todavía más espectacular. Los prusianos, tras haber perdido 45.000 hombres, muertos, heridos o hechos prisioneros, además de toda su artillería, fueron despedazados sin compasión por la caballería de Murat, que se lanzó tras ellos. Según el comentario de Chandler, «raras veces se ha visto en la historia que un ejército fuera reducido a la impotencia tan deprisa o de manera tan decisiva» (**67**, cap. 43). Cuando Napoleón entró en Berlín para dormir en el palacio de Federico el Grande en Potsdam, Federico Guillermo buscó refugio junto al zar en Königsberg (la actual Kaliningrado), a 566 kilómetros al este. La victoria sobre Prusia, ocupada y dividida pronto por los franceses, supuso una repentina e imponente expansión del Imperio napoleónico hacia el este, desautorizando a cuantos habían mantenido que se contentaría con consolidar sus conquistas en Italia y Alemania.

Tilsit y el sistema continental

Napoleón no estaba dispuesto a contentarse con vencer a Prusia. Aunque se redactó un tratado de paz, se negó a ratificarlo basándose en que sólo le satisfaría un acuerdo general de paz que incluyera la devolución de las colonias francesas ocupadas por Gran Bretaña.

Tampoco Federico Guillermo deseaba una paz mientras existiera la posibilidad de que Rusia acudiese en su ayuda. Así pues, la cuarta coalición se mantuvo viva. La ocupación francesa de Prusia provocó pronto la movilización rusa, que animó a Napoleón a emprender una campaña de invierno en los extensos y desiertos territorios de Polonia en un intento por hacer entrar en vereda al zar. Napoleón, además de reclutar tropas entre sus satélites alemanes, convenció a 30.000 polacos para que se le unieran, dando a entender que, tras liberarlos del zar, patrocinaría la creación de un reino polaco independiente. Tras un enfrentamiento no concluyente con las tropas rusas de Benningsen en Pultusk, donde el barro impidió hacer pie de manera eficaz a ambas partes, Napoleón diseminó su ejército por el desolado paisaje polaco para establecer cuarteles de invierno y aguardar la primavera. Por primera vez desde 1796 no había conseguido sus objetivos en una sola campaña.

Los rusos, sin embargo, mantuvieron la presión mediante tácticas de ataque y retirada y, en febrero de 1807, sorprendieron a las fuerzas francesas, dispersas y en inferioridad numérica, presentándose a luchar en defensa de Königsberg. En la batalla de Eylau, librada en medio de una tormenta de nieve, ninguno de los bandos obtuvo una victoria clara. Napoleón no logró concentrar su ejército lo bastante deprisa, fue responsable de que se realizara un reconocimiento desmañado e impartió a sus subordinados órdenes confusas. Aunque sus 60.000 hombres lograron rechazar a 80.000 rusos y prusianos, lo consiguieron al precio de 18.000 bajas y de no poder perseguir al enemigo en retirada (67, cap. 49). Como de costumbre, los partes de guerra de Napoleón representaron la batalla como una victoria gloriosa, pero el comentario de Ney fue más pertinente: «¡Qué matanza; y sin ningún resultado!» [**doc. 19**]. Afectado de agotamiento nervioso, Napoleón se consoló con María Walewska, que tenía entonces diecisiete años; pero su ejército no halló ningún consuelo en el hecho de que las campañas en el este de Europa, a 22 grados bajo cero, fueran tan diferentes de los combates, saqueos y esparcimiento en los exuberantes valles del Po y el Danubio (38, II parte, cap. 5).

Napoleón se vio favorecido entonces, como le ocurría tan a menudo, por la desunión entre sus adversarios. Austria no llegó a movilizarse en su flanco sur; pero, además, el zar y el rey de Pru-

sia, discutieron sobre la estrategia que debían seguir. La cooperación entre Gran Bretaña y Rusia, envenenada por las rivalidades en el Mediterráneo oriental, no pasaba de ser tibia. La posición de Napoleón se vio también reforzada con levas de tropas en los Estados satélites que elevaron a 400.000 el número de las tropas francesas, aunque sólo 1.000 de los nuevos soldados estaban listos para servir en el frente. Al mismo tiempo, el problema del avituallamiento francés, agudizado en un territorio tan desolado como aquél, se alivió con la caída de Danzig (la actual Gdansk) y sus valiosas existencias de suministros.

En junio de 1807 Napoleón obtuvo la victoria decisiva que buscaba sobre los rusos en Friedland (Pravdinsk), a 43 kilómetros al sudeste de Königsberg. Más de 20.000 rusos fueron muertos o capturados tras una derrota aplastante que llevó a la capitulación de Königsberg al día siguiente. El zar solicitó entonces la paz, convencido de que los franceses no eran lo bastante fuertes como para adentrarse en Rusia e imponer condiciones vengativas (**69**, cap. 12). Alejandro y Napoleón se reunieron el 25 de junio en una balsa sobre la que se había instalado una caseta en medio del río Niemen. Impresionado por el encanto y la obsequiosidad del emperador francés, Alejandro aceptó sus planes de dividir Europa en dos grandes ámbitos de influencia. Los franceses conservarían su autoridad sobre Europa occidental y central, mientras que los rusos extenderían su dominio sobre Suecia, Finlandia y Turquía. El zar prometió presionar a Inglaterra para que firmara la paz. En realidad, Prusia fue la auténtica víctima de Tilsit. Con la publicación del tratado perdía sus territorios al oeste del Elba y la mayor parte de los que tenía en Polonia, incluida una población de medio millón de personas. También debía reconocer a los beneficiarios de aquellos territorios: el reino satélite de Westfalia y el Gran Ducado de Varsovia, recién creado. Los prusianos tenían que pagar una considerable indemnización y reducir su ejército a 42.000 hombres. Rusia perdía sólo las islas jónicas. En cláusula secretas, el zar prometió declarar la guerra a Inglaterra si ésta se negaba a una paz con Francia. Dinamarca, Suecia y Portugal se unirían a Prusia en la decisión de cerrar sus puertos a los productos británicos (**186**).

Tilsit marcó el cenit de la carrera de Napoleón. El 27 de julio regresó a París después de diez meses en el frente para ser objeto,

como un héroe, de una bienvenida de celebraciones, desfiles y adulación general. Entre su botín se hallaba la espada de Federico el Grande. El Imperio napoleónico se extendía en ese momento de los Pirineos al Vístula, del mar Báltico al Jonio. Sólo los británicos seguían en su actitud desafiante tras los muros de madera de su armada. Contra este enemigo contumaz Napoleón sólo podía utilizar la guerra económica, calificada por él como una repetición de la lucha entre Roma y Cartago [**doc. 10**]. El Sistema Continental tuvo un origen doble. Fue, en parte, una ampliación de la política francesa desde el estallido de la guerra con Inglaterra en 1793, cuando la Convención decretó que se excluyeran los productos británicos de los mercados franceses. Y fue también consecuencia de la convicción de Napoleón de que Gran Bretaña se hallaba al borde del derrumbamiento económico [**doc. 20**]. En 1803, el régimen consular amplió la exclusión de los productos británicos a los puertos del noroeste de Europa controlados por los franceses. En noviembre de 1806, los decretos de Berlín declaraban a Gran Bretaña en estado de bloqueo, por lo que se prohibía cualquier comercio con los puertos británicos, y todos los productos procedentes de puertos de aquel país o de sus colonias eran requisables. Cuando Napoleón consiguió controlar los puertos del norte de Alemania tras la batalla de Jena y obtuvo el apoyo de Austria, Rusia, Dinamarca, Suecia y Portugal para el Sistema Continental, tras el tratado de Tilsit, se halló en condiciones de imponer con mayor eficacia el embargo a los productos británicos (**25**, vol. II, cap. 7). La carga añadida sobre la economía británica provocaría, según sus previsiones, excedentes comerciales y la progresiva pérdida del oro para pagar importaciones esenciales. Aquello tendría como consecuencia el hundimiento económico de Gran Bretaña, seguido de un levantamiento revolucionario (**169**, cap. 1). Esas esperanzas se basaban, en realidad, en una grave infravaloración de la capacidad de resistencia de la economía británica y de su sistema político. Aunque es cierto, según ha demostrado recientemente Clive Emsley, que la ininterrumpida participación de Gran Bretaña en la guerra «supuso una enorme tensión para su gobierno, su economía, sus finanzas y sus recursos humanos», las exportaciones totales del país se mantuvieron entre 1806 y 1814, mientras que la amenaza de revolución política nunca llegó a concretarse (**148**, introducción).

Por otra parte, cuando entró plenamente en funcionamiento, el Sistema Continental generó grandes penurias en Gran Bretaña. Por desgracia para Napoleón, el Sistema sólo podía tener un impacto decisivo si se aplicaba durante un periodo largo. Pero esto resultó ser imposible, pues la eficacia de la guerra económica fluctuó según la fortuna militar de los franceses. En cuanto se relajaba la presa férrea de Napoleón en el continente, los comerciantes europeos se apresuraban a contrarrestar los efectos de la explotación económica francesa importando grandes cantidades de productos británicos. Finalmente, el Sistema Continental sólo se pudo aplicar de manera eficaz entre mediados de 1807 y mediados del 1808, y desde mediados de 1810 a mediados de 1812. El resto del tiempo fue violado por la guerra en la Península Ibérica, en 1808, y la reanudación del conflicto entre Francia y Austria, en 1809, antes de que el fracaso de la campaña rusa, en 1812, le asestara un golpe mortal.

Antes de 1806, las medidas francesas contra el comercio británico tuvieron sólo un éxito limitado, pues los productos de Gran Bretaña entraban en Europa a través de puertos holandeses y del norte de Alemania. Las tropas de Napoleón marcharon hacia Polonia en 1807 con botas de Northampton y abrigos de Yorkshire (67, cap. 44). Pero los efectos de los decretos de Berlín fueron graves. La respuesta inmediata de Gran Bretaña consistió, en primer lugar, en prohibir el comercio marítimo entre puertos controlados por Francia y sus aliados; y, en segundo lugar, en las órdenes dadas en 1807 por el soberano asistido por el Consejo Privado *(Orders in Council)* para obligar a que todo el comercio con Francia pasara a través de los puertos británicos, impidiendo así que los países neutrales sacaran partido a expensas de Gran Bretaña. Napoleón replicó un mes más tarde con los decretos de Milán, por los que todos los barcos neutrales que hicieran escala en puertos británicos o se sometieran a la inspección naval británica podrían ser capturados y confiscados. Aquellas medidas irritaron a los países neutrales, en especial a Estado Unidos, exasperados ya por la práctica de la Armada Real británica de abordar buques americanos y detener a los marinos británicos que se habían enrolado en tripulaciones americanas por salarios más altos. Así pues, los americanos decretaron un embargo al comercio tanto de Gran Bretaña como de Francia, con

efectos desastrosos para las exportaciones británicas hasta su levantamiento en 1809.

La situación, sin embargo, mejoró para Gran Bretaña al debilitarse el dominio de Napoleón en Europa del norte durante su campaña contra Austria. Los productos británicos comenzaron a fluir de inmediato a Europa. Tras la invasión de España y Portugal por Napoleón, la colonias sudamericanas de estos países abrieron sus mercados a los productos británicos. Napoleón, en un intento por reducir el enorme tráfico del contrabando a través de Gibraltar, Malta, Suecia y las islas jónicas, permitió importaciones limitadas de productos británicos con licencia, a cambio de exportaciones de vinos y sedas francesas. La victoria en Wagram en 1809 permitió restabler el dominio francés sobre el comercio europeo con la imposición de penas más rigurosas para contrabandistas y una vigilancia más firme llevada a cabo por destacamentos del ejército francés. La anexión de Holanda, las ciudades hanseáticas y el ducado de Oldenburg facilitaron también el cierre de los huecos que afectaban al sistema.

En 1810, la economía británica se encontraba de nuevo en una grave depresión, seguida por dos años de estancamiento comercial y tribulaciones sociales. Pero el Sistema Continental de Napoleón, aunque consiguió provocar serios trastornos, fue incapaz de poner de rodillas a Gran Bretaña, dada la brevedad del periodo de aplicación plena y la fundamental robustez de una economía británica en expansión. Entretanto la guerra económica dañó la economía francesa al igual que la de sus enemigos, sobre todo cuando su consecuencia fue una grave escasez de materias primas esenciales y una mayor reducción del volumen del comercio francés ultramarino. Aunque el Sistema Continental llevó la prosperidad industrial y comercial a algunas regiones, por ejemplo Alsacia y los departamentos belgas antes de 1810, provocó un importante resentimiento en el país. A pesar de que las finanzas francesas siguieron siendo sólidas gracias a un sistema impositivo más eficiente y las indemnizaciones y confiscaciones masivas arrancadas por Napoleón a las potencias derrotadas y los regímenes satélites, no se satisficieron los intereses comerciales e industriales de Francia. Tras la crisis comercial y financiera de 1810-1811, se produjo un notable declive en el entusiasmo por el régimen, aunque los resultados menos imponentes de los ejér-

citos franceses tuvieron también una función importante en los cálculos de los representantes de dichos intereses (**169**, caps. 4-5).

El Sistema Continental provocó, sin duda, un grave descontento en el imperio francés que se puede vincular con el aumento de los movimientos nacionales de resistencia. Fue concebido no sólo como un arma contra Inglaterra, sino también como un medio para garantizar el dominio económico de Francia sobre el continente europeo, en especial en Alemania. Antes del decreto de Berlín de 1806, la primacía económica de Francia en Europa no logró igualar su predominio militar. Un objetivo del Sistema Continental fue, por tanto, la expansión de la industria y el comercio franceses hasta que demostraran su capacidad de llenar el vacío dejado por la exclusión del comercio británico. Ese objetivo se realizaría mediante un crecimiento rápido de los mercados franceses, que se extenderían de Danzig a Bayona, un área con una población de ochenta millones de personas. Sin embargo, la debilidad inherente al Sistema fue su unilateralidad, al estar vinculado de hecho a los intereses de Francia y a *la France avant tout* [**doc. 14**]. Según escribe Geoffrey Ellis: «Así como Napoleón quería vasallos políticos y militares más que colaboradores independientes, así también deseaba tener países dependientes y tributarios, y no aliados competitivos» (**169**, cap. 3). La Europa napoleónica no era un zona de libre comercio o un mercado común basado en favores mutuos y un sacrificio igual a la causa común de derrotar a Gran Bretaña; al contrario, la industria y el comercio franceses obtuvieron privilegios y protección especiales en un sistema de flagrante explotación económica [**doc. 18**].

El bloqueo económico desbarató todas las pautas del comercio continental. Europa oriental quedó asfixiada por los cereales y madera que no podía vender; Europa occidental se vio privada de azúcar, café y algodón en bruto. En Fráncfort se quemaron públicamente productos británicos ilícitos en un momento en que la industria francesa era incapaz de suministrar sucedáneos adecuados. Ningún país europeo poseía la infraestructura administrativa con que poder ejercer una vigilancia total sobre el contrabando y el quebrantamiento del bloqueo asociado a las inmensas redes de contrabandistas que incluían a la propia Francia [**doc. 17**]. En agosto de 1808 se produjeron, por ejemplo, batallas campales entre contrabandistas y funcionarios de aduanas en el departamento

de Doubs (38, IV parte, cap. 6). El nacionalismo creciente que se difundió, sobre todo a partir de 1810, desde los intelectuales alemanes e italianos hacia las masas populares en el seno del Imperio fue, en parte, una reacción contra las cargas de las levas obligatorias y los impuestos de guerra. Pero también estuvo apoyado por el trastorno económico, el paro, la inflación y la penuria debidas a la imposición del Sistema Continental y a la subordinación de las economías de los países europeos a las necesidades de Francia. Al final, el Sistema Continental causó más problemas que ventajas, sobre todo cuando el deseo de Napoleón de darle mayor consistencia le proporcionó uno de los principales motivos para sus desastrosas invasiones de España, en 1808, y Rusia, en 1812.

La aventura española

Napoleón puso sus miras en la Península Ibérica en 1807. Portugal constituía ya para él una importante molestia, pues el gobierno portugués se negaba a firmar el Sistema Continental, seguía siendo leal a su larga alianza con Gran Bretaña y permitía a la Armada británica utilizar el Tajo y sus puertos. En consecuencia, Napoleón hizo planes para que una fuerza invasora avanzara hacia Portugal a través de España. Tales planes brindaban además a Francia la posibilidad de inmiscuirse en España para acabar absorbiéndola en el Imperio francés.

Napoleón tenía tan sólo un conocimiento superficial de la Península Ibérica. Nunca comprendió auténticamente el problema planteado por las meras dimensiones de España (500.000 kilómetros cuadrados), que era en su mayor parte un país agreste, desértico y pobre y donde era imposible vivir sobre el terreno. Supuso, erróneamente, que tanto España como Portugal podían ser conquistadas sin mucha dificultad y unidas a su Sistema Continental; y se equivocó también al suponer que las ideas francesas gozaban en España de un atractivo general. La clase media urbana, los afrancesados, que deseaban reformas según el modelo francés y habían perdido la esperanza de conseguirlas bajo el decadente gobierno de Carlos IV y Godoy, el favorito de la reina, eran menos numerosos e influyentes que lo imaginado por Napoleón. El

estallido de la Revolución Francesa había dividido la opinión española y debilitado a los ilustrados, un grupo de ministros y funcionarios que habían intentado modernizar la monarquía y revigorizar el Estado acabando con la inmovilidad de la sociedad española (**175**, cap. 2). La Iglesia y la mayoría de las clases propietarias se oponían a los principios revolucionarios por ateos y destructivos de los derechos de propiedad (**179**). La influencia omnipresente del clero hizo que la mayoría de la población fuera fuertemente antifrancesa y hostil a los políticos madrileños que aceptaban las ideas y planes de reforma franceses (**176**, cap. 2). Durante la década anterior a la invasión napoleónica, el conflicto entre tradicionalistas y modernizadores, entre la España «negra» y «roja», se intensificó en una sociedad profundamente dividida cuya crisis era agravada por las cruzadas de monjes y frailes contra el ateísmo y el radicalismo francés, y por el ineficiente gobierno del rey y Godoy. La debilidad de España se había puesto ya de manifiesto por su desastrosa guerra contra Francia, entre 1793 y 1795, que la obligó a buscar la paz y una alianza con Francia e hizo que la armada británica le impidiera relacionarse con su imperio colonial.

Durante el verano de 1807, Napoleón convenció a Godoy para cooperar en un plan de reparto de Portugal, proporcionar soldados y suministros y permitir la ocupación de importantes fortalezas españolas. En noviembre, el ejército de Junot, compuesto por 25.000 hombres, atravesó España de camino a Portugal, pero las rebeliones populares le impidieron ocupar completamente este país. En España, el senil Carlos IV hubo de hacer frente a una conspiración para deponerlo que contaba con el apoyo de su hijo Fernando y una red de agentes franceses. Napoleón, presentándose como mediador entre el padre y el hijo, llamó a la familia real española a Bayona, obligó a Carlos a abdicar y a Fernando, decididamente antifrancés, a renunciar a sucederle. José Bonaparte fue proclamado rey de España, mientras un ejército francés mandado por el extravagante Murat fue enviado para ocupar Madrid e imponer el dominio francés (**161**, cap. 7).

Aquella prepotencia revelaba una grave incomprensión de las actitudes del pueblo español. Aunque muchos de los intelectuales «ilustrados» acogieron gustosos la ocupación francesa, la mayoría de la población se mantuvo leal a Fernando y trasladó su hos-

tilidad hacia Godoy, a los franceses y a los sectores de la sociedad española que colaboraron con los invasores. El 2 de mayo de 1808 el pueblo, la gente corriente de Madrid, se alzó contra la salvaje caballería de los mamelucos de Murat y mató a 150 de sus hombres antes de ser aplastado. A continuación se llevaron a cabo varias ejecuciones masivas. Aquellos acontecimientos, conmemorados de manera inolvidable en 1814 por Goya en sus dos grandes cuadros sobre *Los días de Mayo*, provocaron una oleada masiva de resistencia popular en todo el país. Las profundas fisuras existentes en la sociedad española significaron que la «guerra de liberación» fuera, al mismo tiempo, una guerra civil entre grupos profranceses y antifranceses, entre la España liberal y la reaccionaria e, incluso, en algunos lugares, entre ricos y pobres.

Los franceses se encontraron en ese momento en medio de una población permanentemente hostil al escindirse España en sus partes componentes, encabezada cada una de ellas por una junta (comité de resistencia) compuesta por el clero y los notables locales. Los alcaldes de las poblaciones organizaron solemnes declaraciones de guerra contra los franceses en nombre del rey Fernando. Napoleón fue obligado a enviar «columnas volantes» de su ejército de 120.000 soldados en un intento por pacificar el país y sofocar la resistencia. En Bailén, una división francesa de 9.000 reclutas bisoños fue rodeada y superada masivamente por 30.000 soldados españoles llamados a filas por la junta de Sevilla, más 10.000 partisanos de grupos irregulares, y forzada a rendirse el 19 de julio. Las noticias de esta primera derrota de un ejército francés en el campo de batalla causaron sensación en Europa y obligaron a José a retirar todos los ejércitos franceses al norte del Ebro. Al constatar que tenía entre manos una guerra importante, Napoleón organizó un encuentro con el zar en Erfurt y obtuvo de Alejandro una vaga promesa de que intentaría refrenar a Austria mientras Francia se hallaba en aquella situación apurada al sur de los Pirineos. El propio Napoleón partió entonces para España con 100.000 veteranos de la *Grande Armée* estacionada en Europa central.

Ante una invasión a tal escala, la junta central española de Cádiz apeló a Gran Bretaña en busca de ayuda, y sir Arthur Wellesley (más tarde duque de Wellington) desembarcó oportuna-

mente en Portugal con un pequeño ejército de 14.000 hombres y derrotó a las fuerzas de Junot en Vimiero, en agosto de 1808, aunque por la Convención de Sintra se permitió a los franceses evacuar Portugal. Poco después, Wellington fue sustituido por sir John Moore, cuyo ejército británico de 28.000 soldados hizo lo posible por cooperar con las tropas regulares y las diversas bandas irregulares españolas. Napoleón, con casi 200.000 hombres concentrados en el Ebro, los desplegó entonces en ataques a los flancos de los dos principales ejércitos españoles, concebidos como un movimiento preliminar para recuperar Madrid. Esta estrategia se vio frustrada por Moore, quien marchó con su ejército hacia el norte y atacó audazmente las líneas de comunicación francesas atrayendo hacia el oeste a unas fuerzas francesas numéricamente superiores y proporcionando un respiro a los ejércitos españoles, sometidos a una fuerte presión, antes de batirse en retirada hacia La Coruña (**180**, cap. 2). Al darse cuenta de que no podía impedir que Moore escapara, y preocupado por la movilización austriaca a orillas del Danubio, Napoleón salió de España a principios de enero de 1809, dejando a Soult y Ney para que persiguieran a Moore. El 11 de enero, en la batalla de La Coruña, los británicos perdieron 6.000 hombres, incluido el propio Moore, pero combatieron hasta detener a los franceses antes de ser evacuados por la armada británica (**67**, cap. 60). Moore había salvado el sur de España y Portugal de una ocupación inmediata y había echado por tierra el programa napoleónico de un rápido sometimiento de la península (**182**).

Lo que Napoleón calificó de «úlcera española» perduró hasta 1814 y comprometió a 250.000 soldados franceses en el momento en que invadía Rusia en 1812. José Bonaparte no pasó de ser el soberano nominal de un pueblo en constante agitación y revuelta. Tras el regreso a España de Wellesley, los franceses fueron incapaces de expulsar a su ejército, que nunca pasó de 30.000 hombres, de su punto de apoyo en Portugal, resguardado por sierras y líneas fortificadas y bien aprovisionado por la armada británica (**181**). Aunque los franceses pudieron dominar fácilmente a los ejércitos regulares españoles, mal coordinados, las bandas irregulares no permitieron que las fuerzas de Francia se reunieran en número suficiente como para expulsar a Wellesley. Los franceses fueron acosados por toda España por las guerrillas, nombre

que pronto se aplicó a las bandas de hombres que, tras haber fracasado en combates en campo abierto, aprendieron a actuar furtivamente cayendo de forma súbita sobre los destacamentos enemigos y hostigando las líneas de comunicaciones y suministros antes de esfumarse en los montes y bosques al amparo de la oscuridad. Aunque los guerrilleros malgastaron cierta energía peleando entre sí, fueron un componente crucial del levantamiento nacional contra los invasores franceses, en defensa de la Iglesia, del antiguo orden y de la monarquía borbónica. Los franceses quedaron, por consiguiente, empantanados en una versión ampliada de La Vendée cuyas horrendas atrocidades fueron representadas crudamente por los violentos grabados de *Los desastres de la guerra*. Los soldados franceses capturados eran lapidados, cegados a lanzazos o castrados hasta morir desangrados. Los métodos de los franceses apenas eran más civilizados.

Tanto la guerra regular practicada por los españoles como las actividades guerrilleras proporcionaron a Wellesley un apoyo fundamental, pues desviaban importantes contingentes de soldados franceses. Los franceses fueron también víctimas de un mando dividido, pues José no tuvo la autoridad general sobre las fuerzas francesas hasta 1812, y los mariscales de Napoleón solían sentirse celosos entre sí y no estaban dispuestos a colaborar (**161**, cap. 7). Los ejércitos franceses en España fueron perdiendo cada vez más el entusiasmo por una guerra que parecía carecer de objetivo y no proporcionaba ninguna posibilidad de obtener beneficios tangibles [**doc. 22**]. Tras su victoria en Wagram, en junio de 1809, Napoleón envió a España a Masséna con 130.000 hombres en un intento por poner fin a la guerra. Pero Wellesley consiguió desplazarse desde detrás de sus líneas de Torres Vedras y rechazar el ejército de Masséna en los altos de Busaco, donde las pérdidas de 25.000 hombres sufridas por los franceses pusieron de manifiesto la superioridad de las líneas británicas de fusileros entrenados y disciplinados sobre las masivas columnas francesas (**69**, cap. 15). Siguió a continuación una prolongada lucha por las fortalezas que controlaban la frontera hispano-portuguesa. Los británicos no lograron hacerse con Ciudad Rodrigo y Badajoz hasta 1812; luego atrajeron a Marmont a Salamanca, donde lo derrotaron, y entraron en Madrid en agosto. Tras una breve retirada ante fuerzas superiores, Wellesley logró llevar a cabo un

avance decisivo en 1813. Su crucial victoria en Vitoria obligó al desdichado José, carente de cualquier talento para la estrategia militar, a huir de su mal conseguido reino, dejando que Soult desplegara unos ejércitos debilitados en una campaña defensiva condenada al fracaso. A continuación, Wellesley siguió adelante, al otro lado de los Pirineos, hasta Burdeos y acabó derrotando a los franceses en Toulouse en 1814 (**180**, caps. 4-6).

No hay duda de que la invasión francesa de España fue un error catastrófico por parte de Napoleón. Constituyó una sangría permanente de recursos humanos y contribuyó a estimular la oposición al dominio francés en Europa central y oriental, además de embotar la moral francesa y socavar el prestigio de los ejércitos de Francia. El esfuerzo requerido para contener a Wellesley en la Península influyó considerablemente en la paralización de las campañas defensivas de Napoleón en Alemania y Francia en 1813 y 1814. La guerra española costó a Napoleón 300.000 bajas e indecibles cantidades de oro y materiales de guerra. Es posible que Napoleón hubiera podido vencer en España si hubiese estado dispuesto a asumir allí el mando de manera permanente, lo que habría significado limitar sus ambiciones en otras partes de Europa. Al final, la guerra española nunca fue popular en Francia y acabó siendo un factor que distanció de Napoleón y su régimen a las clases medias de propietarios [**doc. 12**]. Según comentó Talleyrand a Alejandro I en Erfurt, «el Rin, los Alpes y los Pirineos son conquistas de Francia; el resto es una conquista del emperador no apoyada por Francia» (**38**, IV parte).

Wagram y el matrimonio austriaco

Tras su derrota en Austerlitz en 1805, el sentimiento de humillación experimentado por Austria fue muy similar al de Prusia después de Jena, al año siguiente. El dominio napoleónico de Italia y Alemania amenazaba el rango de gran potencia del Imperio habsburgués. El primer paso consistió en reformar el ejército. El archiduque Carlos reforzó la primera línea de sus tropas hasta un contingente de 350.000 hombres, copió el sistema francés de cuerpos de ejército independientes y creó regimientos de batidores y tiradores móviles de primera. La adopción de un sistema de

aprovisionamiento francés contribuyó a mejorar la movilidad. La resistencia con que se habían encontrado las fuerzas de Napoleón en España animó a los austriacos a comprobar si era capaz de mantener una guerra en dos frentes (**156**). Se trazaron planes de guerra en 1808, cuya noticia llegó pronto a oídos de Napoleón (**155**, cap. 4), que decidió una movilización inmediata, pues no se debía permitir a Austria desplazarse sin oposición al sur de Alemania y el norte de Italia.

El emperador francés se enfrentaba en ese momento a un problema de recursos humanos que le acosaría hasta 1815. Para completar sus fuerzas en Europa central hasta los 300.000 hombres hubo de retirar la Guardia Imperial de España, debilitando en consecuencia el esfuerzo francés realizado allí. Además de reclutar 100.000 hombres en los estados vasallos, llamó a filas a más de 110.000 reclutas franceses del reemplazo de 1810. Aquellas medidas reflejaron un factor importante en el hundimiento final del imperio: la menguante calidad de las tropas a las órdenes de Napoleón, a medida que la proporción de veteranos franceses curtidos descendía frente a la de reclutas bisoños y contingentes no franceses. En 1809, en Alemania, la *Grande Armée* no poseía la calidad de la de 1805 y, en gran parte, no pasaba de ser una milicia falta de formación. En tales circunstancias los austriacos tenían buenas oportunidades de derrotar a Napoleón si se movían con suficiente rapidez. Pero, aunque el emperador Francisco II optó por ir a la guerra en febrero de 1809, no emprendió acciones militares hasta abril, cuando el ejército de 200.000 hombres del archiduque Carlos se trasladó de Bohemia a Baviera sin una declaración de guerra. El plan austriaco consistía en destruir las fuerzas de Francia en la región de Ulm-Augsburgo antes de que se reuniera la caballería francesa y llegara de España la Guardia Imperial. Otro ejército austriaco al mando del archiduque Juan ocuparía Italia. Aquella estrategia estuvo a punto de tener éxito, pues Napoleón se entretuvo en París y dejó el mando en Baviera a Berthier, quien, aun siendo un excelente organizador, no tenía talento como comandante de campo. La *Grande Armée* no consiguió imponerse en una serie de enfrentamientos en Baviera hasta la llegada del propio Napoleón, que infligió graves pérdidas a los austriacos sin lograr destruirlos ni impedir su retirada ordenada (**69**, cap. 14). Napoleón se vio obligado a salir en

su persecución y buscar una victoria abrumadora antes de que los prusianos se sintieran tentados a ir contra él.

El 12 de mayo, los franceses bombardearon Viena y, a continuación, entraron en la capital austriaca, mientras los ejércitos habsburgueses se reunían al norte del Danubio. Napoleón decidió avanzar rápidamente antes de que el archiduque Juan llegara de Italia con el otro ejército principal austriaco, que en ese momento se hallaba con problemas. En un intento por crear una cabeza de puente al otro lado del Danubio, en los pueblos de Aspern y Essling, subestimó gravemente la fuerza austriaca y se encontró ante 115.000 hombres con sólo 82.000 propios. Los austriacos, al atacar los primeros, pillaron a Napoleón desprevenido y empujaron a los franceses a un paso estrecho, obligándoles a retirarse a la isla de Lobau. Ambas partes perdieron 20.000 hombres, entre muertos y heridos —proporción de bajas tan elevada como en las peores batallas de la Primera Guerra Mundial (**67**, cap. 64)—. Aunque Napoleón hizo cuanto pudo por disimular el hecho de que la batalla de Aspern-Essling había sido una clara derrota, las noticias del triunfo austriaco circularon deprisa por Europa apoyadas por una vigorosa propaganda habsburguesa. Pero Napoleón tuvo la agudeza de asentarse durante seis semanas de cuidadosa preparación y aguardar la llegada de importantes refuerzos antes de un segundo enfrentamiento. Entretanto, los austriacos esperaron un levantamiento general de Alemania contra el odiado francés y una movilización de Prusia. Los prusianos, sin embargo, al constatar que Napoleón seguía completamente inmerso en la guerra, permanecieron neutrales a la espera del resultado de una segunda ofensiva francesa, centrándose entretanto en remodelar su ejército y su sistema administrativo.

El 5 de julio Napoleón estaba listo para entrar en combate. El archiduque Carlos se colocó en situación defensiva con un frente excesivamente desplegado cuya base era el pueblo de Wagram. Se entabló a continuación una feroz batalla de dos días de duración que fue un gigantesco choque artillero, antes de que, finalmente, Napoleón lograra la victoria penetrando por el centro de los austriacos. Aunque éstos fueron derrotados, Wagram no se pudo comparar a Austerlitz o Jena. Mientras los austriacos perdieron 40.000 hombres, los franceses sufrieron, por su parte, 30.000 bajas, y el archiduque Carlos consiguió retirar intacta una

fuerza de 80.000 soldados y solicitar un armisticio. La paz de Schönbrunn, firmada en octubre de 1809, costó a Austria tres millones y medio de súbditos. Salzburgo pasó a manos de Baviera; las provincias de Iliria, a Francia; y partes de Galizia, a Rusia y al Gran Ducado de Varsovia. Austria tuvo que abonar también grandes indemnizaciones, reducir su ejército a 150.000 hombres e imponer el Sistema Continental en todo el territorio habsburgués. No obstante, los enemigos de Napoleón percibieron signos estimulantes. Austria había combatido sorprendentemente bien en 1809, demostrando ser capaz de estar a la altura de la artillería francesa, hasta entonces insuperada. Algunos de los reclutas bisoños de las filas francesas habían sido víctimas del pánico y habían huido en Wagram, mientras que Napoleón parecía menos infalible tras el revés sufrido en Aspern-Essling. Existían indicios de que ya no podía mantener el intenso paso que se había impuesto en campañas anteriores y que comenzaba a sobrevalorar su propia destreza y a menospreciar la de sus adversarios. Muchos habían advertido, además, que se había visto forzado a estacionar tropas en Alemania y el Tirol para acabar con levantamientos populares, lo cual subrayaba el hecho de que el mantenimiento del Imperio francés dependía de una serie de victorias militares decisivas.

A primera vista, Napoleón aparecía de nuevo triunfante. Metternich, que sustituyó a Stadion en el puesto de canciller, consideró que una alianza con Francia garantizaría mejor que nada los intereses de Austria a corto plazo (**249**, cap. 2). De ahí sus pasos para lograr un matrimonio dinástico. Movido por su deseo de tener un hijo y heredero legítimo y afectado por una conspiración para sustituirle en la que estaban implicados Talleyrand, Fouché y Murat, Napoleón había estado considerando desde hacía algún tiempo la posibilidad de divorciarse de Josefina, que no había podido darle un hijo y había cumplido ya los cuarenta años. El nacimiento de un hijo de María Walewska en 1807 le convenció de que podía engendrar un heredero. Dar la sucesión a Eugenio, su hijastro, habría causado problemas, pues las familias Bonaparte y Beauharnais se tenían muy poco afecto. No obstante, Napoleón no veía fácil el divorcio, pues seguía enamorado de Josefina a pesar de que ella le había sido infiel poco después de su matrimonio. Ciertos intentos de casamiento con una de las hermanas del

zar no habían prosperado; y, tras prolongadas negociaciones entre Napoleón y Metternich, se acordó un matrimonio entre el emperador francés y María Luisa, hija de Francisco II, una joven de cabeza bastante hueca. Acto seguido, Napoleón se divorció de Josefina con la aprobación del arzobispo de París, aunque no del Papa, en diciembre de 1809. Las posibilidades de tener un heredero parecían prometedoras, pues la madre de María Luisa había dado a luz 13 hijos, su abuela 17 y su bisabuela 26. El matrimonio entre el emperador francés y la archiduquesa, de dieciocho años, se celebró en abril de 1810 y fue seguido casi un año después por el nacimiento de un hijo, el rey de Roma. Los franceses debieron de haberse sentido desconcertados al ver al «heredero de la Revolución» casado con una sobrina de María Antonieta. Muchos republicanos acérrimos consideraron, sin duda, el matrimonio repugnante [**doc. 21**].

3. Decadencia y caída

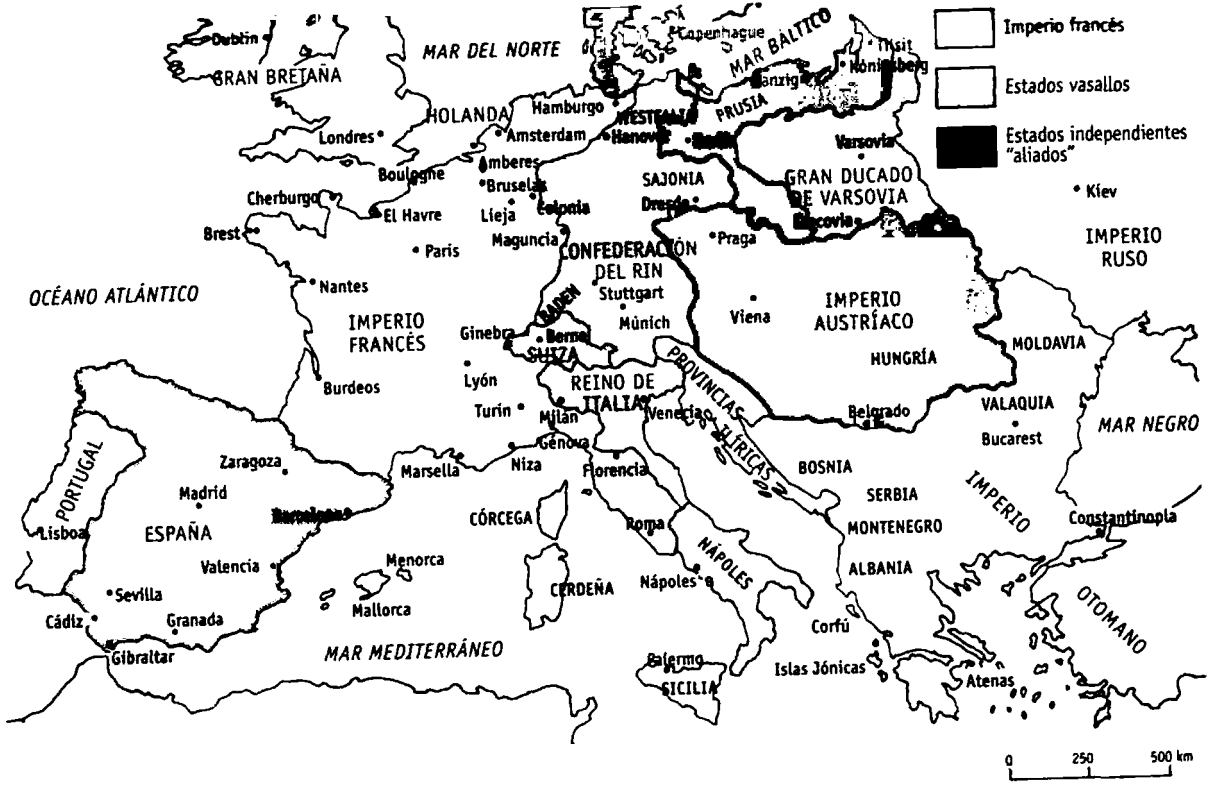
El Imperio napoleónico

En 1810, el Imperio francés en Europa se extendía del Tajo al Niemen y del Báltico al Adriático. Sólo Portugal, los reinos de Sicilia y Cerdeña, Montenegro y los Imperios otomano y ruso se mantenían fuera del sistema napoleónico de estados aliados o dependientes. Rusia era técnicamente un aliado desde Tilsit, pero estaba abandonando ya la órbita francesa en fecha tan temprana como la del congreso de Erfurt, en 1808 (227, cap. 2). Gran parte de Europa era gobernada directamente desde París; era el caso de las provincias ilíricas y las islas jónicas, los ducados de Parma y Piacenza (anexionados a Francia en 1806), Toscana (1808), los Estados Pontificios (1809) y Holanda (1810). Había también reinos satélites dependientes: Holanda, gobernada por Luis Bonaparte hasta 1810; Italia, con Eugenio Beauharnais como virrey de Napoleón; Nápoles, regido por José Bonaparte hasta 1808 y, a continuación, por el mariscal Murat, cuñado de Napoleón, conocido como el «rey Joaquín»; y Westfalia, cuyo soberano era Jerónimo Bonaparte. España, con José en el trono desde 1808, nunca estuvo sometida al dominio francés y resulta, por tanto, impropio

clasificarla como satélite. Otra excepción fue el Gran Ducado de Varsovia, gobernado oficialmente por el rey de Sajonia, pero considerado por Napoleón una mera baza de negociación diplomática y como base militar. Otros estados clientes eran Suiza y los 16 principados alemanes agrupados en la Confederación del Rin. Dinamarca, Prusia y Austria habían sido obligadas a aliarse con Francia.

Los reinos satélites fueron concebidos principalmente para proporcionar a Napoleón tropas, suministros y, sobre todo, dinero. También se pretendía que realizaran su correspondiente cometido en la aplicación del Sistema Continental [**doc. 14**]. Al mismo tiempo, sin embargo, eran elementos activos en la revolución política y social, cuestionaban los antiguos regímenes fomentando los principios franceses de abrir las carreras al talento, la eliminación del feudalismo y los privilegios locales, la abolición de la servidumbre y la introducción del Código Napoleónico, lo que suponía una normalización del derecho, tribunales abiertos y juicios con jurado. En los reinos satélites se introdujeron así mismo las administraciones profesionales según el modelo francés, al tiempo que se eliminaban el sistema gremial y las barreras aduaneras. Se les otorgaron constituciones que permitían cierto grado de participación en la legislación y en la toma de decisiones mediante una combinación de la antigua nobleza y las nuevas élites profesionales [**doc. 15**].

No se puede asegurar con certeza que Napoleón tuviera un plan definido para el desarrollo de Europa, pero hay signos de que en 1810 se encaminaba hacia un imperio centralizado, gobernado directamente desde París (**161**, cap. 2). Se habían suprimido las antiguas repúblicas, que pronto resultaron demasiado independientes para su gusto. La República de Liguria (Génova) fue anexionada a Francia; las repúblicas italiana y bátava (holandesa) se convirtieron en reinos en 1805 y 1806. Se instauraron nuevas monarquías en Nápoles, Westfalia y España. Uno de los motivos que llevaron a Napoleón a reforzar el poder central sobre los reinos satélites fue que los miembros de su familia, a quienes sentó en diversos tronos, resultaron ser menos sumisos que lo esperado por él, al mostrarse reacios a poner los recursos de sus territorios, así como su popularidad, a disposición de Francia y de las exigencias del Sistema Continental. Sólo Eugenio fue completamen-



El imperio francés en 1810

te leal, además de ser el más capaz y eficiente del clan. En el otro extremo, Luis Bonaparte acabó sintiendo un fuerte afecto por sus súbditos holandeses, se negó a introducir el servicio militar obligatorio y sólo impuso una forma de bloqueo continental muy suave. Ésa fue la causa de que Napoleón estrangulara poco a poco a Holanda en 1810 y obligara a Luis a abdicar.

En Nápoles, el exaltado e impulsivo Murat, manejado por su ambiciosa y astuta mujer Carolina Bonaparte, ignoró muchas de las órdenes de su cuñado y favoreció el nacionalismo napolitano al servicio de sus propios objetivos dinásticos. Jerónimo Bonaparte, hombre capaz y valeroso tras su fachada de «rey mujeriego», proporcionó a Napoleón el dinero y las tropas requeridas, pero se negó a aplicar en Westfalia el Sistema Continental con el rigor exigido por el emperador y fue demasiado respetado por sus súbditos como para obtener la aprobación de Napoleón. De no haber sido por la campaña de Rusia de 1812, Jerónimo habría seguido, probablemente, el rumbo de Luis. En España, el gobierno de José fue de una torpeza absoluta y, a pesar de sus elevados principios, no suscitó ni afecto ni respeto entre sus «súbditos» españoles (41, cap. 4).

Otra de las razones del creciente control de Napoleón sobre los satélites fue el espíritu nacional que se puso de manifiesto en Italia y Westfalia y comenzó a revelarse en Holanda y Nápoles. Dada su concepción de imperio cosmopolita basado en grupos ambiciosos de clase media anhelantes de acabar con los antiguos regímenes mediante la aceptación de la versión napoleónica de los principios de 1789, es indudable que no deseaba estimular dicho espíritu. Es bastante difícil que Napoleón contara con que tales grupos iban a llegar a considerar el cosmopolitismo como un simple embozo de los intereses nacionales franceses y cultivar, en cambio, sólidas aspiraciones nacionalistas propias. Otro factor del cálculo napoleónico fue el matrimonio austriaco de 1810 y el nacimiento del rey de Roma, que le hizo confiar menos en sus hermanos. Su hijo, tal como sugería su título, se habría de convertir en el heredero de un Imperio romano nuevo e integrado. Esto ayuda a explicar la aceleración de las medidas para anexionar más zonas de Europa como simples departamentos franceses o gobiernos militares sometidos a la autoridad directa de Napoleón: la anexión de Holanda y Hanover, la consolidación de la

guarnición francesa en Nápoles y el socavamiento de la autoridad de Murat, y la decisión de arrebatar de manos de José casi tres cuartas partes de España para ponerlas en las de los sátrapas militares. Es indudable que este proceso habría ido más lejos de no haber sido por la derrota en Rusia y el consiguiente desgaste del poder militar que mantenía unido el Imperio napoleónico.

Aunque algunos estados aliados, como Prusia, Austria y los principados de la Confederación del Rin se apresuraron a introducir reformas basadas en el modelo francés, sobre todo en sus ejércitos, los esfuerzos más decididos para imponer pautas de gobierno y administración francesas se realizaron en los reinos satélites. Eugenio obtuvo el mayor éxito en Italia (**44**). Los italianos se mantuvieron más tiempo bajo el dominio francés que otras nacionalidades y, quizá, sentían mayor afinidad con la familia Bonaparte, de origen italiano. Sólo el reino de Italia fue capaz de mantener un presupuesto equilibrado bajo el gobierno esencialmente autoritario de Eugenio, a pesar de la existencia de una Constitución. El Consejo de Estado estaba compuesto por personas nombradas por Eugenio, mientras que el parlamento era poco más que una tertulia para propietarios. La prosperidad económica fue consecuencia de que Italia se había convertido en un importante centro del lucrativo comercio entre Francia y el Mediterráneo oriental y por el auge del contrabando. El presupuesto equilibrado fue consecuencia de esa prosperidad económica y de unas rigurosas medidas tributarias. Se abolieron los derechos feudales, se introdujo el Código Napoleónico y se redujo la influencia de la Iglesia (**164, 165**). El gobierno de Eugenio reformó también la educación primaria y secundaria y proporcionó subvenciones estatales a las universidades y las artes. El ejército se amplió y remodeló, y tuvo un importante cometido en la campaña contra Austria de 1809, y en la rusa de 1812, además de verse involucrado en España (**161**, cap. 2).

El reino de Nápoles tuvo mucho menos éxito [**doc. 14**]. La flagrante ineficiencia de sus soberanos borbónicos había dejado un legado permanente. La corrupción y la oposición pasiva hicieron inútiles los esfuerzos de la nueva administración central para recaudar impuestos y estimular la industria y el comercio. Poco se pudo hacer por cerrar la extensa brecha entre ricos y pobres o por reducir el poder de la Iglesia en un país donde el 10 por cien-

to de la población masculina tenía las órdenes sagradas. El Código Napoleónico no pudo introducirse, dada la abrumadora oposición local, mientras que el ejército no pasó de ser una milicia dependiente de mercenarios extranjeros. Con sus vistosos uniformes, su ceremonial chillón y su corte colorista, Murat respondía más al gusto napolitano que José, con su relativa grisura, a quien sucedió como rey en 1808 (**167**). Pero apenas tuvo más éxito, pues fue incapaz de poner en práctica la Constitución que le legó su predecesor o de aplicar el Sistema Continental con todo rigor. La lealtad, cada vez más cuestionable, de Murat a su emperador le llevó a alentar el nacionalismo napolitano, aunque con pocos resultados, pues el aumento de los impuestos y una leva más dura impuesta a partir de 1810 dio pábulo a la oposición popular, que culminó en estallidos guerrilleros en regiones como Calabria (**161**, cap. 4).

El reino de Holanda fue para Napoleón una fuente de exasperación constante. El afable y generoso Luis Bonaparte ansiaba servir en la medida de lo posible a los intereses de sus súbditos holandeses. La Constitución de 1806 concedía una auténtica participación política y permitía una administración provincial casi autónoma (**166**, caps. 1-3). A pesar de los ruegos de Napoleón, el «rey Lodewijk» se negó con firmeza a imponer el servicio militar obligatorio y optó por mercenarios de Hesse. En 1810, el ejército holandés contaba sólo con 31.000 hombres y fue incapaz de impedir un desembarco británico en Walcheren en 1809, a no ser por el apoyo de 30.000 soldados llegados apresuradamente de Francia. La propia versión edulcorada del Sistema Continental impuesta por Luis resultó devastadora para un país que vivía casi exclusivamente del tráfico de mercancías. Sólo el comercio ilícito y el perdón para las violaciones de las normas impidieron que la economía se hundiera por completo. En 1810 Napoleón sometió a Luis a fuertes presiones para que adoptara medidas implacables con el fin de eliminar el déficit presupuestario y conseguir el dinero en efectivo y las tropas que exigía constantemente de los estados satélites y vasallos [**doc. 16**]. Luis opuso resistencia a las presiones, pero finalmente fue obligado a abdicar y entregar su reino al gobierno directo de Francia (**161**, cap. 5).

Westfalia fue muy diferente de Holanda. El país, que recorría Alemania septentrional del Weser al Elba, estaba formado por te-

rritorios incautados a los estados alemanes que se opusieron a los franceses en 1806-1807. Napoleón pretendió hacer de él un Estado eje de la Confederación del Rin, algo parecido a un escaparate, con su monarquía liberal, constitucional y progresista, y famoso por sus empresas industriales y sus excelentes soldados. La Constitución de 1807 fue cuidadosamente dictada por el emperador [**doc. 15**]. A cambio de proporcionar un ejército de 25.000 hombres y cargar con el coste de 18.500 soldados franceses de guarnición en su territorio, Westfalia disfrutaría de tolerancia religiosa e igualdad ante la ley y de la abolición de los derechos feudales. El rey Jerónimo contaría con el asesoramiento de un Consejo de Estado y un parlamento, aunque fuera el único en poseer el derecho a proponer leyes y nombrar funcionarios. A pesar de su costumbre de pasar por alto al parlamento para cumplir las exigencias del emperador en cuestión de dinero y tropas, y de servirse de su amplia red de policías y espías para reprimir la oposición, Jerónimo fue respetado como un monarca capaz (**43**). El Código Napoleónico fue un éxito, y se reformaron el poder judicial y los tribunales (**55**, cap. 2). El ejército de Westfalia se apoyaba en una impresionante tradición militar. Los soldados de Hesse tenían fama en toda Europa. Los 25.000 hombres reclutados en 1809 eran de excelente calidad, pues Jerónimo instauró la estrategia, el armamento y la instrucción franceses, además de abrir al talento el acceso al cuerpo de oficiales. Los soldados de Westfalia se distinguirían en la Península Ibérica y en la campaña rusa. Sin embargo, en 1813 el reino se hallaba agotado y casi en bancarrota a consecuencia de una deuda nacional creciente y del estancamiento de la industria y el comercio en una sociedad orientada casi por completo a la guerra (**161**, cap. 6).

Cuando Napoleón informaba en tono despreocupado a su hermano mayor, José, de que «en Alemania, Italia y España la gente anhelaba la igualdad y el liberalismo», debía de decirlo con ironía, al menos en lo relativo a España. La mayoría de los españoles y el propio Napoleón contemplaban la esencial benevolencia de José como una debilidad. Su apocamiento ante los ejércitos y las bandas de guerrilleros españoles y su deseo de una popularidad fácil no le granjearon el respeto ni de los españoles ni de los comandantes militares franceses como Lefebvre, Jourdan, Marmont y Soult, que lo veían como un torpe aficionado. Los pro-

gramas de reforma económica, legal y administrativa fueron obstaculizados continuamente por la «España negra» en el ámbito local. España fue, por tanto, un reino satélite poco más que de nombre. Los enormes costos que supuso el intento de someter la Península Ibérica sobrepasaron con mucho las aportaciones de los demás estados satélites. Apenas es exagerado concluir que España desangró al Imperio (**161**, cap. 7).

El modelo francés de gobierno y administración que Napoleón procuró desarrollar a lo largo y ancho del Imperio fue, en gran medida, el seguido por todas las sociedades avanzadas «modernizadoras» durante el siglo XIX, con sus principios de centralización, abolición de los grupos privilegiados, códigos legales uniformizados y extensión de la autoridad del Estado a las vidas y recursos de los ciudadanos. Aquel modelo atraía a los ilustrados, a las clases medias con capacidad de ascenso y, también, a los militares. Sin embargo, resultaba relativamente poco atrayente para la población común, urbana o rural, del Imperio napoleónico. La gente corriente se sentía molesta por una fiscalidad en aumento, por el «impuesto de sangre» del servicio militar obligatorio y, sobre todo, por la creación de fuerzas policiales eficientes. Los logros de los gobernantes satélites en la concesión de igualdad civil y legal y en la puesta en práctica de programas de desarrollo económico fueron contrarrestados por la falta de elección de las poblaciones sometidas en todos aquellos asuntos. La reforma ilustrada era mucho menos atrayente cuando nacía de los cañones franceses.

En definitiva, el régimen bonapartista fue concebido ante todo para servir a los intereses de Francia y se apoyó en la fuerza y el éxito militar. No había posibilidad de que los pueblos europeos aceptaran la hegemonía francesa por propia voluntad. La presencia francesa sólo era soportada auténticamente por unas pequeñas minorías, como los afrancesados españoles. Una vez que Napoleón fue derrotado en Rusia, el dominio francés fue desalojado rápidamente. Muchos de los miembros de las clases medias, en especial en Alemania, abrazaron el nacionalismo como medio para alejar a los franceses. Sin embargo, los campesinos, que componían el grueso de los ejércitos que acabaron hundiendo el Imperio napoleónico, no luchaban tanto por sentimientos nacionalistas cuanto por lealtad tradicional a la Iglesia y a los duques y

príncipes del Antiguo Régimen, lealtad que el gobierno de Napoleón nunca logró socavar. La «guerra de liberación» entablada a partir de 1813 fue para la mayoría de la población europea una cruzada de conservadurismo tradicional contra quienes intentaban imponer la reforma a un amplio número de personas que no la deseaba, en especial si iba revestida de ropajes franceses.

Por otro lado, no se debe pasar por alto la importancia de un nacionalismo bullente en Europa a partir de 1808, pues se difundió entre los intelectuales y las clases medias instruidas, en especial en Alemania (**193, 194**). Allí, el principal acicate fue la consternación ante las derrotas sufridas por Prusia en Jena y Auestädt. Según escribió Meinecke en 1905, «se extendió por la sociedad un nuevo sentimiento de libertad y energía en el momento mismo en que el Estado había perdido su independencia» (**196**, cap. 6). Una profunda sensación de vergüenza y orgullo herido contribuyó a desplazar el fundamento de la Ilustración alemana del cosmopolitismo y el racionalismo hacia una *Weltanschauung* más romántica y nacionalista. El cosmopolitismo había sido mucho más atractivo cuando los ejércitos franceses se mantenían a distancia segura. Pensadores como Schlegel, Fichte y Herder comenzaron a partir de ese momento a insistir en la superioridad de la tradición cultural germánica basada en el poderoso concepto de *Volk*. Esta tradición romántica, más dependiente, al parecer, de la emoción y la religión que de la razón y los principios de 1789, fue cultivada como fuente fundamental de oposición al dominio cultural francés y habría de actuar como estímulo vital para la conciencia nacional alemana.

Después de Jena, los reformadores prusianos se interesaron mucho más por oponerse a los ejércitos franceses que a la cultura francesa, pero no tardarían en aprovechar el mar de fondo del sentimiento nacionalista alemán ejemplificado en escritos patrióticos como el *Llamamiento a la nación alemana* de Fichte [**doc. 27**]. Políticos y generales como Stein, Scharnhorst y Gneisenau ansiaban emprender programas de reforma de estilo inglés y francés para poner fin al anquilosamiento de la sociedad prusiana, en manos de la vieja casta aristocrática, que había resultado fatal en 1806, y revitalizar de ese modo el poder militar y la autoestima prusiana (**71**, cap. 5). Un conjunto de reformas llevadas a cabo en Prusia, entre ellas la emancipación de los siervos,

el autogobierno municipal y la reestructuración del sistema fiscal, ayudaron a fortalecer el Estado prusiano y fueron pasos hacia un liberalismo económico. Dos años después de Jena, la base social y económica de Prusia se hallaba en el proceso de transformación que le permitió recuperar su carácter de «máquina regulada forzosamente para producir ingresos y soldados» (72, cap. 11).

La reorganización del gobierno emprendida por el ministerio reformista de Stein a partir de 1807 comprendía un Departamento de Guerra unificado y una Comisión de Reforma Militar, con el propósito de crear un nuevo ejército nacional basado en el patriotismo y el honor en vez de en la obediencia servil de los antiguos autómatas prusianos. Se reclutarían ciudadanos soldados para complementar a los militares de carrera experimentados. Se despidió a los oficiales incompetentes, como lo eran muchos comandantes entrados en años. En 1806, por ejemplo, el ejército prusiano contaba con cuatro generales en activo de más de ochenta años, y con dieciocho de más de setenta. También se reestructuraron las academias militares. Los oficiales jóvenes se seleccionaron por su aptitud y méritos tanto entre hijos de plebeyos como de nobles. Aquellas reformas fueron respaldadas por un programa educativo que proporcionó más escuelas con un programa práctico y moderno. Se relajó la disciplina militar draconiana, aunque sólo fuera porque había dado pie a deserciones masivas. Se adoptaron tácticas militares francesas de movilidad, flexibilidad y cuerpos de ejército independientes en sustitución de la engorrosa estructura y rígida formación en línea del ejército de Federico el Grande. Se limitaron las exenciones del servicio militar obligatorio y el sistema se asentó sobre una base más justa [**doc. 23**].

Hasta 1813 el tamaño del ejército prusiano se redujo a los 42.000 hombres estipulados por Napoleón después de Jena, limitación que el gobierno de Berlín sólo eludió de forma cautelosa. La nueva *Landwehr* (milicia provincial), respuesta prusiana al servicio militar obligatorio y masivo de Francia, sólo fue movilizada por entero y fusionada con el ejército regular, que llegaba en ese momento a 65.000 hombres, durante el invierno de 1812-1813. Pero la *Landwehr* se pudo ampliar con rapidez hasta suministrar 120.000 reservistas, incrementados a su vez por la *Landsturm* (guardia nacional). Cuando Napoleón volvió de Rusia en 1812 le

estaba esperando al oeste del Niemen un poderoso ejército de masas prusiano (**201**, caps. 4-5).

Rusia, 1812

La alianza entre Napoleón y el zar, acordada en Tilsit en 1807, fue siempre quebradiza (**189**). Ambos gobernantes tenían ambiciones claras y opuestas; cada uno de ellos se consideraba el mayor hombre de la Tierra, protegido por un especial «destino». La alianza sólo podría haberse consolidado de veras si Napoleón hubiese estado dispuesto a apoyar los designios del zar sobre Constantinopla; pero el emperador francés, con ambiciones personales para el Mediterráneo, no quiso pagar semejante precio. Hubo otros motivos de fricción entre los dos soberanos. La alianza de Napoleón con Austria y su matrimonio con María Luisa ofendieron al zar, al igual que la retención de las fortalezas prusianas a orillas del Oder, destinadas pretendidamente a cubrir el flanco septentrional de Austria, pero que constituían también una amenaza para el territorio ruso. Cuando Napoleón se anexionó la costa norte de Alemania en 1810 para dar mayor eficacia al Sistema Continental, se apoderó también del Ducado de Oldenburg haciendo caso omiso de los acuerdos de Tilsit en un momento en que el ducado estaba ligado a Rusia por el matrimonio de la hermana del zar con el duque heredero. Alejandro se molestó también por la ampliación del Gran Ducado de Varsovia por los acuerdos de la paz de Schönnbrunn entre Francia y Austria. La medida parecía resucitar la posibilidad de un reino independiente en Polonia, si Rusia se sentía presionada a devolver el territorio polaco adquirido en los repartos de 1793 y 1795 (**186**).

Sin embargo, la principal manzana de discordia entre Napoleón y Alejandro fue el Sistema Continental. Para Napoleón no se trataba tan sólo de un instrumento de guerra económica contra su enemigo más pertinaz, los británicos, sino también de una demostración de su influencia personal en las cortes de Europa. En Rusia, la imposición del Sistema Continental después de Tilsit provocó un caos comercial por la salida de capitales al extranjero para pagar importaciones que las exportaciones rusas no podían seguir cubriendo. Al desplomarse el comercio se vino también abajo la tasa

de cambio, seguida por una rápida depreciación del papel moneda. En diciembre de 1810 el zar comenzó a admitir barcos neutrales en puertos rusos y a gravar con impuestos los productos franceses, abriendo así una de las brechas más amplias en el bloqueo continental. Tanto los agentes británicos como los prusianos instaron al zar a desafiar a Napoleón, mientras la nobleza rusa se hacía fuertemente nacionalista, en particular cuando Speranski, el principal ministro del zar, inició un programa impopular de reformas administrativas fiscales según el modelo francés.

Furioso porque Alejandro había rechazado el Sistema Continental, Napoleón comenzó a tomar iniciativas diplomáticas en 1811 para aislar a Rusia. Aunque consiguió apoyos de Prusia y Austria, no obtuvo ninguno de Suecia y Turquía. Los franceses habían invadido la Pomerania sueca cuando el príncipe Bernadotte, antiguo mariscal de Napoleón, se negó a prohibir todos los productos coloniales británicos. El resultado final fue que Suecia buscó una alianza con Rusia, concluida en abril de 1812. En mayo, los turcos firmaron el tratado de Bucarest con el zar, liberando al ejército del sur de Rusia y permitiéndole adoptar posiciones defensivas en la frontera occidental. Napoleón no fue tampoco capaz de liberarse de la úlcera española, pues Gran Bretaña rechazó las propuestas de paz de 1812, cuando los franceses ofrecieron dejar España si los británicos reconocían a José como rey y retirar las fuerzas de Wellesley. No obstante, Napoleón estaba decidido a dar al zar una lección que demostrara tanto a Gran Bretaña como a Europa la inutilidad de desafiar el poder imperial de Francia.

Sin embargo, el ataque a Rusia fue desde el principio una apuesta con las posibilidades en contra de la *Grande Armée*, que era sencillamente demasiado grande. Un ejército de aquellas dimensiones no podía ser aprovisionado y equipado adecuadamente en la época anterior al ferrocarril; por otra parte, un monstruo tan pesado no podía desplegarse de acuerdo con las tácticas móviles y flexibles de la guerra revolucionaria francesa (71, cap. 5). Napoleón apostó por que los rusos lanzarían un ataque frontal a gran escala no muy al interior de sus fronteras. Al no hacerlo, sellaron en la práctica el destino de la *Grande Armée*.

Durante el final de 1811 y el comienzo de 1812 Napoleón amplió la *Grande Armée* en Alemania hasta llegar a unos

600.000 hombres reclutando tropas de todos los rincones del Imperio [**doc. 24**]. Unas hordas con aquel carácter cosmopolita no sólo planteaban graves problemas de lengua y disciplina, sino que suscitaban dudas sobre la fiabilidad de una parte importante de las mismas. Además, las desmedidas demandas de suministros militares presentadas por Napoleón a los estados satélites no se satisficieron nunca; desde el primer momento existió una escasez fundamental de suministros médicos y de otros tipos. En Smolensk, los heridos hubieron de ser vendados con paja y papel de los archivos locales (**191**, cap. 5). En un verano de virulentos brotes epidémicos, había 60.000 hombres en el parte de enfermos antes del auténtico inicio de la campaña.

A principios de junio de 1812 Napoleón se unió a las fuerzas de avanzada de la *Grande Armée* en Königsberg tras haber asistido durante dos semanas a desfiles, procesiones y celebraciones en Dresde, concebidos para silenciar a los escépticos e intimidar a las testas coronadas de Europa (**188**, cap. 3). Su estrategia consistía en atraer hacia él a los ejércitos rusos para, luego, escindirlos y derrotarlos uno tras otro. Calculó que sólo necesitaría nueve semanas para hallarse en condiciones de dictar al zar una paz cartaginesa. En la orilla contraria del Niemen se encontraban frente a Napoleón el primer ejército de Barclay de Tolly, con 125.000 hombres, en el lado derecho ruso, y el segundo ejército del príncipe Bragation, compuesto por 47.000 soldados, en el flanco izquierdo, al sur de Vilna. La consecuencia de que el zar no quisiera nombrar un comandante supremo fue un gran cúmulo de fricciones entre los generales rusos.

Los ejércitos franceses cruzaron el Niemen para adentrarse en Rusia el 23 de junio. Barclay, no obstante, evitó una batalla campal retirándose deprisa al este de Vilna, mientras Bragation lograba escapar del ejército de Jerónimo Bonaparte en el sur. La ruta hacia el interior de Rusia no tardaría en convertirse en un calvario. El avance de la *Grande Armée* se realizaba con una penosa lentitud por carreteras malas o inexistentes, mientras que las líneas de los rezagados se extendían muy hacia atrás en la retaguardia. Cientos de caballos murieron por comer grano no madurado; un oficial contó los cadáveres de 1.240 a lo largo de la ruta de 80 kilómetros de Kovno a Vilna. La intendencia se derrumbó a los pocos días de cruzar el Niemen; y en el momento

en que las tropas de vanguardia llegaron a Vilna, los convoyes con los bagajes se hallaban lejos, en retaguardia. Insectos, diarreas y hambre ponían a la tropa fuera de combate. Aunque Napoleón se daba cuenta de que sería muy difícil que fuerzas tan enormes vivieran sobre el terreno, se les obligó pronto a hacerlo. Tampoco hubo suministros en Vilna, donde los lituanos se volvieron contra los franceses a raíz del pillaje y por la negativa de Napoleón a anunciar el restablecimiento del reino de Polonia (184, cap. 2).

Barclay abandonó los planes de ofrecer una resistencia prematura a los franceses y prefirió esperar a que el ejército de Bragation pudiera unírsele. Davout impidió que la unión se produjera en Vitebsk, y los dos comandantes rusos no consiguieron reunir sus fuerzas hasta Smolensk, a sólo 450 kilómetros al oeste de Moscú. Aquello significó un éxito para los franceses, pues los rusos juntaron finalmente sus fuerzas mucho más al este de lo que habían pretendido. Por otro lado, los rusos habían tenido mucho cuidado en no ofrecer al emperador francés la temprana batalla en campo abierto que tan desesperadamente necesitaba. En Moscú, Alejandro proclamó una «guerra nacional de resistencia en defensa de la madre Rusia», que continuaría mientras la *Grande Armée* permaneciera en suelo ruso (187, cap. 9). En el momento en que las fuerzas de Napoleón llegaron a Vitebsk, estaban tan desplegadas a lo largo de un frente amplio y su indisciplina había llegado a tanto debido a las incursiones y el pillaje, que fue necesario dejarlas descansar durante dos semanas a fin de restablecer la disciplina y la moral. El ejército había sufrido ya bajas equivalentes a dos grandes batallas y había sido hostigado constantemente por cosacos y partisanos mientras se abría paso luchando hasta Smolensk. Tras una breve resistencia, los rusos abandonaron esta ciudad y se retiraron a Moscú, donde el zar destituyó al «extranjero» Barclay, que era lituano, y nombró como comandante supremo a Kutúsov, corpulento y tuerto, voluntarioso y cauto. Clausewitz, que había dejado el ejército prusiano para formar parte del Estado Mayor ruso, comentó: «La llegada de Kutúsov reavivó la confianza en el ejército. El genio desafortunado de los extranjeros fue exorcizado por un auténtico ruso nativo... y nadie dudó de que la batalla tendría lugar pronto y detendría la ofensiva francesa» (191, cap. 5).

Instado por el zar, la corte y la nobleza, Kutúsov decidió enfrentarse y combatir, en contra de su mejor opinión, a 115 kilómetros al oeste de Moscú, junto al pueblo de Borodinó. Se levantó a toda prisa una línea de fortificaciones para proteger a sus 120.000 hombres y, cuando la *Grande Armée* avanzaba hacia el este para entablar combate, Kutúsov llevó a sus reservistas demasiado adelante, hasta ponerlos al alcance de la artillería francesa (**187**, cap. 12). Napoleón disponía de 130.000 hombres, casi 25.000 menos que en Smolensk, y 587 cañones frente a los 640 rusos. Personalmente, no se encontraba en su mejor momento en Borodinó. Antes de comenzar la batalla había recibido noticias de la derrota de Marmont en Salamanca seis semanas antes y, además, los efectos de un fuerte resfriado le habían dejado aletargado de manera extraña en él. Tras rechazar la sugerencia de Davout de realizar un amplio movimiento de flanqueo hacia el sur, optó por un ataque frontal contra las posiciones rusas, sobre todo porque carecía de tropas con la calidad necesaria para maniobrar con rapidez (**190**, cap. 2). La batalla de Borodinó duró de las seis de la mañana a las cuatro de la tarde, en que se fue apagando poco a poco por el agotamiento de ambos bandos. Aquella cruenta batalla de desgaste costó a la *Grande Armée* 28.000 hombres, incluidos diez generales. Larrey, el cirujano jefe, realizó 200 amputaciones en veinticuatro horas. Los rusos perdieron más de 40.000 soldados, incluido Bagration. Napoleón tuvo, pues, la gran batalla campal que buscaba, pero no una victoria abrumadora, ya que los rusos consiguieron retirarse ordenadamente de Borodinó dejando sólo 700 prisioneros (**67**, cap. 70). Según escribía en 1936 el gran historiador soviético Tarlé, «en definitiva, Borodinó resultó ser un gran triunfo moral del pueblo ruso sobre el dictador dominante en toda Europa» (**184**, cap. 5).

En Moscú, el Consejo de Guerra del zar decidió que la ciudad no podía ser defendida eficazmente, por lo que Kutúsov se retiró al sur para proteger las ricas comarcas cerealistas, llevándose consigo la mayor parte de la población de la capital. El 14 de septiembre, Napoleón y su vanguardia entraban a caballo en Moscú, pero dos días después de haberse instalado en el Kremlin, el gobernador ruso de la ciudad comenzó a provocar incendios con el fin de destruir mercados y almacenes. La enorme conflagración redujo a cenizas dos terceras partes de la ciudad. Napoleón se en-

contró en una situación peligrosa, pues le resultaba difícil impedir que sus hombres se convirtieran en una chusma incontrolable al saquear y depredar lo que quedaba de Moscú. Sus esfuerzos para persuadir al zar a firmar un paz fueron inútiles, pues aunque Alejandro hubiese deseado responder, se habría arriesgado a ser depuesto o incluso asesinado, de haberlo hecho. En vez de negociar, Alejandro reforzó el ejército de Kutúsov. Entretanto, los cosacos y los guerrilleros hostigaban las líneas de comunicación napoleónicas atacando convoyes de enfermos y heridos y asaltando columnas de suministros. Campesinos implacables degollaban a los rezagados.

Napoleón acabó por darse cuenta de que no podía invernar en Moscú sin que la *Grande Armée* muriera de hambre. Decidió, por tanto, regresar a Alemania por una ruta algo más al sur de la que había tomado en su avance hacia la capital rusa. Esperaba encontrar en ella pueblos intactos y tener la posibilidad de vivir sobre el terreno antes de llegar a los depósitos de avituallamiento que había dejado a lo largo de la ruta de Smolensk a Vilna. El 19 de octubre, a los 120 días de iniciar la campaña, Moscú fue evacuado, mientras muchos *émigrés* residentes allí se unían a la retirada francesa. Los rusos atacaron de inmediato en una serie de acometidas a los flancos que empujaron hacia el norte, hacia el camino a Smolensk, a la *Grande Armée*, formada entonces por 107.000 hombres además de miles de civiles y carromatos con botín conseguido en Moscú. De ese modo, la *Grande Armée* se vio obligada a regresar a Smolensk por la misma ruta por donde había avanzado hacia Moscú, y a pasar por el campo de batalla de Borodinó, sembrada aún por los cadáveres desnudos y mutilados de los soldados franceses. Kutúsov se sentía absolutamente satisfecho al seguir empujando a la *Grande Armée* hacia el oeste, fuera del suelo ruso, juzgando correctamente que Napoleón sería incapaz de conservar unido su Imperio tras un fracaso tan colosal.

Las experiencias de la *Grande Armée* durante su retirada de Moscú se han convertido en sinónimo de sufrimiento. Los hombres se mantenían ya de la carne de los caballos, se derrumbaban a causa de las enfermedades y eran atacados constantemente por merodeadores rusos. Antes incluso de que aparecieran la nieve y el frío intenso, la sección principal de la *Grande Armée* se había reducido a 55.000 hombres y 2.000 caballos. La nieve comenzó a

caer el 6 de noviembre, justo antes de que alcanzaran Smolensk. Tras detenerse durante sólo cinco días —pues no había comida en la ciudad y los ejércitos rusos presionaban por los flancos—, las fuerzas de Napoleón partieron de nuevo hacia el oeste. En ese momento los rusos decidieron destruir el ejército francés en vez de permitirle escapar, impidiéndole llegar al río Beresiná y cruzarlo. Dos ejércitos rusos alcanzaron el río antes que los franceses y demolieron los puentes. Sin embargo, la *Grande Armée*, o, por lo menos, la mayor parte de lo que quedaba de ella, logró pasar al otro lado. Napoleón se escurrió habilidosamente entre los ejércitos rusos y descubrió un vado. Allí, el general Eblé, ingeniero jefe y comandante de las unidades de constructores de pontones, ordenó a 300 zapadores trabajar en el agua gélida entre témpanos de hielo. Aquel heroico esfuerzo de construcción salvó a la *Grande Armée*. Los *pontonniers* de Eblé tuvieron que reparar puentes bajo las andanadas de los morteros rusos. Cuando los puentes fueron finalmente incendiados para impedir la persecución de los rusos, habían cruzado unos 50.000 franceses, dejando tras de sí otros 25.000, en su mayoría civiles. Varios miles se habían ahogado al intentar cruzar penosamente las aguas heladas. La *Armée* había dejado de ser *grande* [**doc. 25**].

Los padecimientos continuaron con los ataques de los cosacos y temperaturas de 17 grados bajo cero. El 3 de diciembre, en Molodechno, Napoleón emitió un parte en el que describía los desastres de la retirada y acusaba a las condiciones atmosféricas. Dos días después dejó el ejército y emprendió viaje a París. Estaba profundamente preocupado por las noticias de la conjura de Malet. Malet era un conspirador monárquico apresado en 1806 y trasladado más tarde a un manicomio. Desde allí había difundido rumores de que Napoleón había muerto en Rusia. Con ayuda de cómplices escapó y anunció que se le había confiado la formación de un gobierno provisional. Llegó, incluso, a detener a Savary, el jefe de la policía, antes de que la conjura fuera descubierta y aplastada por el comandante de la guarnición de París. Lo que alarmó a Napoleón fue que tantas personas inteligentes hubieran admitido que su régimen estaba acabado, e ignorado los derechos de la emperatriz y el rey de Roma (**125**). Napoleón deseaba, pues, llegar a París antes de que las noticias del desastre ruso se difundieran por las cortes de Europa. Murat, a quien se

encomendó el mando de los restos de la *Grande Armée*, perdió por completo el control mientras se desvanecían los últimos vestigios de disciplina. Cuando los rusos tomaron Vilna al asalto, impidiendo al ejército descansar en la ciudad y obligándole a abandonar a 24.000 enfermos y heridos, la entereza de Murat se resquebrajó y entregó el mando a Eugenio, más capaz, antes de partir para su reino de Nápoles. El 11 de diciembre, Berthier escribía: «Se han perdido todos los esfuerzos humanos; sólo nos queda resignarnos» (**191**, cap. 10).

Aquello fue el fin, a pesar de que Ney libró una celebrada acción de retaguardia. «El más valiente de los valientes» fue el último hombre en dejar el suelo ruso, el 14 de diciembre de 1812. Sólo 25.000 hombres del principal ejército original de 400.000 regresó a la otra orilla del Niemen, más otros 70.000 de los ejércitos de los flancos. Se habían perdido unos 160.000 caballos y mil cañones. Los primeros supervivientes llegaron a Königsberg el 20 de diciembre; otros fueron goteando hacia diversos puntos de reunión en Prusia oriental, donde las tropas francesas nativas se encontraron en ese momento con una población hostil. De los 8.000 miembros de la Guardia Joven que habían dejado Moscú sólo sobrevivieron 400; y sólo 1.500 de los 24.000 soldados de Westfalia. El hecho de que los rusos hubieran perdido 200.000 hombres y que Kutúsov llegara al Niemen con un contingente efectivo de unos 40.000 únicamente fue de poco consuelo. Según se oyó decir a Murat poco antes de partir para Nápoles, «*nous sommes foutus*».

Las últimas batallas: 1813-1814

En cuanto los restos exhaustos de la *Grande Armée* cruzaron el Niemen, el general Yorck aceptó un acuerdo con los rusos en nombre del contingente de Prusia. Con sus 14.000 prusianos, los franceses habrían estado en condiciones de detener a los agotados rusos en el Niemen y el Pregel y dar a Napoleón la oportunidad de reunir nuevos ejércitos en Prusia oriental y Silesia. Los franceses, sin embargo, no tuvieron más remedio que retirarse a Alemania central, alentando a los rusos a cruzar su frontera y continuar la guerra en el oeste (**201**, cap. 6). Bajo la presión de

Stein y de los estentóreos grupos de patriotas, el dubitativo Federico Guillermo firmó con el zar el tratado de Kalisch, en febrero de 1813, con el fin de recuperar territorio prusiano perdido después de Jena y convencer a los príncipes alemanes para que participaran en una guerra de liberación (**202**). Los 120.000 reservistas de la *Landwehr* fueron movilizados en ese momento, obligando al ejército de Eugenio a evacuar Berlín y retirarse a oeste del Elba, al declarar Prusia la guerra a Francia.

Una vez que Prusia y Rusia se hubieron aliado contra Napoleón, la actitud de Austria era decisiva. Aunque Francia y Austria estaban vinculadas dinásticamente, el hecho de que Schwarzenberg retirara su fuerza austriaca de la *Grande Armée* en diciembre de 1812 fue un signo ominoso. Durante los primeros meses de 1813, Metternich practicó un complicado doble juego con la intención de proteger los intereses austriacos, apartando a los franceses de Europa central pero sin sustituirlos por ninguna otra gran potencia, y tampoco, por supuesto, por el coloso ruso. A diferencia de los británicos, Metternich se habría sentido satisfecho viendo a Napoleón conservar el trono de Francia (**206**, cap. 2). Pero el precio exigido por Austria a cambio de su neutralidad era la aceptación de una Prusia ampliada y el desmantelamiento del Gran Ducado de Varsovia y la Confederación del Rin. Aunque tales condiciones proporcionaban un fundamento realista a la paz, Napoleón las consideró inaceptables. Aun así, Austria dudó en unirse a los aliados hasta que, después de nuevos tanteos acerca de la paz, resultó claro que Napoleón no estaba dispuesto a hacer más concesiones que la devolución de las provincias ilíricas al emperador Francisco.

La desilusión surgida en Francia tras el fracaso de la campaña rusa y el desvanecimiento del apoyo popular a su régimen indujeron a Napoleón a luchar antes que buscar auténticas condiciones de paz [**doc. 26**]. Su principal objetivo a comienzos de 1813 era crear un nuevo ejército capaz de enfrentarse a rusos y prusianos. Sobre el papel reunió 500.000 hombres, pero las deserciones, las huidas y los retrasos en la movilización significaron que sólo pudo disponer de manera inmediata de la mitad de esa cifra para una campaña en Alemania. Al mismo tiempo se lanzó por toda Francia un llamamiento masivo para recabar suministros y equipo. Lo que no podía reemplazarse eran los 10.000 caballos perdi-

dos en Rusia. La falta de suficiente caballería resultaría ser una desventaja constante y fatal durante la inminente campaña, pues la única fuerza francesa de caballería adiestrada seguía enredada en el conflicto español (**68**, cap. 5; **31**, cap. 14).

En abril, Napoleón había reunido 225.000 hombres en Maguncia, con el proyecto de avanzar hacia Leipzig a través de Erfurt, obtener una rápida victoria y, luego, hacer retroceder a los aliados más allá del Elba. A finales de mes comenzó su maniobra y, el 2 de mayo, derrotó a Wittgenstein en Lützen, a las afueras de Leipzig. Sin embargo, la falta de caballería le impidió perseguir y destruir con todo rigor al ejército aliado, a pesar de que la victoria persuadió a Sajonia de la necesidad de renovar su alianza con Francia. Uniendo su ejército con la fuerza de Eugenio, Napoleón avanzó seguidamente con 120.000 hombres contra un ejército aliado en Bautzen, a 50 kilómetros al este de Dresde. El ejército de Ney marchó simultáneamente desde el norte para capturar la retaguardia aliada. La victoria francesa se desvirtuó una vez más por la incapacidad de llevar a cabo una persecución efectiva (**67**, cap. 77).

Durante el siguiente breve armisticio Napoleón perdió su ventaja numérica mientras se cerraba la red en torno a los franceses. Su persistente negativa a aceptar la frontera del Rin como base para un acuerdo de paz fortaleció la resolución de los aliados. Los plenipotenciarios diplomáticos de Castlereagh presionaron también sobre los monarcas europeos ofreciéndoles sustanciosas subvenciones británicas a cambio de firmar tratados de alianza contra los franceses (**208**). Bernadotte, en ese momento príncipe heredero de Suecia, fue convencido para que abandonara su guerra contra Dinamarca y se uniera a los aliados a cambio de una subvención británica y una promesa de apoyo por parte de Gran Bretaña para apoderarse de Noruega. Matternich se dejó persuadir para dejar de lado sus temores a que el zar firmara un acuerdo por separado con los franceses y aumentara su poder en Polonia y Alemania a favor de Rusia. El 11 de agosto Austria se unió por fin a la alianza contra Francia. Siempre se había mantenido que si las grandes potencias europeas dejaban de lado sus diferencias y se unían, Napoleón estaría acabado. Hasta aquel momento, Napoleón había conseguido siempre sacar al menos a un país fuera de cualquier alianza en su contra, pero esto resultaba ahora im-

probable, pues Alejandro y Federico Guillermo se comprometieron a no firmar una paz por separado. Los aliados se sentían animados por la evidente pérdida de movilidad y eficacia militar de los franceses, así como por las noticias de la victoria de Wellington en España en la batalla de Vitoria. A esas alturas, la cuestión era en gran medida un problema de recursos humanos. Los aliados podían disponer al menos de 800.000 hombres, además de amplias reservas, frente a los 700.000 de Napoleón que incluían una elevada proporción de reclutas bisoños.

La estrategia de Napoleón consistía en aquel momento en situar su centro en Dresde y en el territorio entre el Elba y el Oder, con una fuerza de 300.000 hombres, en un intento para aislar y derrotar por separado a los 120.000 suecos y pomeranios de Bernadotte, a los 95.000 prusianos de Blücher y a los 240.000 austriacos de Schwarzenberg. Pero los aliados tuvieron cuidado en evitar entablar batalla con el principal ejército francés y se concentraron, en cambio, contra fuerzas de segundo orden y menos preparadas antes de avanzar contra el propio Napoleón. En agosto de 1813 los aliados comenzaron a converger sobre Dresde, donde sucesivos encuentros produjeron fuertes bajas en ambas partes. Napoleón se impuso a Schwarzenberg, pero los mariscales Macdonald y Oudinot fueron derrotados por los prusianos. Aquello bastó para animar a los aliados a organizar una estrategia concertada y entrar a matar. Los príncipes alemanes, olfateando sangre, se apresuraron a unirse a los aliados. Al aparecer más tarde fuerzas rusas, Napoleón fue obligado inexorablemente a retroceder hacia Leipzig, y las bajas en combate, la deserción y las enfermedades devastaron sus ejércitos.

En octubre de 1813 Napoleón quedó inmovilizado en Leipzig con sólo 200.000 soldados frente a los 203.000 de Schwarzenberg, mientras avanzaban hacia él 54.000 más de Blücher y 85.000 de Bernadotte. Los franceses tuvieron unos momentos de vacilación fatales hasta decidirse a destruir las fuerzas de Schwarzenberg antes de la llegada de los otros dos ejércitos al campo de batalla. La incapacidad de Napoleón para lograr el primer día una victoria decisiva lo sentenció a la derrota. Dos días después, tras haber desertado los sajones, se vio superado en proporción de tres a dos tanto en hombres como en cañones al enfrentarse a una fuerza de 300.000 soldados. Tras toda una jornada

de lucha sangrienta tuvo que tocar a retirada. La «Batalla de las Naciones» costó a los franceses 38.000 bajas y 30.000 prisioneros. Los aliados perdieron 54.000 hombres, entre muertos y heridos, pero habían arrebatado el control de Alemania a los franceses, a quienes no quedó más remedio que retirarse con rapidez al Rin, dejando 100.000 soldados sitiados en fortalezas alemanas (**67**, cap. 80). La batalla de Leipzig supuso, por tanto, una clamorosa derrota para los franceses. Diezmados por el tifus, fueron empujados hasta las «fronteras nacionales» y forzados a defender la propia Francia. La única esperanza para Napoleón era que Austria, Prusia y Rusia se pelearan por el futuro de Alemania y Polonia y socavaran su propia alianza. Aquella esperanza de Napoleón era el temor de Gran Bretaña. Una intensa actividad diplomática por parte de los británicos en las cortes aliadas dirigida por el joven conde de Aberdeen concluyó en un tratado por el que los aliados acordaban continuar la guerra hasta liberar a Europa del dominio francés (**209**, cap. 12).

Con los aliados decididos a proseguir la guerra, Napoleón estaba condenado. Muchos franceses comenzaron a creer en ese momento que actuaba por su propio e intenso egoísmo y no en interés de su país. La confianza comercial cayó en picado; en el poder legislativo surgió una oposición que rechazó nuevos aumentos de impuestos y pidió libertades civiles y políticas, así como un acuerdo de paz. La respuesta de Napoleón fue prorrogar la legislatura. Según escribió a Savary: «No quiero tribunos del pueblo; que no olviden que yo soy el gran tribuno» (**31**, cap. 14). Algunos de sus principales subordinados le abandonaron entonces, en especial Murat, que comprometió el reino de Nápoles con la causa aliada. Napoleón, no obstante, insistió en luchar hasta el final. Tras haber sufrido 400.000 bajas en 1813, y con 200.000 soldados inmovilizados por Wellington en España, el emperador necesitaba reclutar otro nuevo ejército para la campaña de 1814 fuera como fuese, incluso mediante el alistamiento de prisioneros del ejército y adolescentes. La resistencia fue considerable. En el departamento de Tarn, por ejemplo, hubo 1.028 desertores de 1.600 llamados a filas. Al final se logró reunir penosamente unos 120.000 hombres para enfrentarse a una fuerza aliada de 350.000, por lo menos.

La principal preocupación de Napoleón era salvar París, corazón de su Imperio. Lo logró durante un tiempo, pues los aliados

discutieron sobre las condiciones de paz que se impondrían a Francia y no consiguieron coordinar los movimientos de sus ejércitos. La campaña defensiva de Napoleón en 1814, que se hallaba con la espalda contra la pared y disponía tan sólo de tropas bisoñas contra un número abrumadoramente superior, fue brillante [**doc. 30**]. Pareció recobrar toda su energía de carácter, su capacidad de concentración y su rapidez de ideas, pues sus movimientos desconcertaban constantemente a sus adversarios. Con sólo 30.000 hombres derrotó al ejército de Silesia de Blücher, compuesto por 50.000, en tres batallas libradas en febrero, si bien los prusianos fueron finalmente rescatados por sus aliados rusos. Volviéndose contra Schwarzenberg, Napoleón le obligó a retirarse del Sena y puso al descubierto el error estratégico de los aliados al actuar con ejércitos separados (**67**, XVI parte). Pero Napoleón no se mostró dispuesto a aceptar condiciones de paz ni siquiera en esa fase, y Castlereagh se aprovechó de nuevo de las crónicas penurias económicas de los aliados ofreciéndoles subvenciones a cambio de una firme decisión de derrocar al «general Bonaparte» [**doc. 29**]. Blücher y Schwarzenberg volvieron a presionar en marzo, pero Napoleón movió rápidamente sus batallones hacia el este y, en varias maniobras deslumbrantes que recordaban la campaña de Italia de 1796, colocó su ejército tras las fuerzas rusas y austriacas. De ese modo esperaba desviar a los aliados de su marcha hacia París. Al ser interceptados algunos despachos de Napoleón y mostrados al zar, éste ordenó a Blücher y Schwarzenberg que continuaran su avance sin tregua sobre la capital francesa, donde Talleyrand y varios senadores se encontraban entre quienes se preparaban prudentemente para la perspectiva de una restauración borbónica. Los ciudadanos de París no realizaron ningún intento de alzarse contra los invasores, y la resistencia quedó limitada a las regiones fronterizas. Marmont, con una fuerza reducida, ofreció una resistencia simbólica en las colinas de Montmartre antes de firmar la capitulación de la capital. Cuando Napoleón llegó a Fontainebleau el 31 de marzo de 1814, el zar cabalgaba ya en triunfo por París (**69**, cap. 17).

En una conferencia con los mariscales que le quedaban, Napoleón fue instado a abandonar una lucha desesperada contra un competidor abrumadoramente superior. En Francia se produjo

una grave crisis financiera y se extendió la fatiga por la guerra. Cuando Napoleón habló de otra campaña, sus mariscales se rebelaron. Ney, Lefebvre y Moncey le dijeron que el ejército no iba a seguirle. El Senado y el poder legislativo habían votado ya su deposición. Así pues, Napoleón no tuvo más remedio que abdicar a favor de su joven hijo, el rey de Roma, el 4 de abril. Tras comprobarse que esta decisión era inaceptable para los aliados, abdicó sin condiciones el 6 del mismo mes. Cinco días después, tras muchas discusiones sobre qué hacer con él, los aliados anunciaron que Napoleón sería exiliado a la isla de Elba, frente a las costas de Italia. Tras un incómodo viaje en el que marchó por Provenza entre muchedumbres realistas —que lanzaron piedras contra las ventanillas de la carroza y que, en Orgon, lo colgaron y fusilaron en efigie—, Napoleón llegó a Fréjus y se embarcó en el barco de la marina real inglesa *Undaunted*. Antes de concluir el mes, Luis XVIII fue repuesto en el trono de Francia por la voluntad de los aliados y una invitación del Senado francés. Las guerras revolucionarias y napoleónicas habían acabado, al parecer, después de veintidós años.

Una vez que los aliados decidieron deponer a Napoleón, la restauración de los borbones era inevitable. De hecho, había sido estipulada por Gran Bretaña y Rusia diez años antes (**216**). Lo que importaba era la forma que adoptaría la restauración. El estatuto de 1814 por el que Luis XVIII recuperaba el trono de sus antepasados establecía una monarquía constitucional según el modelo inglés. No habría indemnizaciones ni ejército de ocupación. Pero el tratado de París (30 de mayo de 1814) hizo hincapié de manera especial en la futura contención de Francia, circunscrita a partir de ese momento a las fronteras de 1792, rechazadas imperiosamente hacía poco por Napoleón. Los franceses conservaban las conquistas de Richelieu, Mazarino y Luis XIV, pero perdían la mayor parte de las logradas por la Revolución y Napoleón. Las colonias perdidas frente a Inglaterra durante la década de 1790 fueron recuperadas en gran parte, a excepción de Tobago, las islas Mauricio y algunas otras pequeñas islas. Sin embargo, ciertos anexos al tratado principal privaban a Francia de la mayoría de los atributos de la condición de gran potencia al arrebatarle influencia sobre sus vecinos menores y no permitirle disponer de fronteras que pudiera controlar con facilidad.

Francia quedó circundada por varios estados tapón. Austria recuperó el dominio del norte de Italia y sumó Venecia a Lombardía, mientras que el reino del Piamonte se reforzó con el añadido de Génova, además de vincularse a Austria por un tratado de defensa. Los Países Bajos del sur se unieron a Holanda, y Gran Bretaña accedió a financiar la construcción de fortalezas de protección a lo largo de la frontera francoholandesa. Se garantizó la independencia de Suiza. En Renania, zona tradicionalmente de influencia francesa, Prusia consiguió territorios y predominio. De ese modo, las tres fronteras que los ejércitos de Francia habían cruzado a menudo durante el siglo XVIII fueron reforzadas contra futuras agresiones francesas. Cuando los franceses constataron por fin el significado de la totalidad del acuerdo, se sintieron llenos de rencor, no tanto por la pérdida de territorio, cuanto por la exclusión de Francia de sus tradicionales ámbitos de influencia. Entretanto, según el Artículo 32 de la paz de París, las potencias europeas acordaron reunirse en un congreso general en Viena que se celebraría en septiembre «para completar las disposiciones del presente tratado» y redactar un acuerdo general para el continente.

Los Cien Días

Durante los diez meses de su exilio en Elba, Napoleón pasó el tiempo reorganizando la administración y la economía de la isla, sin perder de vista los acontecimientos de Francia y Europa gracias a sus agentes en la península italiana (**210**). En Francia no había sólo resentimiento por las condiciones del tratado de París, sino también una extendida hostilidad contra el régimen borbónico restaurado, que pronto se hizo impopular al no abolir los aumentos de impuestos más recientes decretados por Napoleón, mantener el servicio militar obligatorio y organizar continuas procesiones, desfiles y ostentosas ceremonias religiosas. La mayoría de los miembros del ejército napoleónico, irritados por los planes de desmovilización y las perspectivas de trato discriminatorio, así como por la reducción del rango de la Guardia Imperial, se mantuvieron mucho más leales al antiguo emperador que la mayoría de sus mariscales. Treinta mil oficiales se mostraron

contrariados al quedar con la mitad de su paga. Corrieron también rumores de que los borbones intentaban arrebatar a las clases propietarias lo que éstas consideraban un beneficio fundamental de la Revolución Francesa. Muchos de los componentes de las clases medias y la mayoría del campesinado tuvieron la convicción de que los borbones iban a devolver los *biens nationaux* —las tierras confiscadas a la Iglesia y a los *émigrés*— a sus propietarios de antes de 1789.

Entretanto, en el Congreso de Viena, las potencias litigaban ya por los planes para Europa central y oriental. Entre noviembre de 1814 y enero de 1815 la cuestión principal fue el futuro de Polonia y Sajonia. Metternich temía la expansión de Rusia hacia Europa central, gran parte de la cual había sido ocupada ya por el ejército del zar, y el predominio prusiano en el norte de Alemania. Rusia tendía a interpretar el concepto de «equilibrio de poder» concibiéndolo como una expansión propia, y no como una nivelación, y estaba resuelta a quedarse con toda Polonia, incluidos los territorios polacos de Prusia —por los que ésta podía recibir Sajonia a modo de compensación—. Pero si Rusia se quedaba con casi toda Polonia, y Prusia con toda Sajonia, la posición estratégica de Austria correría un grave peligro. El conflicto sobre la cuestión polaco-sajona fue causa de enfrentamientos y alianzas secretas contradictorias entre las potencias y proporcionó a Talleyrand la oportunidad de asociarse con Metternich e influir en el acuerdo según los intereses de Francia. Al final, Rusia obtuvo Polonia, y Prusia tres quintas partes de Sajonia.

El descontento en Francia y las disputas entre los aliados en Viena eran noticias gratas para Napoleón. Otros estímulos que le impulsaron a apostar por la recuperación de su Imperio fueron el hecho de que estaba quedándose sin dinero en la isla de Elba —pues los aliados tardaban en pagarle los 2.000.000 de francos que le habían asignado— y el haber oído hablar de propuestas sugeridas por los aliados para trasladarlo a las Indias occidentales o a Santa Elena. También se sintió espoleado por las acusaciones de cobardía que aún se le hacían. En vista de lo que parecía ser una combinación de circunstancias favorable, Napoleón decidió realizar una última jugada. En febrero de 1815 se hizo a la vela con algunos de sus guardias en su único barco de guerra y desembarcó en Francia, cerca de Antibes, el 1 de marzo. Con una

fuerza minúscula de 1.000 hombres y cuatro cañones apostó todo contra la impopularidad de los borbones fuera de zonas fuertemente monárquicas, y por el atractivo que ejercía su nombre sobre los soldados y campesinos franceses. Paradójicamente, los que acudieron a él en tropel fueron los trabajadores y campesinos, por quienes había hecho relativamente poco, mientras que los notables, máximos beneficiarios de su régimen, se mantuvieron en general distantes a la espera de los acontecimientos.

Evitando la hostil Provenza, viajó desde Cannes por rutas de montaña. En el Delfinado le dieron la bienvenida 2.000 campesinos que portaban antorchas de paja ardiendo y gritaban «*Vive l'Empereur*», enérgicamente animados por los soldados bonapartistas leales de la guarnición de Grenoble (**38**, IV parte, cap. 9). El mariscal Ney, enviado para detener al «usurpador» y llevarlo a París «en una jaula de hierro», fue conquistado en Auxerre por el encanto de su antiguo señor. El avance de Napoleón de Lyón a París fue una marcha triunfal. Tras la huida de Luis XVIII a Gante con una prisa indecorosa, el pueblo de París tributó a Napoleón una recepción entusiasta. Mostrando un oportunismo característico, prometió una Constitución reformada y la creación de un gobierno auténticamente liberal. Benjamin Constant se sintió sorprendido al ser llamado a las Tullerías e invitado a redactar un *Acte additionel* que equivalía a una nueva Constitución liberal (**108**, epílogo; **214**). El propio Murat cambió nuevamente de bando y se dispuso a llevar su reino de Nápoles a la guerra contra Austria en Italia; Fouché, Carnot y Luciano Bonaparte se mostraron dispuestos a formar parte de la nueva administración liberal en París. Sin embargo, el entusiasmo por Napoleón en Francia no fue tan hondo como había indicado su marcha triunfal a la capital, pues hubo abstenciones masivas en un plebiscito preparado precipitadamente.

Ahora que volvía a ser soberano de Francia de hecho, Napoleón esperaba poder alcanzar acuerdos de paz con Austria y Gran Bretaña y romper la coalición de 1814. Pero Metternich y los británicos animaron al renegado Talleyrand, rechazaron las propuestas de paz de Napoleón, lo declararon fuera de la ley y se unieron a Prusia y Rusia en una séptima coalición. Una vez que los aliados se hubieron negado a reconocerlo como soberano de Francia, la única opción de Napoleón era una rápida victoria militar que

uniera al país tras de sí. Se dedicó de nuevo a reclutar un ejército, pues contaba con más veteranos que en 1813-1814 debido al regreso al país de las tropas de las guarniciones y prisioneros de guerra. No obstante, se vio obligado a realizar levas obligatorias. Finalmente reunió menos de 300.000 hombres; un tercio de ellos fue necesario para proteger las fronteras y vigilar las zonas realistas. Estaba también enormemente necesitado de comandantes de primera categoría, y hubo de cargar con el impedimento de la muerte de Berthier, su inapreciable jefe de Estado Mayor. Desde el punto de vista estratégico se trataba una vez más de intentar derrotar por separado a los ejércitos aliados. Si golpeaba deprisa, antes de que rusos y austriacos tuvieran tiempo de cruzar la frontera oriental francesa, sería posible retener al ejército de Wellington, compuesto por 100.000 soldados, y a la fuerza prusiana de Blücher, de 120.000 hombres, mientras estaban aún dispersos e impedirles luego unirse, lo que le daría la oportunidad de derrotarlos uno tras otro.

A punto estuvo de conseguirlo. La reunión subrepticia de 120.000 soldados franceses en la frontera belga cogió a los aliados por sorpresa, mientras Napoleón avanzaba entre las fuerzas convergentes de Wellington y Blücher. Sin embargo, no logró realizar su plan estratégico. Ney se retrasó en su ataque a Wellington, dándole tiempo a obtener refuerzos y buscar una buena posición defensiva. Blücher fue rechazado en Ligny, como era de esperar, pero los franceses no fueron capaces de alejar a los prusianos hacia el este, según lo planeado. Cuando Wellington decidió entablar combate en las pendientes del Mont St. Jean, 81.000 prusianos avanzaban en su ayuda. En la batalla final de Waterloo, Napoleón careció de la energía y resolución que había mostrado durante la campaña de 1814. Confió demasiadas cosas al impetuoso Ney, que insistió en lanzar ataques suicidas contra las posiciones fortificadas británicas, donde los franceses fueron abatidos por el fuego asesino de mosquetes de las disciplinadas líneas británicas (**68**, cap. 5; **212**). Una vez que los prusianos comenzaron a unirse a Wellington en las primeras horas de la tarde, los franceses estuvieron perdidos. La propia Guardia Imperial, que nunca había fallado desde su formación, once años antes, emprendió una confusa huida ante la caballería británica. Wellington, cuyas líneas habían estado peligrosamente a punto de rom-

perse en varios puntos, hubo de agradecerlo todo a Blücher por mantener su palabra y apoyar honorablemente a su aliado (213, cap. 3; 67, XVII parte).

En París, el Senado y el poder legislativo, desilusionados y deseosos de deshacerse de Napoleón, ordenaron a la Guardia Nacional que impidiera cualquier intento de disolver las cámaras. Sólo uno o dos ministros estuvieron dispuestos a considerar la proclamación del rey de Roma como Napoleón II en un momento en que Wellington y Blücher avanzaban hacia París, seguidos por Luis XVIII y su corte borbónica «entre los bagajes de los aliados». Al faltarle apoyo en la capital, Napoleón abdicó por segunda vez antes de viajar a Rochefort. Esta vez buscó asilo entre los británicos y se embarcó voluntariamente en el *Bellerophon*, un navío de la armada inglesa enviado por el Almirantazgo para impedir que escapara a Estados Unidos. Napoleón ambicionaba instalarse como un caballero rural inglés, como lo había hecho durante algunos años su hermano Luciano. Pero el gobierno británico se negó a contemplar la idea de tener en su suelo un símbolo tan poderoso de la Revolución Francesa. En cualquier caso, los aliados habían confiado a los británicos la tarea de recluir a Napoleón en un lugar de donde no pudiese escapar (215).

Se decidió enviar a «Boney» con un reducido séquito personal, además de una numerosa guardia británica, a la rocosa isla de Santa Elena, en el Atlántico sur, a 1.600 kilómetros de la costa africana. Allí vivió hasta su muerte, en 1821, cuando le faltaba poco para cumplir cincuenta y dos años, escribiendo sus memorias, peleando con el severo gobernador británico, Hudson Lowe, y haciendo que se recogieran para la posteridad sus conversaciones e interpretaciones de los pasados acontecimientos. La naturaleza exacta de su enfermedad definitiva no ha sido diagnosticada nunca satisfactoriamente, pero fue probablemente un cáncer de estómago. Los británicos insistieron en que su cuerpo se quedara en Santa Elena, pero en 1840 dieron permiso para que los restos fueran llevados a Francia, donde se volvieron a sepultar con grandes ceremonias en *Les Invalides* de París. Cien años después, el cuerpo de su hijo legítimo, rey de Roma y duque de Reichstat, muerto en 1832, fue sacado de Viena por orden de Adolf Hitler para ser depositado junto al de su padre.

4. Valoración

Leyenda y realidad

Uno de los obstáculos que encuentran los historiadores para realizar una valoración equilibrada de la carrera de Napoleón es la fuerza de la leyenda napoleónica, que ha pervivido desde el Consulado hasta hoy y ha inspirado a novelistas, poetas y dramaturgos desde Byron y Victor Hugo hasta André Malraux, a músicos desde Beethoven hasta Prokofiev, a pintores del siglo XIX y a directores de cine del XX (**222**). El culto a la grandeza heroica de Napoleón fue un ingrediente importante incluso en el gaullismo de las décadas de 1950 y 1960.

El principal autor del mito napoleónico fue, por supuesto, el propio Napoleón. A partir de 1797 se sirvió de la propaganda de prensa, los partes de guerra, los desfiles y la censura para ensalzar su propia imagen (**111**, cap. 2). Pintores como Gros, David e Ingres fueron reclutados para proporcionar imágenes definitivas del héroe y superhombre. Hasta los mismos extranjeros se sintieron impresionados. Hegel, al contemplar la entrada del emperador en Berlín en 1806, exclamó que había visto el «espíritu del mundo». Durante su exilio en Santa Elena, Napoleón dedicó la

mayor parte del tiempo a adornar su propia leyenda y replicar a escritores como Germaine de Staël, Chateaubriand y Benjamin Constant, que lo estaban retratando como el «ogro de Córcega», más parecido al huno Atila y a Gengis Kan que a César o Carlomagno (126). Las conversaciones de Napoleón con el conde de Las Cases, publicadas en 1823 con el título de *Mémoriale de Saint Hélène*, constituyeron un hábil intento de interpretar su carrera y pintarse como el guardián de la libertad y la igualdad, promotor de la pacífica cooperación económica, heredero y defensor de los principios de la Revolución Francesa, un gobernante cuya autocracia fue una necesidad ineludible para defender a Francia contra las maquinaciones de Gran Bretaña y la doblez de los monarcas continentales ansiosos de preservar el feudalismo y la desigualdad (31, cap. 17). Napoleón afirmó que sus campañas fueron puramente defensivas, dirigidas a conservar el legado revolucionario frente a quienes deseaban acabar con las ventajas logradas en 1789 y restablecer a los borbones, o bien estuvieron concebidas para liberar y unificar pueblos fragmentados y oprimidos. Aunque Napoleón admitió que había maltratado a España a partir de 1808, se presentó, no obstante, como promotor del nacionalismo y el progreso frente a los paternalistas príncipes feudales: un auténtico «emperador del pueblo» que se mantuvo firme contra el oscurantismo y la reacción.

En algunas de estas afirmaciones había suficiente verdad como para que fueran tragadas indiscriminadamente por muchas personas de la generación más joven después de 1815. Aparte de los monárquicos fervientes, fueron relativamente pocos quienes estuvieron dispuestos a aceptar el razonamiento de Chateaubriand de que el emperador había sido siempre una fuerza esencialmente destructiva que despreció a la inmensa mayoría de sus prójimos y acabó con cualquier clase de opinión auténticamente libre. Quienes eran demasiado jóvenes para haber luchado en las campañas de Napoleón y sentían haber perdido la porción de gloria, aventura y excitación que les era debida contribuyeron a apoyar un culto a Napoleón floreciente ya en cantos y versos populares. Este culto proporcionó un héroe a una generación que Lamartine calificó de «aburrida», al hacer hincapié en la gloria y la conquista, la audacia temeraria y el dinamismo, ignorando las muertes, las mutilaciones y la pérdida de toda libertad política

significativa (**221**, cap. 2; **220**, I parte, cap. 3). Poetas y escritores románticos como Alfred de Vigny, Alfred de Musset, Victor Hugo y Honoré de Balzac se unieron a los nostálgicos de la vida anterior a 1815, cuya agitación contrastaba con la existencia bajo los borbones, rígidos y reaccionarios, o bajo la gris monarquía «burguesa» de Orleans a partir de 1830. En sus novelas, Stendahl retrató a jóvenes idealistas y románticos ansiosos por imitar a Napoleón para impresionar a la sociedad. Fuera de Francia, poetas como Heine, Manzoni y Pushkin contribuyeron a exaltarlo como la heroica figura de un Cristo crucificado por los aliados (**222**, cap. 5).

Cuando a partir de 1820 comenzaron a aparecer los biógrafos de Napoleón y los historiadores del Consulado y el Imperio, tendieron a dividirse entre admiradores y detractores. Las actitudes estaban siempre teñidas por la afiliación política del escritor. Antes de 1848 Napoleón fue idealizado por las personas de izquierda que constituían la oposición a los borbones y los orleanistas. Los historiadores y biógrafos de derechas, a menudo nacionalistas franceses fervientemente antibritánicos opuestos a los principios democráticos, glorificaron a Napoleón siguiendo en gran parte las líneas marcadas por el *Mémoriale de Saint Hélène*. A partir de 1871 ensalzaron al guerrero Napoleón para reprochar a Francia por su fracaso militar frente a Prusia y criticar a los políticos de la Tercera República por haber descuidado el ejército y evitado una guerra de desquite para recuperar Alsacia y Lorena y la «línea azul de los Vosgos» (**55**, introducción).

Los propagandistas políticos bonapartistas, sobre todo después de 1830 —cuando la revolución de aquel año volvió a situar en el poder a muchos generales y oficiales napoleónicos excluidos en 1815— ensalzaron el genio de Napoleón y propugnaron sus métodos como medio para reconciliar autoridad y democracia y desacreditar los parlamentos. A diferencia del realismo, que pretendía representar igualmente el mantenimiento del orden y la seguridad de la propiedad, el bonapartismo de la Francia del siglo XIX aspiró, mediante la interpretación de la carrera de Napoleón I, a preservar la obra de la Revolución afirmando los principios de la igualdad, de la apertura de la promoción al talento y de la abolición de los privilegios sociales (**224**, cap. 18). Durante la década de 1920, los detractores de Napoleón pertenecientes a la iz-

quierda aparecieron en primer plano y reavivaron la «leyenda negra» de Napoleón como hombre sanguinario, responsable de haber colocado a Francia en la vía que condujo a la masacre de Verdun en 1916. Los historiadores literarios de derechas, miembros generalmente de la *Académie française*, replicaron a los historiadores universitarios revitalizando al Napoleón amante de la paz y progresista, cuyo autoritarismo casi fascista fue necesario para impedir la disolución del orden social.

En su obra clásica *Napoleon: For and Against* (1944), el historiador holandés Pieter Geyl repasó magistralmente las diferentes interpretaciones de la carrera de Napoleón propuestas por historiadores franceses en lo que calificó de «querella interminable». Jean Tulard, en su magistral análisis de la leyenda napoleónica aparecido en 1977, lo retrató como el primero de una serie de «salvadores» apoyados por la burguesía francesa cuando sintió vitalmente amenazados sus intereses. Tras Napoleón, ese cometido fue realizado por Cavagnac, Luis Napoleón, Thiers, Clemenceau, Pétain y De Gaulle; de cada uno de ellos se esperó que resolviera alguna crisis importante, como un golpe de Estado, una revolución, la derrota en una guerra o la pérdida del Imperio (**222**, introducción). Las opiniones sobre Napoleón seguirán siendo diferentes. Según escribió Geyl: «Aunque para Dios pueda ser una, la verdad adopta muchas formas para los seres humanos» (**220**, I parte). Napoleón se puede contemplar como el dirigente dinámico de las fuerzas revolucionarias desatadas en 1789, cuyas miras y acciones estuvieron determinadas en gran parte por esas presiones inexorables. Es, en buena medida, el punto de vista adoptado por Tolstoi en su gran novela *Guerra y paz* (1869). Napoleón puede ser representado también como un aventurero sin principios cuyo genio debe más a la propaganda que a sus hazañas, como en la biografía publicada por Barnett en 1978. Se puede centrar la atención en sus logros constructivos, en especial en los planes de reforma legal y administrativa. También puede centrarse en la tiranía, la explotación y el derramamiento de sangre. Durante las guerras napoleónicas fueron bajas el 5,5 de los habitantes de Francia (el equivalente a un 23 por ciento de los hombres en edad militar), en comparación con el 3,4 por ciento de la Primera Guerra Mundial, mucho más breve, según es sabido.

Se puede admirar a Napoleón como una figura clave en el desarrollo del Estado moderno, con su enorme poder sobre las vidas de los ciudadanos individuales y el destino de la comunidad local (**55**, cap. 3). Es igualmente posible verlo como el precursor de las dictaduras totalitarias del siglo XX, a quien sólo le faltaba la tecnología del cine y la radio y una burocracia masiva para estar a la altura de Stalin, Hitler y sus sucesivos imitadores. Richard Cobb, que escribía desde un punto de vista extremadamente liberal e individualista, ha calificado el Consulado y el Imperio como el «régimen más atroz de Francia» (**122**, II parte, cap. 3). Se ha debatido mucho hasta qué punto la carrera y las medidas tomadas por Napoleón se basaban en los principios de 1789 y hasta en los de 1792. Napoleón cumplió y tergiversó al mismo tiempo el legado de la Revolución Francesa, echando por la borda principios políticos de gran aceptación, como la soberanía popular, pero preservando la igualdad ante la ley y los logros materiales de la burguesía y el campesinado más próspero. Es sin duda difícil ver al «heredero de la Revolución» en un soberano que, por ejemplo, amordazó a la prensa y restableció la esclavitud en las colonias francesas. Por otra parte, Napoleón mantuvo con firmeza el principio de la tolerancia religiosa; su actitud hacia los judíos puso en evidencia a muchos regímenes europeos posteriores. Otros asuntos debatidos son la cuestión de hasta qué punto Napoleón «fue el último déspota ilustrado»; en qué medida fue un «buen europeo», según afirmó durante su estancia en Santa Elena; o hasta dónde fue un dictador con una insaciable sed de conquista. Desde el punto de vista de los territorios conquistados, la abolición del feudalismo y la instauración de reformas legales y administrativas, ¿fueron suficientes como para contrapesar las exacciones financieras, la carga de las levas obligatorias y la puesta en práctica del Sistema Continental al servicio de los intereses económicos de Francia? Si se sopesan cuidadosamente los errores de Napoleón en Marengo, su actuación en Aspern-Essling y sus gigantescas torpezas al invadir España en 1808 y Rusia en 1812, se puede poner en duda, incluso, su genio militar.

Es evidente que cada escritor y hasta cada lector construyen su propio Napoleón a partir de la masa de pruebas disponibles. Sobre la Francia y la Europa napoleónicas se han escrito más libros que días han transcurrido desde la muerte de Napoleón en

1821. Los estantes de las bibliotecas se doblan por el peso de biografías, monografías y análisis políticos detallados. Su carrera militar, su gobierno y administración, su personalidad, su vida sexual y hasta su misma anatomía han sido sometidas a un minucioso escrutinio. Las editoriales siguen vertiendo libros que contienen todos los posibles razonamientos, incluidas las acusaciones de que estaba transformándose lentamente en mujer o que fue envenenado por arsénico contenido en el empapelado de Longwood, su residencia en Santa Elena.

En la interpretación de la carrera de Napoleón y su impacto en Francia y Europa hay muchas cosas que dependen no sólo de las predilecciones de autores y lectores, sino también de los aspectos concretos y las fases cronológicas particulares de la misma en los que se hace hincapié. Pocos pueden dejar de admirar al joven dinámico que fue Napoleón en Italia en 1796-1797 y su valentía al hacerse con el poder cuando otros generales de talento como Moreau y Joubert fueron presa de las dudas. Menos aún intentarán defender el asesinato del duque de Enghien o la matanza de 2.000 prisioneros turcos desarmados en Siria. Muchos coincidirán, quizá, con David Chandler cuando aplica a Napoleón el juicio de Clarendon sobre Cromwell: «Un gran mal hombre» (**68**).

Para los franceses, Napoleón seguirá siendo siempre fascinante como el compatriota que más impacto causó en el mundo. Los nacionalistas y los románticos ven su monumento en el Arco del Triunfo o las banderas de Los Inválidos. Los marxistas, en cambio, no lo consideran mucho más que el instrumento dócil de la burguesía segura de sí y en expansión —el servidor de un capitalismo naciente (**33**)—. Otros lo valoran por las leyes e instituciones que legó a Francia y que aún perviven modificadas. Los no franceses son, como es comprensible, más inmunes a los efectos de la leyenda napoleónica y tienden, por tanto, a destacar los aspectos más oscuros de su régimen y la faceta cínica y calculadora de su personalidad. Es fácil, ciertamente, exagerar la influencia de Napoleón tanto en Francia como en Europa. Probablemente, Francia cambió menos entre 1800 y 1815 que entre 1785 y 1800. El régimen de Napoleón no duró lo suficiente como para alcanzar una auténtica estabilidad. Las élites sociales no se integraron nunca en su sistema; la Iglesia recuperó pronto su espíritu ultramontano y nunca le fue completamente leal. La vida económica

cambió muy lentamente (52). El liberalismo europeo debió más a la Revolución que a Napoleón. Lo que queda de cierto es que el debate sobre la carrera y el impacto de Napoleón Bonaparte proseguirá durante el inmediato futuro, y no sólo en Francia, pues según escribió H. A. L. Fisher hace setenta años, «nunca se ha interpretado ante las multitudes de ningún país una fuga tan brillante sobre los temas gemelos del patriotismo y la gloria» (21, cap. 10).

Materiales

A. Documentos

Documento 1: El nuevo arte de la guerra

Clausewitz sirvió en el ejército prusiano desde 1792. Combatió en la campaña de Jena Auerstädt y, en 1812, en la guerra de Rusia, adscrito al ejército de este país. Su obra Vom Kriege, *publicada un año después de su muerte, en 1831, elevó a un nuevo nivel el estudio de la guerra.*

«Así [antes de 1789] la guerra se convirtió, en realidad, en un juego reglado en el que el tiempo y la fortuna barajaban las cartas; pero, en cuanto a su significado, no era más que diplomacia un tanto intensificada; un modo más vigoroso de negociar en el que batallas y asedios sustituían a las notas diplomáticas. El objetivo de, incluso, los más ambiciosos era obtener alguna ventaja moderada susceptible de ser utilizada en las negociaciones de paz... El saqueo y la devastación del país enemigo... no correspondían ya al espíritu de la época. Se consideraban, sin más, una barbarie innecesaria que podría provocar fácilmente represalias... La guerra, por tanto, se limitó cada vez más al propio ejército, tanto en lo relativo a los fines como a los medios...

Así estaban las cosas cuando estalló la Revolución Francesa. Austria y Prusia recurrieron a su arte de la guerra de carácter diplomático; pero aquello resultó pronto insuficiente. Mientras, en 1793, según la manera habitual de ver las cosas, se pusieron todas las esperanzas en una fuerza militar muy reducida, apareció otra de la que nadie tenía la menor idea. La guerra había vuelto a ser un asunto del pueblo; y, además, de un pueblo de 30 millones, cada uno de los cuales se consideraba ciudadano del Estado... Con esta participación del pueblo en la guerra, en vez de un gabinete y un ejército, se puso en la balanza toda una nación con su peso natural. A partir de ese momento, los medios disponibles —los esfuerzos que podían ponerse en juego— no tuvieron ya límites definidos; la energía con que podía realizarse la propia guerra no encontraba ya ningún contrapeso y, en consecuencia, el peligro para el adversario había aumentado al máximo... Esta situación fue llevada al extremo por obra de Bonaparte, y ese poder militar, basado en la fuerza de toda la nación, avanzó sobre Europa haciendo añicos todo con tanta seguridad y certeza que, donde se enfrentaba únicamente con ejércitos a la antigua usanza, no podía dudarse ni un solo instante del resultado. Sin embargo, en el momento oportuno surgió una reacción. En España, la guerra se convirtió a su vez en asunto del pueblo...»

C. von Clausewitz, *On War*, ed. Cor. F. N. Maude, y trad. Cor. J. J. Graham, Routledge and Keagan Paul, 1908, Penguin ed. 1968, pp. 382-385.

Documento 2: Personalidad de Napoleón

Culaincourt fue una de las personas que tuvieron un trato más íntimo con Napoleón, y sus memorias son una fuente importante para la campaña de Rusia y en lo referente a detalles personales sobre el emperador.

«Cuando lo deseaba, podía haber en su voz capacidad de persuasión y fascinación; su expresión y su propia actitud le daban sobre su interlocutor una ventaja tan grande como la superioridad y flexibilidad de su mente. Cuando decidía ser fascinante, nadie lo era más que él... ¡Ay de quien admitiera una sola modificación!, pues, como interlocutor hábil, lo llevaba de concesión en conce-

sión hasta el extremo previsto por él, reprochándole alguna concesión previa si intentaba defenderse, suponiendo que implicaba de manera consecuente el punto que uno se negaba a concederle. Ninguna mujer fue nunca tan habilidosa como él para hacer a otro desear lo que era su propio deseo o para acceder a él cuando pensaba que le interesaba persuadir o, simplemente, lo quería. Estas reflexiones me traen a la memoria lo que dijo en una ocasión similar y que explica mejor de lo que podría hacerlo cualquier otra frase el precio que estaba dispuesto a pagar por el éxito: "Cuando necesito a alguien —dijo— no me ando con remilgos; le besaría el..."

El emperador necesitaba dormir mucho, pero podía hacerlo cuando quería, lo mismo de día que de noche... Estando en campaña se despertaba por cualquier cosa. El mismo príncipe de Neuchâtel [Berthier], que recibía, despachaba y conocía los planes de su majestad, no decidía nada... El emperador se ocupaba personalmente de los detalles más nimios. Solía mandar buscarme para que recibiera sus órdenes para los cuarteles generales, para los oficiales de ordenanza, para los de su Estado Mayor, sobre la correspondencia, los correos, el servicio postal, etc. Los oficiales con mando de la guardia, el controlador de la intendencia del ejército, Larrey —el excelente cirujano general—, todos eran convocados al menos una vez al día. Nada escapaba de su solicitud. En realidad, su previsión se podía calificar correctamente de solicitud, pues ningún detalle parecía demasiado humilde como para no ser objeto de su atención..., poseía una memoria asombrosa para los lugares. La topografía de un país parecía modelada en relieve en su cabeza. Nunca hubo otro hombre que combinara tal memoria con un genio más creativo. Parecía sacar hombres, caballos y cañones de las entrañas mismas de la Tierra. Las cifras distintivas de sus regimientos, las compañías de servicios de sus ejércitos y sus batallones de bagajes estaban todos clasificados en su cerebro de la manera más prodigiosa. Su memoria bastaba para cualquier cosa. Conocía donde se hallaba cada cual, cuándo había partido, cuándo llegaría a su destino...

Pero su genio creativo desconocía cómo conservar sus fuerzas. Improvisaba siempre, y en unos pocos días podía consumir, agotar y desorganizar por la rapidez de sus marchas todo lo que su genio había creado. Si una campaña de 30 días no producía los

resultados de un año de combates, la mayor parte de sus cálculos se iba al garete por las pérdidas sufridas, pues todo se llevaba a cabo con tanta rapidez y de manera tan inesperada, y los jefes a su mando poseían tan poca experiencia, mostraban tan poco cuidado y estaban, además, tan mal acostumbrados por sus anteriores éxitos, que todo se desorganizaba, desperdiciaba y malgastaba... Los resultados súbitos de las campañas de Italia y Austria y los recursos que esos países ofrecían al invasor malearon a todos, hasta el comandante menos importante, para practicar una guerra más rigurosa. El hábito de la victoria nos costó caro cuando fuimos a Rusia, y más caro aún cuando nos retiramos; la dichosa costumbre de avanzar siempre hizo de nosotros auténticos escolares cuando se trató de emprender una retirada.»

J. Hannoteau (ed.), *Memoirs of General de Caulaincourt, Duke of Vicenza 1812-13*, trad. H. Miles, Cassell, 1935, pp. 599-601.

Documento 3: La moral de las tropas

El éxito francés en la campaña italiana de 1796-1797 se debió en gran parte a la alta moral del ejército de Italia, y fue también, en parte, una creación de la prensa del ejército, publicada en Milán, distribuida gratis entre las tropas y difundida en Francia. Aquellos periódicos se dedicaban sobre todo a inculcar lealtad a Napoleón en el ejército francés.

«Se mueve a la velocidad de la luz y golpea como un rayo. Está en todas partes a la vez y no descuida nada... Si examinamos su vida doméstica, nos encontramos con un hombre que, felizmente, se despoja de cualquier grandeza cuando se halla en familia; tiene constantemente el aire de un hombre preocupado por algún plan grandioso, que interrumpe a menudo la comida y el sueño. Dice con sencilla dignidad a quienes respeta: "He visto reyes a mis pies; podría haber amasado una fortuna de 50 millones en mis arcas; podría haber pretendido ser alguien diferente del que soy; pero soy un ciudadano de Francia, soy el primer general de *La Grande Nation*; sé que la posteridad me hará justicia".»

Le Courrier de l'armée d'Italie, 23 de octubre de 1796; citado en J. Tulard, *Napoléon*, París, Fayard, 1977, p. 84.

Documento 4: ¡Viva el general Bonaparte!

La esposa del general Junot conocía a Napoleón desde su juventud. En este pasaje describe la recepción dada por él en París en 1797 como héroe conquistador tras su primera campaña en Italia. La ley del máximo era un sistema de control de precios impuesto durante la Revolución Francesa.

«Por más grande que sea la vanidad de Napoleón, ha debido de quedar bien satisfecha, pues, según he dicho, todas las clases se han unido para darle la bienvenida a su regreso a casa. El pueblo gritaba: "¡Viva el general Bonaparte!", "¡Viva el conquistador de Italia!", "¡Viva el pacificador de Campo Formio!". La burguesía decía: "¡Que Dios lo guarde en bien de nuestra gloria y para librarnos de la ley del máximo y del Directorio!". La clase alta, liberada ahora de la mordaza y de sus cadenas corría entusiasmada hacia aquel joven que, en un año, había pasado, de victoria en victoria, de la batalla de Montenotte al tratado de Leoben. A partir de entonces hemos podido ver sus fallos, incluso los graves, pero durante esa época se le consideró un puro y poderoso coloso de gloria. Todas las autoridades le han ofrecido magníficas fiestas; el Directorio ha aparecido en toda su absurda pompa, incluidos los mantos y los sombreros empenachados, lo que daba un aire un tanto ridículo a las cinco partes que componen el poder del Estado. Aunque las fiestas eran ya espléndidas de por sí, tuvieron el encanto adicional de conmemorar que se nos devolviera lo que considerábamos perdido. El dinero comenzó a circular de nuevo, y el resultado de todo ello fue que todos se sentían contentos.»

Laure, duquesa de Abrantes, *Mémoires*, París, Chez Ladvocat, 1831, vol. II, cap. 7, pp. 123-134.

Documento 5: El golpe de Estado de Brumario, noviembre de 1799

En una conversación con madame de Rémusat, en 1803, Napoleón recordó sus tácticas en el momento de los sucesos de Brumario.

«Actué con mucho cuidado. Fue uno de los periodos de mi vida en que me comporté con mayor sensatez. Visité al abate Sieyès y

le prometí que se aplicaría su farragosa Constitución. Recibí a los dirigentes jacobinos y a los agentes de los borbones. Escuché el consejo de todos, pero sólo lo di en interés de mis propios planes. Me oculté del pueblo porque sabía que, llegado el momento, la curiosidad de verme les haría correr tras de mí. Todos quedaron presos en mis redes, y cuando me convertí en jefe del Estado, no hubo parte de Francia que no depositara alguna especial esperanza en mi éxito.»

Paul de Rémusat (ed.), *Memoirs of Madame de Rémusat 1802-1808*, traducción de C. Hooey y J. Lillie, Sampson, Low, 1881, vol. I, p. 100.

Documento 6: Indiferencia de las masas de París

Los sans culottes *habían sufrido una salvaje represión tras los levantamientos de 1795 y no hubo más insurrecciones hasta 1830, aunque Napoleón desconfiaba del pueblo llano y mantenía la capital estrechamente vigilada por la policía.*

«La situación en el *faubourg* Antoine no es motivo de preocupación. No hay duda de que ciertos elementos descontentos intentan provocar agitaciones cada día, pero la inmensa mayoría de sus habitantes, aunque esté insatisfecha por la falta de trabajo y el estancamiento del comercio, se niega a unirse a ninguna clase de movimiento popular y es firmemente contraria a tomar la más mínima parte en dichos movimientos.»

Informe de la policía, 16 de mayo de 1800, Archives de la Préfecture de Police, París, serie Aa.

Documento 7: Entusiasmo popular por Napoleón

Lamartine, el poeta romántico y político liberal, nacido en Mâcon en 1790, fue hijo de un oficial del ejército miembro de la baja nobleza. Milly era el pueblo donde se hallaba la residencia campestre de Lamartine.

«El primer ejemplo de entusiasmo político que recuerdo y que me impresionó tuvo lugar en una plaza de pueblo contigua a

nuestra residencia. El entusiasmo fue el de un joven llamado Janin, mejor formado que sus vecinos y que enseñaba a leer a los niños de la parroquia. Cierto día salió de una casucha que servía de escuela al son de un clarinete y al redoble de un tambor. Tras reunir a su alrededor a los niños y niñas de Milly, les mostró los retratos de grandes personajes que vendía un librero ambulante que se hallaba a su lado: "Aquí —les dijo— aparece la batalla de las pirámides de Egipto, ganada por el general Bonaparte. Es ese hombre pequeño, delgado y moreno que corre por todas partes con un largo sable en la mano frente a esos montones de piedras bien talladas llamados pirámides". El librero ambulante pasó la tarde vendiendo ejemplares de aquella manifestación de gloria nacional que Janin explicaba a los viticultores. Su entusiasmo se difundió por todo el distrito. Así fue como experimenté la primera sensación de *la gloire*. Un corcel, una pluma y un sable poderoso se convirtieron en símbolos. Aquella gente fueron soldados durante largo tiempo, quizá para siempre. En las tardes de invierno, en las cuadras, hablaban de lo que vendía aquel librero ambulante y Janin era reclamado continuamente a sus casas para descifrar los textos de aquellas imágenes espléndidas y veraces.»

Alphonse de Lamartine, *Mémoires inédites*, París, Plon, 1870, p. 31.

Documento 8: El triunfo de Marengo

Thibaudeau, prefecto de Burdeos por aquellas fechas, había apoyado el golpe de Estado de Brumario y observó cómo la victoria de Marengo consolidó la posición y el prestigio de Napoleón en Francia.

«La victoria de Marengo decidió el destino de Italia y fue un feliz augurio para Francia. Se restableció la República Cisalpina, se liberó la República de Liguria y se preparó en secreto la anexión del Piamonte. El primer cónsul y la Iglesia católica establecieron una alianza en Milán. La Iglesia cantó los triunfos de Napoleón y lo trató como a un soberano. Los himnos de victoria y el sentimiento de alegría triunfal se difundieron hasta París y Burdeos y por toda la república. Nunca se había conocido una campaña tan breve, tan brillante y tan decisiva. Coronado de laureles, el Pri-

mer Cónsul atravesó Italia a toda prisa, puso la primera piedra de la restauración de la *place de Bellecour* en Lyón y, a continuación, regresó a París, pudiendo decir con justicia como César: *veni, vidi, vici*. Llegó el 13 de Messidor [2 de julio de 1800] a las dos en punto, con una herida leve causada por un accidente de su coche. Toda la población afluyó al patio y al jardín del palacio de las Tullerías. Los rostros de todos expresaban una alegría que no se había visto desde hacía mucho tiempo.»

Mémoires de A.-C. Thibaudeau 1799-1815, París, Plon, 1913, pp. 26-27.

Documento 9: Creencias heterodoxas de Napoleón

Napoleón afirmaba a veces ser un católico devoto, pero las conversaciones con Bertrand recogidas en Santa Elena ofrecen un punto de vista más real de sus auténticas creencias.

«12 de junio de 1816: el emperador habló luego sobre el Nuevo Testamento: "La fe nos garantiza la existencia de Jesucristo, pero faltan demostraciones históricas. Josefo es la única prueba, pero él mismo da únicamente detalles marginales que algunos consideran adiciones posteriores. Sólo dice que Jesucristo apareció y fue crucificado. Pero la historia está llena de hombres que han sido ejecutados como criminales y a quienes podríamos aplicar lo que se ha dicho de Jesucristo. Los evangelistas no nos ofrecen datos que puedan confirmarse y, en este sentido, escriben según algunos con considerable habilidad. Los evangelistas se contentan, extrañamente, con una moral sólida y unos pocos datos... Mahoma, en cambio, fue un conquistador y un soberano, y su existencia es indiscutible...".»

Général Bertrand, *Cahiers de Sainte-Hélène 1816-1819*, ed. P. Fleuriot de Langle, París, Albin Michel, 1959, pp. 64-65.

Documento 10: La codicia y ambiciones de Inglaterra

Este extracto de una larga diatriba editorial escrita por el propio Napoleón y publicada en el periódico oficial del gobierno, Le Moniteur, *describía la reanudación de la guerra en 1803 y el fin de la paz de Amiens atribuyéndolos enteramente a los británicos.*

«Si Francia tuviera ambiciones, proyectos e ideas de grandeza, ¿no habría mantenido Italia entera bajo su influencia directa? ¿No se habría anexionado la República Bátava, Suiza y Portugal? Pero, en vez de estas fáciles adquisiciones, propone prudentemente limitar su territorio y poder y acepta la pérdida del inmenso territorio de Santo Domingo, así como las grandes sumas de dinero y los ejércitos enviados para recuperar esa colonia. Realiza cualquier sacrificio para que pueda continuar la paz... Inglaterra, en cambio, para satisfacer sus pasiones malignas y demasiado vehementes, trastorna la paz del mundo, viola arbitrariamente los derechos de las naciones, pisotea los tratados más solemnes y quebranta su palabra de honor —ese honor antiguo y eterno que hasta las hordas salvajes reconocen y respetan religiosamente.

Un solo obstáculo se interpone en el camino de sus designios y ambiciones: la victoriosa, moderada y próspera Francia, su gobierno vigoroso e ilustrado; su ilustre y magnánimo dirigente. Ésas son las dianas de la delirante envidia de Inglaterra, de sus constantes ataques, de su odio implacable, de sus intrigas diplomáticas, de sus conspiraciones marítimas y de las denuncias oficiales de Francia a su Parlamento y sus súbditos. Pero Europa vigila, y Francia se arma. La historia lo dice: ¡Roma destruyó a Cartago!»

Le Moniteur, mayo de 1803.

Documento 11: Represión policial

Fouché fue una figura clave en el sistema de gobierno de Napoleón como ministro de Policía de 1799 a 1802 y de 1804 a 1810. El propio Napoleón creía con firmeza en una red policíaca eficiente, y en el presente pasaje revela su nulo deseo de tolerar la oposición de la Iglesia.

«A M. Fouché, ministro de la Policía General. París, 14 de febrero de 1806.

Veo en su boletín del 13 de febrero, en el artículo Deux-Sèvres, que esas señoritas, La Rochejaquelin y Gibot, y otras personas, han dado refugio a algunos sacerdotes disidentes. Dé ordenes para que se las destierre a ciudades del Delfinado, como Vienne, y tome medidas meticulosas para detener a esos sacerdotes.

Napoleón.»

L. Lecestre (ed.), *Lettres Inédites de Napoléon Ier*, vol. I, París, Plon, 1897, p. 65.

Documento 12: Policía y público

La policía dedicaba gran parte de su tiempo a observar la opinión pública y emitir partes diarios sobre los movimientos de los precios y las fluctuaciones en el mercado de valores. La coincidencia de malas noticias procedentes de España y la conspiración de Malet causaron preocupación en el gobierno.

«*París:* Hoy todos se sienten preocupados por España y por lo que está ocurriendo aquí. Como de costumbre, todo se exagera. El ministerio de Policía ha tomado medidas para acabar con los falsos rumores. La gente no se queja ya del elevado precio del café y el azúcar; muchos los aceptan y no se lamentan. La capital goza de la mayor tranquilidad. Los acontecimientos han demostrado que todos los temores a los que hemos intentado dar respuesta no son en realidad más que calumnias contra esta ciudad. Los agitadores son castigados por el desprecio público en que han caído...»

Ministerio de la Policía General, Boletín del 23 de junio de 1808, publicado en A. Aulard (ed.), *Paris sous le premier Empire*, vol. III, París, Cerf, 1923, p. 652.

Documento 13: La policía y el problema de la deserción

La policía de Fouché estuvo siempre preocupada con la cuestión de las bandas de desertores y organizó a menudo redadas contra ellas.

«*Boletín del sábado 3 de junio de 1809.* Región occidental. Medidas tomadas por el ministerio. En un número anterior del boletín de la policía sobre los problemas que inquietan la región occidental se determinó que los elementos fundamentales de estos estallidos son una masa considerable de prófugos y desertores cuya acumulación han permitido año tras año los prefectos en sus departamentos, a la vez que proporcionaban los correspondientes contingentes de reclutas. Pero, al mismo tiempo, la duración y persistencia de tales agitaciones revela que no se trata únicamente de agitaciones contra el servicio militar obligatorio, sino que son también obra de agentes ingleses y de elementos descontentos en esas regiones. Es de esperar que la entrega, espontánea o por la fuerza, de un gran número de reclutas desertores que constituyen una parte de las bandas arrojará cierta luz sobre la formación y actuación de las mismas, sobre quiénes son sus instigadores y quiénes las apoyan, sobre sus motivos y sus recursos...»

E. D'Hauterive (ed.), *La police secrète du premier Empire: Bulletins quotidiens addressés par Fouché à l'Empereur*, vol. V, París, Clavreuil, 1964, pp. 67-68.

Documento 14: El gobierno francés en Nápoles

Napoleón explicó claramente a los gobernantes de los reinos satélites que los intereses de Francia debían ser prioritarios.

«París, 8 de marzo de 1806.

Al príncipe José.

Querido hermano: Veo que en una de tus proclamas has prometido no imponer impuestos de guerra, y que prohíbes a nuestros soldados exigir pensión completa de sus hospedadores. En mi opinión, estás adoptando medidas entendidas de manera muy estrecha. No vas a ganarte a la gente engatusándola; y ese tipo de medidas no son las que te proporcionarán los medios para otorgar a tu ejército su justa recompensa. Recauda una aportación de 30 millones del reino de Nápoles; paga a tu ejército con generosidad; equipa de nuevo a tu caballería; haz confeccionar calzado y uniformes. Eso sólo se puede hacer con dinero. Por lo que a mí

respecta, sería demasiado ridículo que la conquista de Nápoles no proporcionara comodidad y bienestar a mi ejército. Es impensable que hayas de reducirte a tales extremos. Deja, si quieres, que decida yo tus asuntos..., no prometas preservar feudos o exenciones al margen del sistema fiscal, pues es necesario establecer en Nápoles impuestos sobre la propiedad rural y los documentos, lo mismo que en Francia; y, finalmente, si te ves en la obligación de otorgar feudos, será necesario que los des a franceses que mantienen la Corona.. No se me ha comunicado que hayas hecho fusilar a ningún *lazzarone*, pero sí me constan sus puñaladas. Si no te haces temer desde el principio, tendrás fatalmente problemas. La aplicación de impuestos no tendrá el efecto que imaginas; todos lo esperan y lo consideran perfectamente natural... Tus declaraciones al pueblo de Nápoles no permiten ver con suficiente claridad quien es el que manda. No ganarás nada con un exceso de caricias. Tanto el pueblo italiano como la gente en general acabarán rebelándose y amotinándose si detectan que no tienen sobre ellos un señor.»

Correspondance de Napoléon Ier, publiée par ordre de l'Empereur Napoléon III, vol. XII, Paris, Plon-Dumaire; 1863, n.º 9944, pp. 165-166.

Documento 15: Ventajas del gobierno francés

El pasmoso contenido de la primera frase revela la actitud de Napoleón frente a la «independencia» de sus hermanos «monarcas».

«Fontainebleau, 15 de noviembre de 1807.

A Jerónimo Bonaparte, rey de Westfalia.

Querido hermano: Encontrarás adjunta la Constitución de tu reino. Esta Constitución contiene las condiciones por las que renuncio a todos mis derechos de conquista y a todos los títulos adquiridos por mí sobre tu reino. Debes observarla fielmente. La felicidad de tu pueblo es importante para mí, no sólo por la influencia que puede tener en tu reputación y en la mía, sino también desde el punto de vista de la totalidad del sistema europeo. Renuncia a escuchar a quienes te dicen que tus súbditos, habituados a la servidumbre, acogerán con ingratitud los beneficios de

cuanto les ofreces. En el reino de Westfalia hay más ilustrados de lo que algunos quieren hacerte creer; y tu trono sólo se asentará realmente con la confianza y el afecto del pueblo. Los pueblos de Alemania desean impacientes que los hombres de talento que no son de rango noble tengan igual derecho a conseguir tu favor y los puestos de gobierno; también piden la completa abolición de todo tipo de servidumbre y vínculos intermedios entre el soberano y la clase más baja del pueblo. Las ventajas del Código Napoleónico, los juicios públicos y la introducción del jurado serán los rasgos distintivos de tu gobierno... Es necesario que tus súbditos gocen de un grado de libertad, igualdad y prosperidad desconocido hasta ahora entre los pueblos de Alemania; y que tu gobierno liberal produzca, de una u otra forma, cambios muy saludables para la Confederación del Rin y el fortalecimiento de tu monarquía. Ese método de gobierno será una barrera de separación entre ti y Prusia más poderosa que el Elba, las fortalezas y la protección de Francia. ¿Qué pueblo desearía regresar al gobierno arbitrario de Prusia tras haber saboreado los beneficios de una administración sabia y liberal? Los pueblos de Alemania, así como los de Francia, Italia y España, desean igualdad y piden exigen ideas liberales. He gestionado los asuntos de Europa durante bastante tiempo como para convencerme de que la carga impuesta por las clases privilegiadas es contraria a los deseos de la opinión general. Sé un rey constitucional.»

Correspondance, vol. XVI (1864), n.º 13361, pp. 166-167

Documento 16: Reprimenda a Luis Bonaparte

Tras haber sido nombrado rey de Holanda, Luis mostró una notoria tendencia a identificarse con los intereses de sus súbditos holandeses, y no con los de Francia y los de su hermano.

«Trianón, 21 de diciembre de 1809.

A Luis Napoleón, rey de Holanda.

He recibido la carta de vuestra majestad en la que me pedís que exponga mis intenciones respecto a Holanda. Lo haré con franqueza.

Cuando vuestra majestad accedió al trono de Holanda, una parte de la nación holandesa deseaba unirse a Francia. El estudio de su historia aumentó el aprecio en que tenía a esa noble nación y me llevó a desear que conservara su nombre y su independencia. Yo mismo redacté su Constitución, que sería el fundamento del trono en que coloqué a vuestra majestad. Esperaba que, al desarrollarse tan cerca de nosotros, mantendría ese afecto hacia Francia, que la nación francesa tiene derecho a esperar de sus hijos, y aún más de sus príncipes. Esperaba que, educado en mis principios políticos, sentiríais que Holanda, conquistada por mis súbditos, debe únicamente su independencia a la generosidad de éstos; que, al carecer de aliados y ejército, podría y merecería ser conquistada el día en que se opusiera a Francia; que nunca debería apartar su política de la mía; que, en definitiva, Holanda está vinculada a mí por tratados. Esperaba también que, al colocar sobre el trono de Holanda a un príncipe de mi misma sangre, habría hallado el *mezzo termine* que reconciliaba los intereses de ambos estados y los unía en preocupaciones comunes y un odio mutuo hacia Inglaterra; y me sentí muy ufano de haber dado a Holanda lo que mejor le convenía... Pero no tardé en darme cuenta de que era víctima de una ilusión vana. Mis esperanzas se han visto defraudadas. Vuestra majestad, al ascender al trono de Holanda, ha olvidado que es francés y ha utilizado toda la fuerza de la razón, mientras torturaba su delicada conciencia, para convencerse de que era holandés. Los holandeses proclives a Francia han sido menospreciados y perseguidos. Los franceses, tanto oficiales como de otro rango, se han visto acosados y desacreditados, y yo me he sentido mortificado al ver expuesto a humillación el nombre francés en Holanda bajo un príncipe de mi propia familia. Sin embargo, el honor del nombre de Francia se halla tan cerca de mi corazón, sin dejar de estar mantenido por las bayonetas de mis soldados, que ni en Holanda ni en ninguna otra parte quedará impune una difamación como ésa... ¿De qué pueden quejarse los holandeses? ¿No fueron conquistados por nuestras armas? ¿No deben su independencia a la generosidad de mis súbditos? ¿No tendrían que estar agradecidos a Francia por la apertura de las vías de navegación y las barreras aduaneras de nuestro país a su comercio?; agradecidos a Francia, que conquistó Holanda para protegerla y que, hasta este mismo momento, ha utilizado su po-

der sólo para consolidar la independencia holandesa. Así pues, ¿qué podría justificar la conducta de vuestra majestad, que insulta a la nación francesa y me ofende personalmente?... Vuestra majestad se engaña respecto a mi carácter, confundido por mi benevolencia y mis sentimientos amistosos. Habéis violado todos los tratados acordados conmigo; habéis desarmado vuestras flotas, licenciado a vuestras tripulaciones y reducido vuestros ejércitos, de modo que Holanda se encuentra sin fuerzas armadas en tierra y mar; como si los productos, los comerciantes y los empleados pudieran constituir un poder...

Vuestra majestad ha hecho aún más: se ha aprovechado durante un momento en que me hallaba en apuros en otras partes del continente para permitir la reanudación de relaciones entre Holanda e Inglaterra, violando las reglas del bloqueo —el único medio eficaz de reducir a la nada el poder inglés...—. Vuestra majestad hallará en mí un hermano, con tal de que yo encuentro en vos un francés; pero si olvidáis los lazos que os unen a nuestro país común, no se verá sorprendida desagradablemente si yo olvido la afinidad natural existente entre nosotros... Tengo suficientes quejas contra Holanda como para declararle la guerra...»

Lettres inédites de Napoléon Ier, vol. i, pp. 382-385.

Documento 17: El contrabando en Alsacia

Este informe enviado por el subprefecto de Altkirch al prefecto de Haut-Rhin en septiembre de 1805 representa de manera característica a muchos cursados por todo el Imperio francés. En ellos se revela la extensión de la práctica de eludir las regulaciones económicas y el bloqueo.

«Por desgracia, es demasiado cierto que el contrabando se practica a una escala aterradora desde el punto de vista de los intereses de nuestras fábricas y talleres y del de la Hacienda estatal... La opinión pública señala a muchos individuos, incluidos funcionarios del gobierno, que deben de estar implicados en él o lo protegen; se puede decir con seguridad que participan en él personas de clase alta y baja; estos últimos caen en él por el reclamo de los beneficios que les proporcionan las personalidades dirigentes pa-

gándoles espléndidamente por el paso de contrabando, que suele realizarse de noche.»

Archives Départamentales du Haut-Rhin, Colmar, P295. Texto francés citado en G. Ellis, *Napoleon's Continental Blockade*, Oxford University Press, 1981, p. 205.

Documento 18: El Sistema Continental: ¡Francia ante todo!

El Sistema Continental fue concebido no sólo como arma contra Gran Bretaña, sino también como instrumento de dominio económico francés sobre los mercados europeos. En esta carta, Napoleón refuerza su exigencia de que se conceda entrada libre a los productos franceses en Italia. Eugenio Beauharnais era su cuñado, por su primer matrimonio con Josefina.

«Saint-Cloud, 23 de agosto de 1810.

A Eugenio Napoleón, virrey de Italia, en Monza.

Querido hijo: He recibido tu carta de 14 de agosto. Al parecer, todas las sedas del reino de Italia marchan a Gran Bretaña, pues en Alemania no se manufactura seda. Como es obvio, desearía modificar esta ruta comercial en provecho de las manufacturas francesas, pues, de no ser así, mis productos sederos, el principal componente del comercio francés, sufrirían pérdidas considerables. No puedo aceptar tus observaciones. Mi lema es: Francia ante todo. Nunca debes perder de vista el hecho de que si el comercio inglés triunfa por mar, será debido a que los ingleses dominan los océanos; por tanto, es lógico que, al ser Francia superior en tierra, imponga en este ámbito el predominio de su comercio; de lo contrario, todo estará perdido. ¿No sería mejor para Italia acudir en ayuda de Francia en tales circunstancias, en vez de verse cubierta de puestos aduaneros? En efecto, sería muy necio no reconocer que Italia es independiente únicamente por la benevolencia de Francia, que esa independencia ha sido obtenida por sangre francesa y victorias francesas, y que Italia no debe abusar, evidentemente, de este hecho; y que sería, por tanto, muy imprudente intentar decidir si Francia debe o no obtener importantes ventajas comerciales... Italia no ha de hacer cálculos con independencia de la necesidad de garantizar la prosperidad de Francia; ha de aunar los intereses de Francia con los propios. Sobre

todo, tiene que evitar dar a Francia motivos para anexionarla, pues si Francia decidiera hacerlo, ¿quién podría detenerla? Así pues, tu lema debería ser: Francia ante todo.»

Correspondance, vol. XXI (1867), n.º 16824, pp. 60-61

Documento 19: Los horrores de la guerra

Este aterrador relato del día siguiente a la batalla de Eylau, librada en medio de una tormenta de nieve el 8 de febrero de 1807, fue escrito por un cirujano de las fuerzas francesas y enmienda la plana al famoso cuadro romántico del campo de batalla del barón Jean Antoine Gros.

«Nunca hubo tantos cadáveres apretujados en un espacio tan reducido. La nieve aparecía teñida de sangre por todas partes. La que había caído y la que seguía cayendo comenzaban a ocultar los cadáveres ante los ojos ultrajados de quienes pasaban por allí. Había cadáveres amontonados en los lugares donde crecían bosquecillos de abetos, tras los que habían combatido los rusos. Miles de mosquetes, gorros y corazas aparecían esparcidos por la carretera o en los campos. En la pendiente de una colina, cuyo lado contrario habían escogido los rusos por considerarlo una buena posición defensiva, había montículos de un centenar de cadáveres ensangrentados. Caballos heridos y lisiados, pero aún vivos, esperaban a que el hambre los hiciera caer a su vez sobre las pilas de muertos. Apenas habíamos cruzado un campo de batalla, llegábamos a otro, con cuerpos esparcidos por todos ellos.»

Percy, *Mémoires*, París, 1904; citado en J. Tulard, *Napoléon*, Fayard, París, 1977, pp. 192-193.

Documento 20: Optimismo en 1810

En 1810, los fracasos en España no habían hecho mella en la seguridad de Napoleón. Esta arenga fue pronunciada ante una delegación del colegio electoral de Dordoña.

«Mi aliado, el emperador de Rusia, y yo hemos hecho todo lo posible para traer la paz al mundo, pero no lo hemos conseguido. El rey de Inglaterra, que ha envejecido odiando a Francia, desea la guerra. Su estado [la locura] le impide darse cuenta del mal que esto supone para el mundo y calcular los resultados para su familia. Sin embargo, la guerra acabará y, luego, seremos más grandes, más fuertes y más poderosos de lo que nunca lo hemos sido. El imperio francés posee la vitalidad de la juventud; sólo puede crecer y consolidarse. El de mis enemigos se halla en sus años postreros; todo presagia su decadencia. Cada año que retrasan la paz del mundo no hace sino aumentar mi poder.»

Journal de Paris, 8 de febrero de 1810, citado y traducido en I. Collins, *Napoleon and his Parliaments*, Arnold, 1979, p. 92.

Documento 21: El matrimonio austriaco, 1810

Thibaudeau, prefecto de Marsella de 1803 a 1815, fue un republicano acérrimo a quien le interesaba poco la instauración del Imperio, y aún menos el matrimonio entre Napoleón y María Luisa, que hizo al «heredero de la Revolución» sobrino de Luis XVI. Thibaudeau, Fouché y Cambacérès habían sido antiguos miembros de la Convención y regicidas.

«Me hallaba a punto de salir de París cuando se firmó el contrato matrimonial entre Napoleón y María Luisa. Mi mujer tenía grandes deseos de asistir a la boda imperial, que prometía ser un interesante espectáculo. Pedí y obtuve una prolongación de mi permiso oficial. Estuve presente en la ceremonia del matrimonio civil invitado como consejero de Estado, en la galería del palacio de Saint-Cloud. Me hallaba al lado del mariscal Masséna... El mariscal estaba aún menos entusiasmado que yo con aquel matrimonio con una austriaca. Intercambiamos bromas durante la ceremonia, que fue tan gélida y lúgubre como un funeral. Sentí que ya tenía bastante. No tenía intención de entrar apretujado a la galería del Louvre para la ceremonia religiosa del día siguiente. Mi mujer acudió, pero yo preferí pasear libremente por las calles. Esperé en los Campos Elíseos para contemplar la llegada del cortejo imperial, que fue grandioso. Luego, circulé entre la muche-

dumbre, atraída sólo por simple curiosidad y que no demostró ni entusiasmo ni júbilo. No fui el único de los altos funcionarios del Estado que se mantuvo frío por aquel matrimonio que tanta ansiedad había provocado. Por lo que respecta a los hombres de la Revolución, ni el instinto ni la razón les llevaban a ver en él nada bueno. Fouché me lo explicó personalmente. En la actitud de Cambacérès detecté, a pesar de su cautela característica, tanto vergüenza como incomodidad.»

Mémoires de A. C. Thibaudeau 1799-1815, París, Plon, 1913, pp. 278-279.

Documento 22: Una guerra impopular

Macdonald fue el único mariscal nombrado en el campo de batalla, en Wagram, en 1809. Un ataque de gota le permitió dejar su ingrato cometido en España en septiembre de 1811.

«Tras su matrimonio, el emperador me nombró comandante en jefe del ejército de Cataluña y gobernador general del Principado, en abril de 1810. Abrigaba grandes reservas sobre la manera en que se llevaba la guerra en España; la raíz de mis reservas era la falta de honradez —o lo que en las altas esferas se llama política— que motivó la invasión del país; sin embargo, la noble y valerosa resistencia de sus habitantes triunfó sobre nuestros esfuerzos y armas. No obstante, obedecí y me puse en marcha. Llevé una vida muy activa, tan detestable como agotadora. El enemigo era omnipresente y, sin embargo, no podía encontrarlo en ningún lado, a pesar de viajar a lo largo y ancho de la provincia.»

C. Rousset (ed.), *Recollections of Marshal Macdonald, Duke of Tarentum*, traducción de S. L. Simeon, Richard Bentley, 1893, p. 186.

Documento 23: Reforma del ejército prusiano

Las derrotas de Jena y Auerstädt llevaron al ejército prusiano a adoptar no sólo nuevas tácticas, sino también nuevos reglamentos sobre la selección de oficiales, firmados por el rey Federico Guillermo el 6 de agosto de 1808.

«A partir de este momento, una petición de ascenso al rango de oficial en tiempo de paz sólo estará justificada por el conocimiento y la instrucción; y en tiempo de guerra, por un valor excepcional y por la rapidez de percepción. Por tanto, cualquier individuo de la nación que posea esas cualidades podrá aspirar a los más elevados puestos de honor en el ejército. Cualquier preferencia social existente hasta ahora cesa por entero en el ejército, y todos tienen iguales deberes y derechos sin consideración hacia su origen social.»

E. von Frauenholz, *Das Heerwesen des XIX. Jahrhunderts*, Múnich, 1941, pp. 121-123, citado y trad. en P. Paret, *Yorck and the Era of Prusian Reform 1807-1815*, Princeton University Press, 1966, p. 133.

Documento 24: La campaña rusa

El capitán Fantin des Odoards, veterano de Ulm, Austerlitz, Friedland y España y, en ese momento, granadero de la Vieja Guardia, escribió esta entrada en su diario el 1 de marzo de 1812, inmediatamente antes de salir de París hacia Metz para emprender la campaña rusa.

«Esta nueva campaña, que aumentará grandemente la gloria de Francia, está a punto de comenzar. Se han llevado ya a cabo los formidables preparativos y nuestras águilas volarán pronto hacia países cuyos nombres apenas conocieron nuestros padres... No hay que menospreciar, sin duda, al ejército ruso: no es fácil subyugar a una gran población atacada en su patria. España lo demuestra, pero, ¿qué hay que no pueda lograr el gran Napoleón? Además, no podemos evitar ir de visita a la ciudad favorita de Pedro, que mereció el nombre de "grande". San Petersburgo nos verá dentro de sus murallas, igual que Viena, Berlín, Roma, Madrid y tantas otras capitales. Luego, ya veremos.

En estas circunstancias comparto los pensamientos de todo el ejército. Nunca se ha mostrado tan impaciente por correr detrás de nuevos triunfos. Su augusto guía lo ha acostumbrado de tal modo a la fatiga, al peligro y la gloria que le resulta odiosa una

situación de descanso. Con tales hombres podemos conquistar el mundo.»

L. F. Fantin des Odoards, *Journal du Général Fantin des Odoards. Etapes d'un officier de la Grande Armée 1800-1830*; citado y trad. en A. Brett-James, *1812*, Macmillan, 1966, p. 11.

Documento 25: Los horrores de la retirada de Moscú

Al menos 25.000 personas quedaron atrás en el cruce del Beresiná, incluidas muchas mujeres, niños y émigrés *franceses residentes en Moscú que habían regresado con la* Grande Armée. *Rochechouart, un* émigré *francés teniente de la guardia imperial rusa, llegó al lugar donde los 50.000 hombres del ejército francés habían cruzado el río el 30 de noviembre de 1812.*

«¡No hay nada en el mundo tan triste y descorazonador! Se veían cuerpos de hombres, mujeres e incluso niños amontonados; soldados de todas las armas y naciones impedidos en su avance por los fugitivos o heridos por la metralla rusa; caballos, armones, cañones, vehículos de munición y carros abandonados. Imposible imaginar una visión tan aterradora como la aparición de los dos puentes destruidos y el río helado hasta el fondo. Inmensas riquezas yacían esparcidas en la orilla de acá de la muerte. Campesinos y cosacos merodeaban en torno a aquellas pilas de muertos, llevándose lo más valioso... En el puente vi sentada a una desdichada mujer; sus piernas pendían fuera de él y estaban apresadas en el hielo. Había apretado contra su pecho durante veinticuatro horas un niño congelado. Me suplicó que salvara a la criatura, ¡sin darse cuenta de que me alargaba un cadáver! A pesar de sus sufrimientos, parecía incapaz de morir, pero un cosaco le prestó ese servicio disparando una pistola contra su oído como para poner un fin a su atroz agonía.

Ambos lados de la carretera aparecían cubiertos de montones de muertos en todas las posiciones, o de hombres moribundos por el frío, el hambre, el agotamiento, con sus uniformes desgarrados e implorándonos que los hiciéramos prisioneros. Enumeraban todas sus capacidades, y nos asaltaban con gritos de: "Señor, lléveme con usted. Sé cocinar"; o "Soy camarero", o "Soy

barbero". "Por amor de Dios, déme un trozo de pan y un retazo de tela para cubrirme". Pero, desgraciadamente, por más que deseáramos ayudarles, no podíamos hacer nada.»

Général Comte de Rochechouart, *Souvenirs sur la Révolution, l'Empire et la Restauration*, París, 1889, pp. 187-90, citado y trad. en A. Brett-James, *1812*, Macmillan, 1966, pp. 260-261.

Documento 26: Desilusión en París

El coronel de Fezensac, ayuda de campo del mariscal Berthier, observó los malos presagios en la capital tras el fracaso de la campaña rusa.

«El breve tiempo que pasé en París aquel invierno me dejó un recuerdo triste y duradero. Hallé a mi familia, mis amigos y la sociedad en general presas del terror. El famoso parte número 29 del 17 de diciembre había informado bruscamente a Francia de que la *Grande Armée* había sido destruida. El emperador no era ya invencible. Mientras moríamos en Rusia, otro ejército perecía en España; y en París, un oscuro conspirador había intentado adueñarse del poder. La campaña de 1813 estaba a punto de comenzar, ¡pero en qué circunstancias! Ya no se dudaba de la defección de Prusia; la alianza austriaca era muy poco firme; y el agotamiento de Francia aumentaba en la misma proporción en que crecía la lista de sus enemigos. Las historias relatadas por oficiales que habían sobrevivido a la retirada contribuyeron a intensificar los temores de la gente. París, habituado a cantos de victoria durante los quince años anteriores, estaba conociendo día a día y con dolorosa sorpresa los detalles de alguna nueva calamidad pública o privada. Las diversiones del carnaval cesaron. Todos se quedaron en casa, preocupados por las actuales desdichas y el miedo ante el futuro.»

M. le Duc de Fezensac, *Souvenirs militaires de 1804 à 1814*, París, 1863, pp. 355-356.

Documento 27: El nacionalismo alemán

Fichte, antiguo jacobino, pronunció su Llamamiento a la nación alemana *en forma de lecciones durante el invierno de 1807-1808 en el Berlín ocupado.*

«Sólo nuestra característica común de ser alemanes nos permitirá conjurar el hundimiento de nuestra nación, amenazada por su fusión con pueblos extranjeros, y recuperar de nuevo una individualidad que puede apoyarse en sí misma y es incapaz de cualquier dependencia de otros... Sólo nosotros podemos ayudarnos, si hemos de esperar alguna ayuda... Mediante la nueva educación deseamos moldear a los alemanes para formar un cuerpo colectivo. El propósito general de estos llamamientos es infundir valor y esperanza a quienes sufren, proclamar la alegría en medio de una profunda pena, guiarnos con delicadeza y suavidad a través de la hora de honda aflicción... Basta que el alemán utilice todas sus ventajas para ser siempre superior al extranjero... Sólo los alemanes tienen realmente un pueblo y el derecho a contar como tal; sólo ellos son capaces de un amor auténtico y racional por su nación.»

Johann Gottlieb Fichte, *Addresses to the German Nation*, ed. G. A. Kelly, Harper and Row, 1968, pp. 98-100.

Documento 28: El servicio militar obligatorio en 1813

Cambacérès, segundo cónsul y, en ese momento, archicanciller del Imperio, era el primer gestor de Napoleón en Francia. Los borradores de 1.397 de sus cartas a Napoleón, descubiertos en Cuba en la década de 1950, son una importante fuente para conocer la actuación del gobierno imperial.

«5 de noviembre de 1813. Señor, el Consejo encargado por su majestad para asesorar sobre los medios de reclutar una nueva leva de 140.000 hombres y hallar una reserva de 60-80.000 se ha reunido hoy por segunda vez. Hemos escuchado al general D'Hastrel, quien nos aseguró que, según los últimos informes recibidos por él, el reclutamiento alcanzará los 140.000 hombres, tal como desea su majestad. Así pues, los resultados son ya buenos.

En cuanto los 60-80.000 hombres adicionales, se ha reconocido que no podemos seguir pensando en solteros, pues el último recluta disponible de esta categoría ha sido llamado ya a filas. No tenemos muchas pruebas de poder contar con la buena disposición de hombres casados para presentarse voluntariamente, pues la mayor parte han contraído matrimonio únicamente para no ser reclutados, y el precio de sustituirlos es tan elevado que una medida de ese tipo para comprar suplentes sería impracticable, a menos que reclutemos a gente casada. El general D'Hastrel propuso el llamamiento de las quintas de 1806 y 1807, y de hombres casados sin hijos de las de 1806-1810. Se han debatido estas propuestas y, al parecer, suscitan ciertos problemas, además de tener resultados inciertos. Por tanto, el Consejo aceptó la opinión del ministro del Interior consistente en llamar a filas a 100.000 hombres de la Guardia Nacional sin exenciones para los hombres casados. Para que esta medida resulte menos rigurosa, el Consejo decidió autorizar a los prefectos a que otorgaran pequeñas pensiones a las familias de aquellos cuya ausencia provocaría un gran sufrimiento. Al adoptar este punto de vista, el Consejo reconocía la dura ley de la necesidad.»

Cambacérès: Lettres inédites à Napoléon 1802-1804, ed. J. Tulard, París, Editions Klincksieck, 1972-1973, vol. II, pp. 1108-1109.

Documento 29: Se cierra el círculo

Durante la campaña de Francia de 1814, Castlereagh contribuyó de manera decisiva a mantener la unión entre los aliados y persuadir a Rusia y Austria de que abandonaran sus diferencias mediante el tratado de Chaumont, firmado en marzo.

«Considero más necesario que nunca conminarle a Ud. y a sus compañeros en los cuarteles generales a que no permitan abandonar lo sustancial de su paz. Según anunció Ud., se lo deben al enemigo, a ustedes mismos y a *Europa*; y ahora, más que nunca, sacrificará fatalmente tanto el efecto moral como el político si, bajo la presión de ligeros reveses, episódicos en la guerra, y de ciertas dificultades en su propio consejo, que espero concluyan pronto, el gran edificio de la paz sufre alguna desfiguración en

sus proporciones. Recuerde su posición militar... Si actuamos con prudencia *militar* y *política*, ¿cómo va a oponerse Francia a una paz justa pedida por 600.000 guerreros? Déjela hacer, si se atreve; y el día en que pueda exponer ese hecho a la nación francesa, esté seguro de que Napoleón estará dominado... Entre las potencias no puede haber, en buena razón, más que un interés: el de concluir noblemente la gran obra que han llevado casi hasta el final.»

Castlereagh a Metternich, 18 de febrero de 1814, citado en C. K. Webster, *The Foreign Policy of Castlereagh 1812-1815*, G. Bell, 1931, pp. 216-217.

Documento 30: Napoleón a María Luisa

En su campaña italiana de 1796-1797, Napoleón se reconfortaba escribiendo con regularidad a Josefina. Durante la de 1813-1814 envió frecuentes cartas a María Luisa, aunque solía dirigirse a ella como si se tratara de una niña. El grabado al que alude se vendió en miles de copias y adornó muchas paredes de casas humildes.

«Querida mía: Me has enviado un plato encantador con el retrato del rey de Roma en oración. Deseo que lo hagas grabar con este lema: «*Ruego a Dios que guarde a mi padre y a Francia*». Esta pequeña reproducción es tan interesante que agradará a todo el mundo. Te envío a Mortemart, capitán de artillería, con 10 banderas tomadas a los rusos, prusianos y austriacos. Estoy bien de salud. Los emperadores de Rusia y Austria y el rey de Prusia se hallan en Pont, el hogar de *Madam* [Pont-sur-Seine, finca de la madre de Napoleón]. Van a marchar precipitadamente hacia Troye. Mis tropas han entrado en Nogent y en Sens.

Da un beso a mi hijo, cuídate y no dudes nunca de mi amor.
Nap Montreau, 20 de febrero de 1814; 9 de la mañana.»

Lettres inédites de Napoléon Ier à Marie-Louise: Ecrites de 1810 à 1814, ed. Louis Madelin, Editions des Bibliothèques Nationales de France, París, 1935, carta 264.

B. Bibliografía

Sobre Napoleón y la Europa napoleónica se han publicado, por lo menos, 60.000 libros y artículos. La siguiente bibliografía es, por tanto muy selectiva, con cierta tendencia a ofrecer libros en inglés. Se pueden encontrar bibliografías más completas en Villat, L., *Napoléon*, París, Bibliothèque Nationale, 1936; Godechot, J., *L'Europe et l'Amérique à l'époque napoléonienne*, París, P.U.F., 1967, e *infra* **38**.

Para el contexto general del periodo, véase:

1 Bruun, G., *Europe and the French Imperium 1799-1814*, Nueva York, Harper, 1938.

2 Ford, F. L., *Europe 1780-1830*, Longman, 1970. [Ed. cast: *Europa desde 1780 hasta 1830*, Madrid, Aguilar, 1973.]

3 Hampson, N., *The First European Revolution 1776-1815*, Thames and Hudson, 1979. Magníficamente ilustrado.

4 Crawley, C. W. (ed.), *The New Cambridge Modern History*, vol. IX, *War and Peace in An Age of Upheaval 1793-1830*, Cambridge University Press, 1965. [Ed. cast: *Historia del mundo moderno*, vol. IX: *Guerra y paz en tiempos de revolución 1793-1830*, Barcelona, Sopena, 1987.]

5 Roberts, J. M., *The French Revolution*, Oxford University Press, 1978.

Entre la enorme variedad de fuentes primarias, se pueden consultar las siguientes:

6 *Correspondance de Napoléon Ier*, 32 vols., París, Plon-Dumaire, 1855-70.
7 Thompson, J. M. (ed.), *Napoleon's Letters*, Dent, 1954. Una selección.
8 Lecestre, L. (ed.), *Lettres inédites de Napoléon Ier*, París, Plon, 1897.
9 Hauterive, E. de, «Lettres de jeunesse de Bonaparte», en: *La Revue des Deux Mondes*, diciembre de 1931.
10 Howard, J. E. (ed.), *Letters and Documents of Napoleon 1769-1802*, Cresset press, 1961.
11 Herold, J. C. (ed.), *The Mind of Napoleon*, Nueva York, Columbia University Press, 1955.

En las bibliotecas más importantes se puede consultar la correspondencia (disimulada como *Mémoires*) de José Bonaparte (1856-58), Jerónimo Bonaparte (1861-66) y Eugenio de Beauharnais (1858-60), así como los *Documents historiques et réflexions sur le gouvemement de la Hollande (1820)*, de Luis Bonaparte.

Sobre la actuación del gobierno napoleónico son esenciales:

12 Bertrand, B. (ed.), *Talleyrand: lettres à Napoléon 1800-1809*, París, Plon, 1889.
13 Tulard, J. (ed.), *Cambacérès: lettres inédites à Napoléon*, 2 vols., París, Klincksieck, 1974.
14 Tulard, J., *Bibliographie critique des mémoires sur le Consulat et l'Empire*, Ginebra, Droz, 1971, enumera 794 volúmenes de memorias, con comentarios críticos. Entre las más importantes se hallan las siguientes:
15 Chair, S. de (ed.), *Napoleon's Memoirs*, Faber and Faber, 1948.
16 Chaptal, Comte de, *Mes souvenirs sur Napoléon*, París, Plon, 1893.
17 Ségur, Philippe-Paul de, *An aide-de-camp of Napoleon 1800-1812*, Hutchinson, 1895.

18 Thibaudeau, A-C., *Mémoires*, París, Plon, 1913.
19 Hanoteau, J. (ed.), *Memoirs of General de Caulaincourt, Duke of Vicenza*, Cassell, 1935.

Entre el gran número de biografías de Napoleón se cuentan:

20 Holland Rose, J., *The Life of Napoleon I*, G. Bell, 1902.
21 Fisher, H. A. L., *Napoleon*, Oxford University Press, 1912. Un clásico conciso.
22 Ludwig, E., *Napoleon* (1924), Arden Library, 1979.
23 Bainville, J., *Napoleon* (1932), Kennikot Press, 1970. Recoge el punto de vista de la *Action française*.
24 Kircheisen, F. M., *Napoleon* (1931), Arno Books, 1972.
25 Lefebvre, G. *Napoléon*, París, Presses Universitaires de France, 1935. Se trata de una obra maestra sobre la «vida y tiempo».
26 Thiry, J., *Napoléon Bonaparte*, 28 vols., París, Berger-Levrault, 1938-75.
27 Butterfield, H., *Napoleon* (1939), Macmillan, 1962.
28 Godechot, J., *Napoléon*, Paris, Presses Universitaires de France, 1969.
29 Thompson, J. M., *Napoleon Bonaparte: His Rise and Fall*, Blackwell, 1952.
30 Markham, F. M. H., *Napoleon and the Awakening of Europe*, English Universities Press, 1954.
31 Markham, F. M. H., *Napoleon*, Weldenfeld and Nicholson, 1963. Sigue siendo la mejor biografía en inglés. Ver también su ensayo en 4 *supra*.
32 Dowd, D. L., *Napoleon: Was He the Heir of the Revolution?*, Nueva York, Krieger, 1957.
33 Tarlé, E., *Napoléon*, Moscú, Foreign Languages Press, 1937.
34 Zagli, C., *Napoleone e l'Europa*, Nápoles, Cymba, 1969. Trata sobre todo la política exterior.
35 Cronin, V., *Napoleon*, Collins, 1971; Penguin, 1973. Muy favorable a Napoleón.
36 Jones, R. B., *Napoleon: Man and Myth*, Hodder and Stoughton, 1977.
37 Barnett, C., *Bonaparte*, Allen and Unwin, 1978. Un pintoresco ejercicio de descrédito.

38 Tulard, J., *Napoléon ou le Mythe du Sauveur*, París, Fayard, 1977. El mejor análisis general en un solo volumen y en cualquier lengua, escrito por el sucesor de Madelin y Lefebvre como decano de los estudios napoleónicos. Incluye una crítica perspicaz de la investigación reciente.

Sobre el clan napoleónico, véase:

39 Knapton, E. J., *Josephine*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1964.
40 Nabonne, B., *Pauline Bonaparte*, París, Hachette, 1964.
41 Connelly, O., *The Gentle Bonaparte: a biography of Joseph*, Nueva York, Macmillan, 1968.
42 Nabonne, B., *Le roi philosophe* [José], París, Hachette, 1949.
43 Bertault, J., *Le roi Jérôme*, París, Flammarion, 1954.
44 Oman, Carola, *Napoleon's Viceroy: Eugène de Beauharnais*, Collins, 1966.
45 Bernhardy, F., *Eugène de Beauharnais*, París, Armand Colin, 1973.
46 Martinet, A., *Jèrôme Napoleon: roi de Westphalie*, París, Payot, 1902.
47 Raillecourt, L. de, *Louis Bonaparte*, París, Peyronnet, 1963.
48 Lacour-Gayet, G., *Talleyrand*, 4 vols., París, Payot, 1928-34.
49 Cooper, Duff, *Talleyrand*, Jonathan Cape, 1932.
50 Thiry, J., *Cambacérès*, París, Berger-Levrault, 1934.
51 Papillard, F., *Cambacérès*, París, Hachette, 1961.

Entre los estudios generales en un volumen sobre el periodo napoleónico:

52 Bergeron, L., *L'Episode Napoléonien: Aspects intérieurs 1799-1815*, París, Seuil, 1972. Especialmente bueno sobre asuntos sociales y económicos.
53 Lovie, J. et Palluel-Guillard, A., *L'Episode Napoléonien: Aspects extérieurs*, París, Seuil, 1972.
54 Soboul, A., *Le Directoire et le Consulat*, «Que Sais-je?», París, Presses Universitaires de France, 1967. Un punto de vista marxista.
55 Soboul, A., *Le Premier Empire*, «Que Sais-je?», París, Presses Universitaires de France, 1973.

Sobre los inicios de la carrera de Napoleón, véase:

56 Colin, Commandant J., *L'Education militaire de Napoléon*, París, Chapelot, 1901. Un clásico.

57 Wilkinson, S., *The Rise of General Bonaparte*, Oxford University Press, 1930.

58 Mirtil, M., *Napoléon d'Ajaccio*, París, Flammarion, 1947.

59 Thiry, J., *Les années de jeunesse de Napoléon*, París, Berger-Levrault, 1975.

60 Chuquet, A., *La jeunesse de Napoléon*, 3 vols., París, Armand Colin, 1897-98.

61 Masson, F., *Napoléon chez lui*, nueva ed., París, Tallandier, 1977.

62 Parker, H. T., «The Formation of Napoleon's Personality», *French Historical Studies*, VII, 1971.

63 Holland Rose, J., *The Personality of Napoleon*, G. Bell, 1912.

64 Tourtier-Bonazza, C. de (ed.), *Napoléon: lettres d'amour a Joséphine*, París, Fayard, 1982.

65 Madelin, L. (ed.), *Lettres inédites de Napoléon Ier à Marie-Louise 1810-14*, París, Bibliothèque Nationale, 1935.

Sobre los cambios en el arte de la guerra durante la Revolución Francesa, véase:

66 *Annales historiques de la Révolution francaise*, 210, 1972: número especial sobre la guerra.

Sobre la contribución de Napoleón al arte de la guerra, véanse **56** y **57** *supra*, y:

67 Chandler, D., *The Campaigns of Napoleon*, Weidenfeld and Nicholson, 1967. Definitivo.

68 Chandler, D., *Napoleon*, Weidenfeld and Nicholson, 1973. El capítulo 6 resume el contenido de **67** *supra* para quienes no se sientan con fuerzas para leer sus más de mil páginas

69 Marshall-Cornwall, Gen. Sir James, *Napoleon as Military Commander*, Batsford, 1967.

70 Quimby, R. S., *The Background of Napoleonic Warfare*, nueva ed., Seeley Service, 1977.

71 Howard, M., *War in European History*, Oxford University Press, 1976. Una obra maestra de concisión.

72 Best, G., *War and Society in Revolutionary Europe*, Fontana, 1982. Muy estimulante.
73 Colin, Commandant J., *La campagne de 1796-97*, París, Chapelot, 1898.

Sobre los mariscales, generales, soldados y marinos napoleónicos, véase 53 *supra*, y:

74 Chardigny, L., *Les maréchaux de Napoléon*, Paris, Tallendier, 1979.
75 Macdonald, A. G. *Napoleon and his Marshals*, Macmillan, 1934.
76 Marshall-Cornwall, Gen. Sir James, *Marshal Masséna*, Oxford University Press, 1965.
77 Gallager, J., *The Iron Marshal* [Davout], Evanston, Illinois University Press, 1976.
78 Watson, S. J., *By Command of the Emperor: Marshal Berthier*, Allen Lane, 1957.
79 Six, Général G., *Les Généraux de la Révolution et de l'Empire*, París, Payot, 1947.
80 Lucas-Dubreton, J., *Soldats de Napoléon*, Paris, Tallendier, 1977.
81 Richardson, R. C., *Larrey: Surgeon to Napoleon's Imperial Guard*, John Murray, 1974.
82 Choury, M., *Les grognards et Napoléon*, París, Perrin, 1968.
83 Thomazi, A., *Les marins de Napoléon*, nueva ed., París, Tallendier, 1977.
84 Glover, R., «The French Fleet 1807-14», *Journal of Modern History*, 39, 1967.

Sobre las campañas italianas de Napoleón y su política en Italia, véanse 57 y 67 *supra*, y:

85 Ferrero, G., *The Gamble: Buonaparte in Italy 1796-97*, G. Bell, 1961.
86 Thiry, J., *Bonaparte en Italie*, París, Berger-Levrault, 1973.
87 Roberts, J. M., «Italy», en 4 *supra*.
88 Chandler, D., «Adjusting the Record: Napoleon and Marengo», *History Today*, 17, 1967.
89 Rodger, A. B., *The War of the Second Coalition 1798-1801*, Oxford University Press, 1964.

90 Ragsdale, H., «Russian influence at Lunéville», *French Historical Studies,* 5, 1968.
91 Godechot, J., «L'Armée d'Italie de 1796 à 1799», *Cahiers de la Revolution française,* 1936.
92 Ragsdale, H., *Detente in the Napoleonic Era: Bonaparte and the Russians,* Lawrence, Kansas, Regents Press, 1980.

Sobre Egipto y Oriente Medio, véase:

93 Herold, J. C., *Bonaparte in Egypt*, Hamish Hamilton, 1962.
94 Charles-Roux, F., *Bonaparte: Governor of Egypt*, Methuen, 1937.
95 Thiry, J., *Bonaparte en Egypte*, París, Berger-Levrault, 1973.
96 Puryear, V. J., *Napoleon and the Dardanelles*, Berkeley, University of California Press.
97 Crosland, M., *The Society of Arcueil*, Heinemann, 1967. Estudio realizado por destacados científicos franceses.

Sobre el Directorio y el golpe de Estado de Brumario, véase:

98 Lefebvre, G., *The Directory* (1937), Routledge and Kegan Paul, 1965.
99 Woronoff, G., *La république bourgeoise*, París, Seuil, 1972.
100 Lyons, M., *France Under the Directoy*, Cambridge, University Press, 1975.
101 Woloch, I., *Jacobin Legacy: the Democratic Movement under the Directory*, Princeton, Princeton University Press, 1970.
102 Goodspeed, D. J., *Bayonets at St Cloud*, Hart Davis, 1965.
103 Suratteau, J.-R., «Le Directoire aprés des travaux récents», *Annales historiques de la Révolution francaise*, 224, 1976.
104 Lynn, L.; Causley, D. y Hanson, P., «The Failure of the Liberal Republic in France 1795-1799: the road to Brumaire», *Journal of Modern History,* 51, 1979.
105 Church, C. H., «In Search of the Directory», en: Bosher, J. F. (ed.), *French Government and Society 1500-1850*, Athlone Press, 1973.
106 *La France à l'époque napoléonienne*, París, Armand Colin, 1970. Contiene 38 ensayos sobre todos los aspectos de la Francia napoleónica.

107 Godechot, J., *Les institutions de la France sous la Revolution et l'Empire*, 2 vols., París, Presses Universitaires de France, 1951. Véase también el ensayo de Godechot en **106** *supra*.
108 Collins, I., *Napoleon and his Parliaments*, Edward Arnold, 1979.
109 Canabis, A., *La Presse sous le Consulat et l'Empire*, París, Presses Universitaires de France, 1975.
110 Matthews, J. J., «Napoleon's Military Bulletins», *Journal of Modern History*, 22, 1950.
111 Holtman, R. B., *Napoleonic Propaganda*, Baton Rouge, Louisiana University Press, 1950.
112 Whitcomb, D., «Napoleon's Prefects», *American Historical Review*, 79, 1974.
113 Durand, C., «Conseils privés, conseils des ministres, conseils d'administration», *Revue d'histoire moderne*, 1970.

Sobre la Iglesia y el Concordato, véase:

114 Godel, J., «L'église selon Napoléon», *Revue d'histoire moderne*, 1970.
115 Dansette, A., *Histoire religieuse de la France contemporaine: L'Eglise catholique*, edición en un vol., París, Flammarion, 1965.
116 Macleod, H., *Religion and the People of Western Europe 1789-1870*, Oxford University Press, 1981, cap. 5.
117 Hales, E. E. Y., *Napoleon and the Pope*, Eyre and Spottiswoode, 1962.
118 Walsh, J., «Religion», en **4** *supra*.
119 Masson, F., *Le Sacre et le Couronnement de Napoléon*, nueva ed., París, Tallendier, 1979.

Sobre la policía, la oposición al régimen y la resistencia al servicio militar obligatorio, véase **109** *supra*, y:

120 Arnold, E. E., *Fouché, Napoleon and the General Police*, Nueva York, University Press of America, 1979.
121 Hauterive, E. de, *Napoléon et sa police*, París, Flammarion, 1945.
122 Cobb, R. C., *The Police and the People 1789-1820*, Oxford University Press, 1970.

123 Madelin, L., *Fouché*, 2 vols., París, Plon, 1901.
124 Tulard, J., «Quelques aspects du brigandage sous l'Empire», *Revue de l'Institut Napoléon*, 98, 1966. El autor mantiene que los salteadores y bandoleros no fueron eliminados nunca.
125 Villefosse, L. y Bouissounouse J., *L'Opposition à Napoléon*, París, Flammarion, 1969. Sobre la conspiración de Malet.
126 Tulard, J., *L'Anti-Napoléon*, París, Juillard, 1964. Edición de documentos.
127 Kitchin, J., *La Décade 1794-1807: un journal «philosophique»*, París, Fayard, 1965.
128 Vidalenc, J., «L'opposition sous le Consulat et l'Empire», *Annales historiques de la Révolution française*, 1968.
129 Chiappe, J.-F., *Cadoudal et la liberté*, París, Presses Universitaires de France, 1971.
130 Bertrand, J., *Bonaparte et le Duc D'Enghien*, París, Colin, 1972.
131 Lewis, G., *The Second Vendée*, Oxford University Press, 1978. Sobre el realismo católico en el departamento de Gard.
132 Vallée, G., *La conscription dans le département de la Charente 1797-1807*, París, Presses Universitaires de France, 1973.
133 Vidalenc, J., «La désertion dans le Calvados sous le premier Empire», *Revue d'histoire moderne*, 1979.

Sobre la educación, véase el número especial de *Annales historiques de la Révolution française*, 243, 1981, y:

134 Aulard, A., *Napoléon Ier et le monopole universitaire*, París, Plon, 1911.
135 Ponteil, F., *Histoire de l'enseignement*, París, Presses Universitaires de France, 1966.
136 Gontard, M., *L'enseignement primaire en France de la Révolution a la loi Guizot 1789-1833*, París, Les Belles Lettres, 1959.

Sobre los fundamentos sociales del régimen, véanse 52 *supra*, cap. 3, y 38 *supra*, III parte, cap. 2, y:

137 Tulard, J., «Problémes sociaux de la France impériale», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, 1970.

138 Tulard, J., «Les composants d'une fortune: le cas de la noblesse d'Empire», *Revue historique*, 1975.
139 Tulard, J., *La vie quotidienne des Français sous Napoléon*, París, Hachette, 1978.
140 Garaud, M., *La Révolution et la propriété foncière*, Paris, Presses Universitaires de France, 1960.
141 Chaussinaud-Nogaret, G.; Bergeron, L. y Forster, R., «Les notables du grand Empire en 1810», *Annales*, 1971.
142 Bergeron, L., *Banquiers, négociants et manufacturiers parisiens du Directoire à l'Empire*, 2 vols., Paris, H, Champion, 1975.
143 Boussier, A.-M y Soboul, A., «La grande propriété foncière à l'époque napoléonienne», *Annales historiques de la Révolution française*, 245, 1981.

Sobre la economía, véanse *supra*, **52**, cap. 7; **38**, IV parte, cap. 6; **142** y:

144 Bergeron, L., «Problèmes économiques de la France napoléonienne», en **106** *supra*.
145 Crouzet, F., «Wars, Blockade and Economic Change in Europe 1792-1815», *Journal of Economic History*, 1964.
146 Bouvier, J., «A propos de la crise de 1805», *Revue d'histoire moderne*, 1970.

Sobre la reanudación de la guerra en 1803 y sobre el esfuerzo británico, véase:

147 Christie, I. R., *Wars and Revolutions*, Edward Arnold, 1982, cap. 11.
148 Emsley, C., *British Society and the French Wars*, Macmillan, 1979.
149 Glover, R., *Britain at Bay 1803-14*, Alien and Unwin, 1973.
150 Sherwig, J. M., *Guineas and Gunpowder: British foreign aid in the war with France 1793-1815*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1969.
151 Howarth, D., *Trafalgar*, Fontana, 1971.
152 Lewis, M., *The Navy of Britain*, Allen and Unwin, 1948.
153 Lloyd, C., «Navies», en **4** *supra*.

Sobre las campañas de Napoleón contra Austria y Prusia, véase **67** *supra*, y:

154 Duffy, C., *Austerlitz*, Hampden, Conn., Archon Books, 1977.

155 Macartney, C. A., *The Habsburg Empire 1790-1918*, Weidenfeld and Nicholson, 1968, cap. 4.

156 Falk, M. A., «Stadion: adversaire de Napoléon 1806-1809», *Annales historiques de la Révolution française*, 1962.

157 Rothenburg, G. E., «The Austrian Army in the Age of Metternich», *Journal of Modern History*, xl, 1968.

158 Rothenburg, G. E., *Napoleon's Great Adversaries: The Archduke Charles and the Austrian Army 1792-1814*, Batsford, 1983.

159 Langsam, W. C., *The Napoleonic Wars and German Nationalism in Austria*, Nueva York, Columbia University Press, 1930.

160 Thiry, J., *Iéna*, París, Berger-Levrault, 1964.

Sobre el Imperio napoleónico, véanse **41-47** y **53**, *supra*, y:

161 Connelly, O., *Napoleon's Satellite Kingdoms*, Nueva York, Macmillan, 1965.

162 Tulard, J., *Napoléon et la noblesse d'Empire*, París, Tallendier, 1979.

163 Bergeron, L. y Chaussinaud-Nogaret, G., *Les Masses de Granit: cent mille notables du premier Empire*, París, Ecole des Hautes Etudes, 1979.

164 Berce, Y. M., «Société et police dans l'Ombrie napoléonienne», *Annales historiques de la Révolution française*, 220, 1975.

165 Fillippini, J.-P., «Livourne sous le premier Empire», *ibid.*

166 Kossman, E. H., *The Low Countries 1780-1940*, Oxford University Press, 1978, caps. 1-3.

167 Garnier, J.-P., *Murat*, París, Perrin, 1959.

Sobre el Sistema Continental, véanse **144** y **145** *supra*, y:

168 Crouzet, F., *L'économie britannique et le blocus continental 1806-1813*, 2 vols., París, Presses Universitaires de France, 1958.

169 Ellis, G., *Napoleon's Continental Blockade: the case of Alsace*, Oxford University Press, 1981.

170 Anderson, M. S., «The Continental System and Russo-British relations during the Napoleonic Wars», en: Bourne, K. y Watt, D. C. (eds.), *Studies in International History*, Longman, 1967.
171 Hecksher, E. F., *The Continental System*, ed. inglesa, Oxford University Press, 1922.
172 Holland Rose, J., «Napoleon and British Commerce», *English Historical Review*, 8, 1893.
173 Dufraisse, R., «Régime douanier, blocus, système continental», *Revue d'histoire économique et sociale*, 1966.
174 Gabillard, J., «Le financement des guerres napoléoniennes», *Revue économique*, 1953.

Sobre España y la guerra peninsular, véase:

175 Carr, R., *Spain 1808-1939*, Oxford University Press, 1966. [Ed. cast: *España 1808-1939*, Barcelona, Ariel, 1969.]
176 Williams, G. A., *Goya and the Impossible Revolution*, Allen Lane, 1976.
177 Lovett, G. H., *Napoleon and the Birth of Modern Spain*, 2 vols., New York University Press, 1965.
178 Herr, R., «God, Evil and Spain's Rising against Napoleon», en: Herr, R. y Parker, H. T. (eds.), *Ideas in History*, Nueva York, Columbia University Press, 1965.
179 Sarrailh, M., «La crise spirituelle et économique de l'Espagne à la fin du 18 siècle», *Journal of Modern History*, 27, 1955.
180 Glover, M., *The Peninsular War 1807-14*, David and Charles, 1974.
181 Glover, M., *Wellington as Military Commander*, Batsford, 1968.
182 Hibbert, C., *Corunna*, Batsford, 1961.
183 Thompson, W. F. K. (ed.), *An Ensign in the Peninsular War*, Michael Joseph, 1981.

Sobre la campaña rusa de 1812, véase:

184 Tarlé, E., *Napoleon's Invasion of Russia 1812*, ed. inglesa, Allen and Unwin, 1942; Octagon Books, 1970.
185 Palmer, A. W., *Napoleon in Russia*, André Deutsch, 1967.
186 Palmer, A. W., *Alexander I: Tsar of War and Peace*, Weidenfeld and Nicholson, 1974.

187 Josselin, M. y D., *The Commander: Barclay de Tolly*, Oxford University Press, 1980.
188 Thiry, J., *La campagne de Russie*, París, Berger-Levrault, 1969.
189 Niven, A. C., *Napoleon and Alexander I*, Nueva York, University Press of America, 1978.
190 Holmes, E. R., *Borodino 1812*, Batsford, 1971.
191 Brett-James, A., *1812: Eyewitness Accounts of Napoleon's Defeat in Russia*, Macmillan, 1966.
192 Uxkull, Baron B., *Arms and the Woman*, Seeker and Warburg, 1966. Un diario fascinante de la campaña rusa.

Sobre el desarrollo del nacionalismo y el resurgimiento de Prusia, véase **53** *supra*, IV parte, y:

193 Soboul, A. (ed.), *Patriotisme et nationalisme en Europe*, París, Société des Etudes Robespierristes, 1973; en especial el ensayo de Scheel sobre Alemania y el de Vicar sobre España.
194 Kohn, H., «Napoleon and the Age of Nationalism», *Journal of Modern History*, 22, 1950.
195 Simon, W. M., «Variations in Nationalism during the Great Reform period in Prussia», *American Historical Review*, 58, 1954.
196 Meinecke, Friedrich, *The Age of German Liberation 1795-1815* (1905), Berkeley, California University Press, 1977.
197 Koch, H. W., *A History of Prussia*, Longman, 1978.
198 Shanahan, W. O., *Prussian Military Reforms 1786-1813*, Nueva York, Columbia University Press, 1945.
199 Simon, W. M., *The Failure of the Prussian Reform Movement*, Ithaca, N. Y., Cornell University Press, 1955.
200 Craig, G. A., *The Politics of the Prussian Army*, Nueva York, Oxford University Press, 1955.
201 Paret, P., *Yorck and the Era of Prussian Reform 1807-15*, Princeton N. J., Princeton University Press, 1966.
202 Schmitt, H. A., «1812: Stein, Alexander and the crusade against Napoleon», *Journal of Modern History*, 31, 1959.
203 Dorpalen, A., «The German Struggle Against Napoleon: the East German View», *Journal of Modern History*, 49, 1969.

204 Parkinson, R., *The Hussar General: Blücher*, Peter Davies, 1975.

Sobre el hundimiento del Imperio, véase **147** *supra*, y:

205 Palmer, A., *Metternich*, Weidenfeld and Nicholson, 1972.

206 Kissinger, H. A., *A World Restored: Metternich, Castlereagh and the Problems of Peace 1812-22*, Gollancz, 1973.

207 Kann, R. A., «Metternich: a reappraisal of his impact on international relations», *Journal of Modern History*, 32, 1960.

208 Webster, C. K., *The Foreign Policy of Castlereagh 1812-1815*, G. Bell, 1931.

209 Hinde, W., *Castlereagh*, Collins, 1981.

210 Mackenzie, N., *The Escape from Elba*, Oxford University Press, 1982.

211 Brett-James, A., *The Hundred Days*, Macmillan, 1964. Antologia de relatos contemporáneos.

212 Howarth, D., *Waterloo: Day of Battle*, Fontana, 1972.

213 Keegan, J., *The Face of Battle*, Cape, 1976; cap. 3 sobre Waterloo. Es ya un clásico.

214 Cubberley, R. E., *The Role of Fouché during the Hundred Days*, Madison, Wis., Wisconsin University Press, 1969.

215 Thornton, M. J., *Napoleon After Waterloo*, Stanford, Calif., Stanford University Press, 1968.

216 Dakin, D., «The Congress of Vienna and its antecedents» en: Sked, A. (ed.) *Europe's Balance of Power*, Macmillan, 1979.

Sobre la leyenda napoleónica, véanse **15**, **110** y **111** *supra*, y:

217 Dunan, M. (ed.), *Le memorial de Saint-Hélène, par Comte de las Cases*, 2 vols., París, Flammarion, 1951.

218 Fleuriot, P. (ed.), *Napoleon at St Helena: Memoirs of General Bertrand*, Cassell, 1953.

219 Brookner, A., *Jacques-Louis David*, Chatto and Windus, 1981.

220 Geyl, P., *Napoleon: For and Against*, Cape, 1949.

221 Lucas-Dubreton, J., *Le Culte de Napoléon 1815-48*, París, Albin Michel, 1960.

222 Tulard, J., *Le Mythe de Napoléon*, París, Armand Colin, 1971. Edición de extractos documentales.

223 Chateaubriand, F.-R de, *The Memoirs of Chateaubriand*, ed. inglesa, Penguin, 1965.

224 Zeldin, T., *France 1848-1945*, vol. I, cap. 18, Oxford University Press, 1973.

C. Cronología

1769 15 de agosto. Napoleón nace en Ajaccio, Córcega.
1779 Abril, academia militar en Brienne, Champaña.
1784 Octubre, *École Militaire,* París.
1785 Septiembre, es nombrado teniente de artillería.
1786 Ayuda a aplastar a los trabajadores sublevados en Lyón; es enviado a Córcega para diecinueve meses.
1788 Junio, se reincorpora al regimiento en Auxonne.
1789 Septiembre, marcha a Córcega.
1791 Febrero, se reincorpora al regimiento en Francia.
Octubre, regresa a Córcega.
1792 Junio, en París.
10 de agosto; presencia el ataque a las Tullerías.
1793 Marzo-abril, en Córcega; huye a Provenza; escribe un panfleto favorable a los jacobinos.
Septiembre, se le entrega el mando de la artillería en el asedio a Toulón.
1794 Julio, ejecución de Robespierre; detención y encarcelamiento de Bonaparte durante un breve periodo.
1795 Octubre, ayuda a Barras a acabar con un alzamiento realista en París.

1796 Febrero, se le entrega el mando del ejército de Italia.
Marzo, matrimonio con Josefina de Beauharnais.
Mayo, victoria en Lodi; entrada en Milán.
Agosto, victoria en Castiglione.
Octubre, victoria en Arcola.
1797 Enero, victoria en Rivoli.
Febrero, toma de Mantua.
Abril, armisticio con los austriacos en Leoben.
Octubre, paz de Campo Formio.
1798 Mayo, expedición a Egipto.
Julio, batalla de las Pirámides.
Agosto, destrucción de la flota francesa por Nelson en la bahía de Abukir.
1799 Febrero, sitio de Acre, en Siria.
Julio, derrota del ejército turco en Abukir.
Agosto, deja Egipto y su ejército.
Octubre, desembarca en Fréjus.
9-10 de noviembre, golpe de Estado de Brumario.
Diciembre, Constitución del año VIII.
1800 Febrero, creación del Banco de Francia.
Junio, batalla de Marengo.
Diciembre, victoria de Moreau sobre los austriacos en Hohenlinden.
1801 Febrero, paz de Lunéville.
Julio, Concordato con el Papa.
1802 Marzo, paz de Amiens con Gran Bretaña.
Agosto, Napoleón es confirmado en plebiscito como Cónsul vitalicio.
1803 Mayo, reanudación de la guerra con Inglaterra.
Diciembre, reunión de una fuerza invasora en Boulogne.
1804 Marzo, secuestro y ejecución del duque de Enghien.
Mayo, el Senado proclama a Napoleón emperador de los franceses.
Diciembre, coronación en Notre Dame.
1805 Mayo, Napoleón es coronado rey de Italia en Milán.
Agosto, invasión de Alemania.
Octubre, vitoria francesa en Ulm; victoria de Nelson en Trafalgar.
Diciembre, batalla de Austerlitz, paż de Pressburg.

1806 Julio, creación de la Confederación del Rin.
Octubre, batallas de Jena y Auerstädt.
Noviembre, decreto de Berlín por el que se establece el Sistema Continental.

1807 Febrero, batalla de Eylau.
Junio, batalla de Friedland.
Julio, tratado de Tilsit; creación del Gran Ducado de Varsovia.
Noviembre, Junot ocupa Lisboa.
Diciembre, decreto de Milán por el que se que amplía el Sistema Continental.

1808 2 de mayo, levantamiento contra los franceses en Madrid.
10 de mayo, Carlos IV y Fernando ceden a Napoleón sus derechos sobre España .
Julio, José Bonaparte entra en Madrid como rey de España; derrota de un ejército francés en Bailén.
Septiembre, congreso de Erfurt.
Noviembre, Napoleón entra en España y recupera Madrid.

1809 Austria se une a Gran Bretaña en la guerra contra Francia.
Abril, batalla de Eckmühl.
Mayo, batalla de Aspern-Essling.
Julio, batalla de Wagram.
Octubre, paz de Viena.
Diciembre, divorcio de Napoleón y Josefina.

1810 Abril, matrimonio de Napoleón y María Luisa.
Julio, Napoleón anexiona Holanda a Francia.
Diciembre, Napoleón se anexiona la costa de Alemania septentrional.

1811 Wellesley (más tarde Wellington) expulsa a Masséna de Portugal.
Marzo, nacimiento del rey de Roma.

1812 Junio, cruce del Niemen e inicio de la campaña rusa; victorias británicas y españolas sobre los franceses en España.
Septiembre, batalla Borodino; los franceses entran en Moscú.
Octubre, los franceses inician la retirada de Moscú; conspiración de Malet en París.
Diciembre, supervivientes de la *Grande Armée* vuelven a cruzar el Niemen.

1813 Febrero, tratado entre Prusia y Rusia.
Mayo, victorias francesas en Lützen y Bautzen.
Junio, victoria de Wellington en Vitoria.
Octubre, batalla de Leipzig; Napoleón es obligado a retirarse al Rin.
Diciembre, los aliados invaden Francia.

1814 Febrero, victorias iniciales de Napoleón.
Marzo, caída de París en manos de los aliados.
Abril, abdicación de Napoleón.
Mayo, Napoleón es desterrado a la isla de Elba.

1815 Marzo, Napoleón desembarca en Francia; comienzo de los «Cien Días».
Abril, instauración de un nuevo régimen parlamentario en Francia.
Junio, batallas de Ligny, Quatre Bras, Waterloo; segunda abdicación de Napoleón.
Octubre, desembarco en Santa Elena.

1821 5 de mayo, muerte de Napoleón.

1840 Diciembre, sepultura de los restos de Napoleón en *Les Invalides* de París.

1940 Los restos del rey de Roma son trasladados de Viena a *Les Invalides*.

D. Índice alfabético

Acre, 27
agricultura, 54
alcaldes, 31
Alejandro I, 62, 64, 75, 93-98, 105, 108
Alsacia, 54, 71, 137
Amiens, paz de, 34-35, 61, 131
Arcola, batalla de, 23
armada británica, 26-27, 61-62, 70, 76
armada francesa, 26, 61-62
armamentos, 16-17
armas, *véase* armamentos
artillería, 17, 19, 63
Aspern-Essling, batalla de, 80-81, 117
atrocidades, 27, 77, 117-18
Auerstädt, batalla de, 66, 91
Augureau, general, 24-25, 56
Austerlitz, batalla de, 20, 52, 64
Austria, 17, 19-20, 22-24, 28, 32-34, 62-65, 69-71, 78-82, 84, 94, 101-5, 107, 108-9
Auxonne, 13

Bailén, batalla de, 75
bandoleros, 59
Barclay de Tolly, 95-96
Barnett, Correlli, 116
Barras, 14-15, 25
Bassano, batalla de, 23
Bautzen, batalla de, 102
Baviera, 34, 79, 81
Beauharnais, Eugenio, 83-84, 87, 100, 138-39
Beauharnais, Josefina, 15, 43, 81, 147
Bélgica, 24, 45, 71
Bennigsen, mariscal, 67
Beresiná, río, 99, 143-44
Berg, Gran Ducado de, 65
Bergeron, prof. Louis, 55
Berlín, 64, 66, 92, 145
Berlín, decretos de, 69, 72
Bernadotte, mariscal, 39, 63, 94, 102-3

Berthier, mariscal, 22, 56-57, 79, 100, 110, 125
Blücher, general, 103, 105, 110-11
Bonaparte, Carolina, 65, 86
Bonaparte, Jerónimo, 83, 86, 111, 134-35
Bonaparte, José, 74-78, 133-34
Bonaparte, Luis, 83, 86, 135-37
Bonaparte, Paulina, 57
Borodinó, batalla de, 39, 97-98
Brienne, 12
Brumario, golpe de Estado de, 28-31, 35, 40, 127-28
Burdeos, 54, 78
Busaco, batalla de, 77

caballería, 17-18, 66, 102
Cadoudal, conspiración de, 46
Cambacérès, 31, 47, 57, 141, 145-46
Campo Formio, tratado de, 24, 26, 32, 34, 127
Carlos IV de España, 73-74
Carlos, archiduque, 34, 63, 78-80
Carnot, 17, 19, 109
Castiglione, batalla de, 23
Castlereagh, 102, 105, 146-47
Caulaincourt, 124-26
Chateaubriand, 114
Cherasco, tratado de, 22
Clausewitz, 16, 96, 123-24
Cobb, prof. Richard, 117
Code Napoléon, véase Código Napoleónico
Código Napoleónico, 49-50, 52, 65, 84, 87
Confederación del Rin, 65, 84, 101
Consejo de Estado, 31, 43, 48, 49-50
Consejo de los Ancianos, 15, 29-30
Consejo de los Quinientos, 15, 29-30
Constant, Benjamin, 109, 114
Consulado, 30-31, 37-38
Córcega, 11-14, 37, 39
Corneille, 13
Crouzet, prof. François, 54

Dansette, Adrienne, 46
Danton, 60
Danzig, 68, 72
David, 40, 113
Davout, mariscal, 21, 56, 66
derecho, 49-50
Dinamarca, 34, 68-69, 84
Directorio, 15-16, 21-26, 28-29, 35, 47
Dresde, 102-3

Eblé, general, 99
economía francesa, 29, 53-55, 71-72
educación, 50-51
Egipto, 26-28, 34-35
El Cairo, 26-27
Elba, 61, 106, 107-8
Ellis, Dr. Geoffrey, 72
Enghien, duque de, 46, 118
Erfurt, 75, 102
España, 21, 71, 73-78, 79, 84-87, 89-90, 94, 102-4, 114, 117, 141, 142
Eugène, *véase* Beauharnais
Eylau, batalla de, 67, 139

Federico el Grande, 19, 69
Federico Guillermo III de Prusia, 64-66, 67, 100, 141
Fernando de España, 74-75
Fichte, 91, 145
finanzas, 53-54
Fisher, H. A. L., 119
Fouché, 41-42, 59, 109, 141
Francisco II de Austria, 34, 64, 79, 82, 101

Friedland, batalla de, 68
Fructidor, golpe de Estado de, 25

Génova, 11, 22, 32, 61-62, 84, 107
Geyl, Pieter, 116
Gneisenau, 91
Godoy, 73-75
Goya, 75, 77
Gran Bretaña, 25-26, 34, 54, 68-72, 102, 107
Gros, 40, 113, 139
Guardia Imperial, 19, 60, 79, 110

Hanover, 62-63, 86
Hegel, 113
Herder, 91
Holanda, 32, 35, 61, 70-71, 83, 86, 88, 107, 135-37
Hugo, Victor, 115

Iglesia, 41, 44-46, 48, 50, 51-52, 87, 90, 118
Ilustración, 13, 44, 49, 74, 90-91
industria, 17
Inglaterra, *véase* Gran Bretaña
Ingres, 40, 113
Institut de France, 26, 42
islas jónicas, 24, 35, 68, 71, 83
Italia, 12, 14-15, 18, 21-25, 28, 32-34, 45, 52, 57, 62-63, 66, 78-79, 87

jacobinos, 25, 29-30, 42, 44, 47, 128
Jena, batalla de, 17-18, 66, 78, 91-92
Jorge III, 43
Josefina, *véase* Beauharnais
Jourdan, general, 28, 29
Juan, archiduque, 79-80
judíos, 45, 117
Junot, general, 76

Kalisch, tratado de, 101
Kellerman, mariscal, 33, 56
Kléber, general, 28
Königsberg, 66, 67-68
Kutúsov, mariscal, 63-64, 96-98

La Coruña, batalla de, 76
Lamartine, 114, 128-29
Larrey, general, 97
Las Cases, conde de, 114
Lefebvre, mariscal, 56-57, 60, 89
Lefebvre, prof. Georges, 35
Legión de Honor, 56
Leipzig, batalla de, 21, 103-4
Leoben, preliminares de, 24, 127
Lodi, batalla de, 23
Luis XV, 11
Luis XVIII, 106, 109, 111
Luisa, reina de Prusia, 64
Lunéville, tratado de, 34, 62
Lützen, batalla de, 102
Lyón, 32, 109

Macdonald, mariscal, 141
Mack, general, 63
Malet, conspiración de, 99, 132
Malta, 26, 34-35, 61, 71
mamelucos, 27
Mantua, 23-24, 33
Marengo, batalla de, 33-34, 64, 117, 129-30
María Luisa, 82, 140-41, 147
Marmont, mariscal, 33, 63, 77, 89
Marsella, 54-55
Masséna, mariscal, 21, 32, 63, 77, 140
Meinecke, Friedrich, 91
Mélas, general, 32
Metternich, 81-82, 101, 108-9
Milán, 23, 32, 62
Milán, decretos de, 70
Moncey, mariscal, 106
Montebello, batalla de, 32

Montesquieu, 13
Moore, sir John, 76
Moreau, general, 22-24, 29, 32, 34, 46, 118
Moscú, 38-39, 96-98
Murat, mariscal, 39, 56-57, 65-66, 75, 83, 86-88, 99-100, 104, 109
Musset, Alfred de, 115

nacionalismo, 90-92, 145
Nápoles, 23, 28, 35, 61-62, 83-88, 133-34
Nelson, almirante, 26, 34, 62
Ney, mariscal, 56, 67, 76, 100, 106, 109-10
nobleza imperial, 56-57
nobleza, 11, 13, 57, 84
Novi, batalla de, 28

Oldenburg, ducado de, 71, 93
oposición, 58-59

Pablo, zar, 34
papado, 23, 45, 47, 52
París, 12-14, 22-23, 25-26, 30, 42, 48, 60, 64, 83-84, 99, 104-5, 109, 111
París, primer tratado de, 106-107
Pío VII, papa, 43, 45, 52, 82
Pirámides, batalla de las, 27, 129
Pitt, William, 34
plebiscitos, 31, 35, 58, 109
población, 17
poder legislativo, 31, 41, 104, 106, 111
policía, 42, 58, 90, 132-3
Polonia, 18, 67-68, 70, 93, 108
Portugal, 35, 68-69, 71, 73-74, 76, 83
prefectos, 31, 47-48, 56-57
prensa, 41, 126
propaganda, 20, 47-48, 64, 126, 128-29, 131
Prusia, 17, 19, 34, 64-66, 66-67, 78, 80, 91-92, 93-94, 100-6, 108, 141-42
Pultusk, batalla de, 67

realistas, 29, 42, 44, 46, 59, 99, 115
República Cisalpina, 24
República Cispadana, 24
republicanos, 46, 82
Rivoli, batalla de, 24
Robespierre, Augustin, 14
Robespierre, Maximilien, 14-15, 31, 43
Roma, rey de, 82, 86, 99, 106, 111
Rousseau, 13, 41
Rusia, 18, 20, 28, 34, 63-64, 67-70, 73, 83, 87, 93-107, 117, 142-43

Sajonia, 66, 84, 108
Salamanca, batalla de, 77, 97
Saliceti, 15
sans culottes, 14, 58, 128
Santa Elena, 108, 111, 113
Savary, 99, 104
Scharnhorst, 91
Schlegel, 91
Schönbrunn, paz de, 81
Schwarzenberg, 101, 103, 105
Senado, 31, 41, 56, 105-6, 111
servicio militar obligatorio, 17, 21, 48, 52, 59, 88-89, 92, 104, 110, 132-33, 145-46
Sièyes, 29-30
Siria, 27
Sistema Continental, 54-55, 70-73, 84-86, 88, 93-94, 117, 138-39
Smith, sir Sidney, 27-28
Smolensk, 95-98
Soboul, prof. Albert, 35
Soult, mariscal, 64, 76, 89

Speranski, 94
Staël, madame de, 43, 114
Stein, 91-92, 101
Stendhal, 115
Suecia, 34, 68-69, 71, 94
Suiza, 32, 61, 84, 107
Suvórov, general, 28

táctica, 18, 20, 92
Talleyrand, 26, 31, 105, 108-9
Tarlé, prof. Eugène (Yevgueny), 97
Tilsit, tratado de, 68-69, 93
Tirol, 22-23, 81
Tolstoi, 116
Toulón, 14, 60
Toulouse, batalla de, 78
Trafalgar, batalla de, 62
Tribunado, 31, 41, 43, 59
Tulard, prof. Jean, 57, 116
Turquía, 27, 28, 35, 62, 83, 94

Ulm, batalla de, 17-19, 63
Universidad Imperial, 50-51, 52

Valence, 13
Vendée La, 44, 77
Venecia, 23-24, 107
Viena, 24, 63, 80
Viena, Congreso de, 107-108
Vigny, Alfred de, 115
Villeneuve, almirante, 61-62
Vilna, 95-96, 98, 100
Vimiero, batalla de, 76
Vitoria, batalla de, 78, 103

Wagram, batalla de, 59, 71, 80-81
Walcheren, 60, 88
Walewska, Maria, 67, 81
Waterloo, batalla de, 39, 110-11
Wellesley, sir Arthur, 75-78, 94
Wellington, 39, 103-4, 110-11 *véase también* Wellesley
Westfalia, reino de, 68, 83-84, 86, 88-89, 134-35
Wittgenstein, general, 102

Yorck, general, 100